

LA ESPAÑA MODERNA







AÑO 17.

NÚM. 193.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MADRILEÑO

LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1905

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.*

10223



LA ESPAÑA MODERNA

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



## LA REFORMA MÁS NECESARIA EN EL EJÉRCITO

---

No ha mucho tiempo, conversando con un general de los que tienen mejor sentido práctico en el ejército español, le oí una frase que viene muy á cuento al hablar de reformas.

Decía: «á llegar yo, que á buen seguro no llegaré, á ministro de la guerra, me propondría, cual principal objeto, ser un *»ministro tranquilizador«*.

Tenía razón mi amigo; porque lo que más falta está haciendo de mucho tiempo acá en el palacio de Buenavista, es eso: un general tranquilizador, ya que venimos sentenciados á padecer bajo el capricho de ministros más perturbadores que verdaderamente reformistas, que cada tres, cuatro ó cinco años, con pretexto de nominales reformas, trastornan con óptimo deseo y pésima fortuna la organización del elemento armado, sin lograr mejorarla; porque, cual probaré más adelante, no se aborda la que debiera ser indispensable base de toda otra reforma; y las que se plantean son incapaces de producir beneficioso fruto, aun cuando el propio Moltke pusiera en ellas mano.

Líbreme Dios de discutir la buena intención, ni menos la competencia de los diversos generales que en diferentes épocas han llevado sus iniciativas á la *Gaceta* ó al *Diario Oficial*, no limitándolas á mejorar modestamente particularidades de constitución ó de servicio militar, sino extendiéndolas al organismo entero y queriendo mediante un *fiat lux* transformar totalmente lo que hoy no es transformable. No me propongo ahora negar aciertos ni censurar torpezas, aun cuando aqué-



llos escaseen y menudeen éstas, pues independientemente de las causas personales ó de concepto que invalidan en cuanto factor de progreso aquellas iniciativas, hay una previa de carácter genérico que sentencia á error perpetuo á cuantos quieran modificar de golpe y porrazo nuestro estado militar, causa que podemos llamar de oportunidad.

\*  
\* \*

A reserva de que muy en breve hablaré de esa causa, séame ahora permitido insistir en la conveniencia de tener unos cuantos de esos ministros tranquilizadores á que antes he hecho alusión, pues responden á una necesidad importantísima.

Mis ya antiguos lectores de LA ESPAÑA MODERNA me conocen lo suficiente, por anteriores escritos, para saber que en mis juicios sobre asuntos militares no suelen pesar intereses personales y menudos; pues me han visto cerrar contra egoísmos y disfrutes que he señalado y censurado por inconvenientes, abogando por que desaparezcan. Por tal razón, no tengo inconveniente en hablar hoy en nombre de los intereses de la oficialidad, que si no deben atenderse cuando puedan ser rémora de mejora ó progreso, son dignos de que se tengan en consideración con preferencia á los caprichos ó vanidades de quien con el *estreno* de estas ó aquellas reformas sólo consigue satisfacer los unos ó lisonjear las otras, sin que con tal estreno mejore en lo más mínimo (y gracias no empeore) la eficiencia de nuestro ejército para cumplir la misión que tiene encomendada.

Cuando una ó varias concordantes medidas legislativas señalan un instante crítico que, dejando atrás defectuosas organizaciones, viciosos regímenes, deficiencias y corruptelas en el organismo, incompetencia, mal espíritu, egoísmos y compadrazgos en los individuos, ofrecen para lo porvenir cierto y seguro remedio á tales males; cuando de cuchillo mellado y por orín roído pasa el ejército á ser arma rutilante y afilada; cuando se transforma de premioso artefacto de perezosos goznes entorpecidos por la herrumbre y el ocio á máquina de sueltos



movimientos en aptitud de ejecutar suave y rápidamente fructífera labor, lógico es no pararse en menudencias, justificable posponer á la entidad y grandeza del fin toda otra consideración. Si en tal evento es preciso hacer víctimas, sean sacrificadas en buen hora.

Llegados tales casos, es natural que nada pesen en el ánimo del legislador los perjuicios forzosamente inferidos á la oficialidad al pasar de un ayer del que razonablemente se desea salir, á un mañana totalmente distinto; pero si ese mañana va á ser igual á los pasados días, ¿con qué título, con qué razón se imponen á los oficiales sacrificios y quebrantos por cima de lo que sus menguadas condiciones económicas consienten realizar? ¿No raya en crueldad que á quien no tiene con el mísero sueldo que el Estado le asigna lo suficiente para cubrir las más perentorias necesidades, se le impongan cambios de destino y traslaciones de residencia, que para la mayor parte significan el hambre de mañana, por la necesidad de tener que acudir al préstamo, cuando para el reintegro no queda otro camino que desprenderse de recursos indispensables y únicos para satisfacer imprescindibles exigencias de la vida; al préstamo, casi siempre usurario, en que va envuelta la ruina indefectible, no provocada por derroche ni vicios, sino traída por el cumplimiento de un deber que no proviene de necesidades ni conveniencias de la patria, ni de ningún interés respetable, sino de la satisfacción de empeños de amor propio de quien allá en lo alto no ha querido ser menos que otros autores de reformas, todas iguales en el concepto de la ineficacia?

Vosotros, los paisanos, que sólo conocéis el ejército por fuera; los que no veis al oficial sino cuando en pos de alegre música le contempláis al frente de las tropas desfilando con su batallón, ó cuando sobre alazán brioso cruza ante vuestras miradas á trote largo, engalanado con uniforme que reluce con colorines y dorados, no sabéis lo que hay debajo de ese oropel vistoso; vosotros ignoráis que como el figurante de teatro que al soltar, terminada la farsa, túnicas y dalmáticas, se acoje á mí-



sera guardilla donde le esperan ahogos y miseria, del mismo modo al envainar la espada ó al apearse del caballo que os admiró por su gallardía, vuelven la mayor parte de los oficiales á mezquinos hogares donde toda estrechez tiene su asiento, en donde á diario flotan las preocupaciones de un desgraciado que, con sueldo menor que el de muchos artesanos, ha de vivir con apariencias de caballero, imposibilitado (por impedirlo aquel uniforme que labra la miseria de quien lo lleva y de los suyos) de acudir á aumentar sus ingresos y á levantar las cargas de sus obligaciones por medios que, al alcance de cualquier español, á él le están vedados.

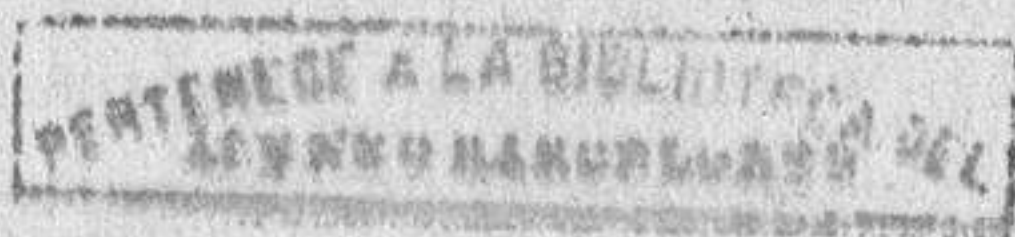
Sin atender sino á esta injusticia, y al carácter que envuelve de atropello ó de abuso de poder del fuerte sobre el débil, debería calificarse de inicua toda reforma que tales daños hace, sin traer bienes de orden más elevado; pero aún es más grave que, desprovistas las que se hacen de eficacia para modificar sino lo externo; sin eficiencia para influir sino en la forma; sin hacer otra cosa que *mudar los monos* de lugar, no sólo dejan todas lo esencial tal como antes estaba, sino que lo empeoran, aumentando el malestar de los que componen la parte permanente del ejército, deprimiendo su espíritu, fomentando el descontento, produciendo callada protesta, que no por silenciosa deja de ser un mal, tanto más hondo cuanto más se recata: mal que redundaba en daño de la interior satisfacción, tan repetidamente recomendada en la ordenanza como primera necesidad del organismo armado, de conservar la cual tan poco se preocupan los que ejercen el mando.

A consecuencia de esto se resiente el servicio: no sólo empeorando al ser ejecutado por quienes se hallan descontentos y amargados, sino realizándose más defectuosamente á causa de los trastornos producidos por los constantes cambios de personal, que apenas impuesto de cuanto necesita saber para llenar funciones especiales, es removido y destinado á ejercer otras, en las cuales comienza á dar tropezones, hasta que, ya enterado, viene nueva reforma á llevarle á otra parte.



Ni es esto baladí, sino fundamental, ni los inconvenientes de este desorden ni de tal barullo se manifiestan únicamente en el aspecto de perjuicio á los individuos arriba señalado, sino que constituyen ya verdaderos y muy graves defectos de carácter orgánico, no compensados ciertamente con que tal ó cuál dependencia cambie de nombre sin variar de funciones ni desprenderse de sus vicios, por la mera virtud de aquel cambio de título; no compensados porque dos se refundan en una, ó una se parta en dos por gala; no compensados porque la plantilla de este cuerpo ó aquel centro suba ó baje, ni porque las funciones asignadas al capitán H las desempeñe desde mañana el comandante K.

\* \* \*



Es evidente que las reformas realizadas en diversas épocas no han respondido á concepto sesudo y hondo de lo que debe ser el Ejército español; que á todas les faltó la esencial cualidad de proporción debida entre el fin y los medios y elementos de realizarlo; que sólo establecieron modificaciones de forma accidentales, contingentes, llevando en sí mismas vicios que las hicieron y las hacen eminentemente inestables é incubadoras de nuevas reformas que de proyecto pasarán á hecho igualmente infructífero, tan pronto cual á ministro suban los generales A ó B, á quienes les parecieron mal las implantadas por su colega C.

¿Cuándo cesará esto? ¿Hasta cuándo vamos á seguir perdiendo tiempo y dinero, desmoralizando á la oficialidad, aumentando su descontento harto justificado al ver que se la trae y se la lleva sin más razón que el capricho, y engañando al país con esos juegos de cubiletes reducidos á encoger hoy un poco y mañana otro poco los minúsculos y ridículos efectivos de los cuerpos armados, á inflar cada día más las plantillas de jefes y oficiales, á poner nuevos motes á cosas que ya tenían un nombre, y á esconder, bajo retóricas apariencias, la vacuidad del fondo?



Muy sencillo: hasta que gobernantes y gobernados se cansen de pseudo-reformadores, y les impidan poner mano en la organización de la fuerza armada, con reformas que intenten restaurar un edificio carcomido en los cimientos mediante simples revocos de la fachada; hasta que llegue á desempeñar la cartera de guerra quien esté persuadido de que no hay posibilidad de tener la organización que necesitamos mientras no reduzcamos el número desmesurado de jefes y oficiales, que en la actualidad pesan sobre el presupuesto, á lo que debe ser con arreglo á las exigencias de los efectivos requeridos por la índole de las necesidades políticas á que el ejército haya de responder en nuestra patria, á la debida proporción entre dichos efectivos y las plantillas de generales, jefes y oficiales encargados de dirigirlos.

Males añejos y errores persistentes tienen, ha muchísimos años, agobiado el presupuesto de la guerra con las erogaciones abrumantes ocasionadas por los sueldos de una oficialidad doble, á lo menos, de la que habríamos menester para mandar un ejército doble también del que hoy, desprovisto de todo, podríamos malamente poner en pie de guerra.

Esos sueldos, pagados á gente innecesaria, consumen casi en totalidad los créditos que para el ejército votan anualmente las Cámaras; y en tanto no disminuya considerablemente el número de los que hoy tienen derecho indiscutible á cobrar sus sueldos, es inútil buscar remedio á nuestros males con reformas que, hágalas quien las haga, no pueden dar buen resultado, ni engendrar una organización verdad, ni un ejército apto para llenar su misión, ni oficiales animados de buen espíritu; pues no cabe éste en quien sabe que á cambio del sacrificio que en cualquier momento puede exigírsele de la propia vida, no se le da lo suficiente para sostenerla.

¿Cómo hemos de tener artillería, cómo hemos de tener defensas, material, vestuario, armamento, soldados, pues hasta éstos nos faltan en esos míseros remedos de batallones, cuya fuerza no llega siquiera á los dos tercios de la reglamentaria



en pie de guerra de una compañía? ¿Cómo hemos de tener instrucción, campos de maniobras, si cuanto da el Estado para todo ello no basta para que jefes y oficiales puedan alimentar sus hijos con pan duro?

De aquí arranca la infecundidad á que *á priori* están sentenciadas todas las reorganizaciones que hayan de fundarse sobre esa pletórica constitución del cuerpo de oficiales: los mejores deseos del más hábil reformador han de estrellarse forzosamente contra esa incommovible muralla; los planes más juiciosos madurados fuera del Ministerio de la Guerra tropiezan al querer desarrollarlos desde la poltrona ministerial con imposibilidades económicas, dependientes de no ser dable destinar á otros fines de utilidad más general lo que forzosamente tiene que consumirse en sueldos, que constituyen ineludible compromiso y deuda sagrada del Estado. Por eso, la primera y más urgente reforma que es preciso acometer decididamente, como base de otras que puedan darnos en lo porvenir un ejército verdaderamente á la altura de lo que á los ejércitos modernos hay derecho á exigir, es la amortización: pero amortización verdad, que llegue á reducir en ocho ó en diez años, á la mitad, por poco, el número de jefes y oficiales.

\*  
\* \*

A raíz de la terminación de la última guerra que hemos sostenido; bajo la presión del momento; agobiados por la enorme masa de jefes y oficiales que de Cuba, Puerto Rico y Filipinas regresaron, pesando sobre el presupuesto, se comenzó á aplicar una amortización realmente eficaz. Es indudable que los sacrificios por ella impuestos á los que la padecían eran grandísimos; pero también lo es que, mirando al interés más elevado de la patria, eran indispensables. A haber continuado aplicándola despiadadamente, puede asegurarse que al cabo de una docena de años el personal se habría reducido á lo que debe ser, atendiendo á las necesidades reales del ejército que prudencialmente puede necesitar España; pero es el caso que,



pasados unos cuantos años, se renunció á ella, reduciendo considerablemente el número de vacantes amortizables: con lo cual, trasformada en lo que pudiéramos calificar de amortización corriente, es ya incapaz de dar aquellos resultados que la anterior permitía prever.

Pero no es esto solo, sino que sobre el riesgo de no llegar sino en plazo extremadamente largo á la apetecida reducción, corremos, con el carácter de inminente, el de no *alcanzarla nunca*, por falta, entre otras causas, de propósito. Me explicaré.

Con objeto de que oficiales que regresaban de batirse, sin otros recursos que sus escasos sueldos, no vieran éstos aún más mermados por el reemplazo ó la excedencia, se buscaron pretextos para aumentar, por cima de lo exigido por el buen servicio, las plantillas de muchos centros y organismos; y no bastando esto, se inventaron nuevas oficinas, abarrotándolas literalmente de personal sobrante, viniendo á convertirse no pocas dependencias en algo á modo de cajas de auxilio.

No critico que así se procediera, pues á quienes tenían derechos respetables no era cosa de negarles el cotidiano pan; no censuro la medida, que vino impuesta por ineludibles necesidades; mas atendidas éstas circunstancialmente, lo que no puede defenderse es que todos esos rincones, en donde se convierten los oficiales en covachuelistas, subsistan años y años; que esos inútiles organismos, en los que muchos apenas tienen obligaciones, como no sea cobrar la paga á fin de mes, perduren y amenacen perpetuarse cual instituciones necesarias; lo que hay que combatir es que todo ese rodaje inútil no se extirpe paulatinamente de la máquina de nuestra organización; que lo que fué urgencia de momento se consolide como necesidad normal; contra lo que hay que protestar es contra la tendencia que se advierte bien clara á que en el presupuesto de la guerra se petrifique toda esa oficialidad inútil, á que los dispendios por ella ocasionados se consideren como normal y necesario gasto, en vez de darles el carácter de transitoria carga de justicia.



Eso es insostenible; y, sin embargo, todo eso se trata de consolidar; y á no poner en ello mano fuerte, esos refugios de oficiales hoy sobrantes prestarán mañana á sus hijos igual servicio.

\*  
\* \*

Supongamos que un general lleno de sanas ideas sobre cuál debe ser la organización de nuestro ejército, conocido por la propaganda que de ellas haya hecho, sube á ministro y, rebosante de laudables deseos, anuncia que se propone reformarnos en armonía con lo que su criterio le dicta. Es más, voy á admitir que la organización que en mente tenga el flamante ministro sea el *desiderátum* de la perfección. Pero (ya llegamos al pero) al intentar convertir sus teorías en hechos y vaciarlas en números tropieza con la insuperable dificultad de que, para adquirir cañones y carruajes, campos de tiro, fusiles, municiones; para que sea verdad la instrucción de las tropas; para reforzar los efectivos de los cuerpos armados; para hacer tanto y tanto como está por hacer en nuestra organización, es preciso dinero, mucho dinero, que ni sueña en pedir al Consejo de Ministros ni á las Cortes, porque de sobra sabe que, con mucha razón, han de negárselo.

Vuelve entonces la vista á los recursos de que le es dado disponer: á los que tiene en el presupuesto de su departamento, y advierte que en él el personal lo consume casi todo; y como no está en su mano reducirlo de una plumada á la mitad, como no hay medio de matarlo por decreto, única solución que permitiría al proyectista plantear sus reformas tal como él las soñó, no tiene otro remedio que tomar su existencia por pie forzado del desarrollo de sus planes.

Pero es el caso que, de ser buenos, serán éstos incompatibles con tal base.

Frente á tal conflicto no se presentan sino dos caminos: ó renunciar á las cacareadas reformas, ó mixtificarlas. Lo primero es imposible, porque la confesión de la imposibilidad se-



ría el fracaso, el ridículo á los ojos de la mayor parte de las gentes, incapaces de apreciar la lealtad y el sacrificio que en aras de su país haría quien así procediera; y hay poquísimos hombres á quienes no espante el ridículo: la opinión de los más, el juicio de los tontos, vale muy poco, y con todo son muy raros los que tienen el valor de despreciarla.

En cambio mixtificar las cosas es sumamente fácil, máxime cuando se hace por partes, capitulando hoy con una dificultad, y sorteándola mediante supresión de parte de una idea; modificando luego á retazos un proyecto, quitándole cada día tan poco que no parece nada, cercenando y tajando de modo que lo variado hoy apenas se diferencie de lo pensado ayer, que lo arreglado mañana subsista casi igual á lo aceptado hoy; y así, de día en día, sin advertir las discrepancias en dos consecutivos; rehuyendo hacer la suma de lo restado en todos al primitivo plan, llega el reformador á hacerse la ilusión de que las tales restas no alteran en la esencia sus proyectos, cuando en la realidad no dejan nada de ellos, ó si algo dejan no pasa de los nombres. Tales caminos siguieron, unos en pos de otros, los diversos ministros que en sucesivas épocas implantaron reformas en las cuales fueron ellos los mayores engañadores de sí mismos, no planteando en realidad sino lo que constituía la corteza de sus proyectos, quedando sin aplicar cuanto constituía la medula de ellos, y dejando al ejército tras de cada intentona peor que antes estaba.

Admitida la primera componenda, que es la más costosa, la segunda no resulta ya tan dura para el autor de un plan, la tercera es muy fácil, la cuarta facilísima; las demás se presentan cual consecuencia lógica de la resolución plegada á la realidad impuesta por una base que no es dable alterar; y por tales trámites llega el innovador á pensar, de buena fe, que lo que hace es una indispensable labor de adaptación, cuando su verdadero nombre es el de destrucción: tan absoluta como pudiera consumarla su mayor enemigo, sin otra diferencia que la de conservar en la armazón externa de la nueva organización



las apariencias del primitivo proyecto de donde se deriva, mas rellenándola con todas aquellas cosas viejas que querían arrumbarse, variadas de lugar y disfrazadas con denominaciones nuevas.

Quien desde fuera mire esa apariencia externa, podrá creer en una verdadera reorganización; el propio autor podrá engañarse de buena fe mientras se resista á entrar en cuentas consigo mismo; el que analice y penetre en la esencia de las cosas, el que por dentro examine la obra, verá que todo es viejo, que no se ha dado un solo paso útil, que nada se ha adelantado, que todo sigue igual.

\*  
\* \*

No sólo se cae en los inconvenientes arriba señalados, sino que insensiblemente va costando al país cada día más un ejército que es tan malo ó un poco peor que el que tenía antes. No en apariencia, pues ya se cuida de que ésta no revele los aumentos; pero en el fondo sí.

Por ejemplo: hay que implantar un organismo nuevo, ó una variación en otro antiguo, y para ello no se encuentran recursos; pues el remedio es muy sencillo: se toman de otra parte, rebajando lo consignado para distintas atenciones; y sin cuidarse de que un servicio ineludible quede sin dotación ó mal dotado, se rebaja la asignación destinada á un artículo ó capítulo por su naturaleza ampliable. Que aquel servicio se hará mal por deficiencias económicas ó de plantillas... pues qué se le ha de hacer; que la liquidación del presupuesto arrojará un gasto mayor de lo que presuponían los artículos ó capítulos que fueron castigados, poco importa; pues lo esencial, lo urgente es presentar á las Cortes milagros en el papel; hacer un seductor programa aun cuando exista la evidencia de no poder cumplirlo: así como así, la gente no ha de cuidarse de investigar lo que pueda ocurrir al aplicar el presupuesto.

Tal dependencia, por ejemplo, necesita forzosamente para cumplir su misión un personal cuyos sueldos importan dos



millones, cuando no cabe sino uno y medio en la dotación asignada al capítulo del presupuesto donde debe incluirse; pues la solución no exige cavilar: se arregla una plantilla que no pase de millón y medio, á reserva de agregarle el personal restante cuando comience á funcionar, invocando la *necesidad de realizar el servicio*, lo cual implica en definitiva aumento de gasto; pero como éste no se llevó á las Cortes, los diputados no pueden impugnarlo; y como la gente dió por verdad aquel proyecto, el ministro pasa por haber organizado los servicios con gran economía, importando muy poco que no los realice con la misma, porque eso lo saben unos cuantos y esos son de dentro de casa.

\*  
\* \*

Hay que desengañarse: en tanto no se renuncie de una vez para siempre á reformas con pretensiones de producir efecto inmediato, en tanto no se establezcan sobre la base de lo que podrán ser cuando con la amortización haya desaparecido la pesadumbre abrumadora de esa oficialidad desproporcionada con las necesidades que ha de satisfacer, no hay esperanza de mejora. Por eso la única reforma que de momento hay, que abordar es la de establecer la amortización abandonada; y eso con propósito, consignado en la ley, de proseguirla hasta que haya dado todos sus frutos, reduciendo el número de jefes y oficiales á los indispensables, para lo cual preciso es comenzar por fijar dicho número.

¿Y cómo se determina de antemano? Estableciendo las plantillas definitivas; pero mirando al verificarlo, no á lo que son en la actualidad, sino prescindiendo de tantos y tantos organismos inútiles hoy existentes, que deben sentenciarse á desaparecer; empezando por definir cuál es el objetivo que nuestro ejército esté llamado á llenar en lo porvenir, con arreglo á la política que la nación haya de desarrollar; sabiendo cuál es la obra presumible que habrá que realizar, para proporcionar á ella la herramienta.

Una vez definido el objetivo, sería preciso establecer con



relación á él la total fuerza efectiva del ejército, su descomposición racional en escalones de paz y guerra, en armas, cuerpos y servicios con arreglo á consideraciones meramente técnicas, sin dejarse influir por sugerencias procedentes de nuestro estado actual; y cuando se tuvieran tales bases podrían ya fijarse en una ley las futuras plantillas, cual límites que marcarían el término de la amortización, decretando que á medida que se redujeran los gastos ocasionados por el personal, se fueran suprimiendo organismos inútiles é invirtiendo los sobrantes, crecientes de año en año, en las adquisiciones más indispensables de material.

En cuanto al tiempo que hubiera de transcurrir hasta llegar á la normalidad de las plantillas, podría aprovecharse en estudiar el detalle de la organización definitiva de cuerpos y servicios, en mejorar y reformar aquellos reglamentos y leyes cuya finalidad inmediata no se traduce en modificaciones de presupuestos, en altas, bajas ni traslados de personal, sino en algo que es mucho más interesante, por constituir el alma y nervio de las instituciones armadas: la parte, en suma, que pudiéramos llamar moral de la organización, como reclutamiento de soldados, oficiales y clases, disciplina, instrucción, ascensos y recompensas, aprovechamiento de la diversidad de aptitudes, compenetración social del ejército con el resto de la nación, aumento del prestigio de la oficialidad, mejora de su insostenible situación económica, constitución y acceso al generalato. En una palabra, tanto y tanto problema fundamental como por resolver tenemos, los cuales influyen predominantemente en la bondad y eficacia de la institución armada, con influencia mucho más honda que la que pueden ejercer el número de cabos de una compañía, los traslados de jefes y oficiales, y los nombres más ó menos eufónicos ó modernistas de tal centro ó de cuál organismo.

¿Creerá nadie que porque en unos años nos abstuviéramos de reformas externas, dedicándonos á dar alma y espíritu al ejército, habríamos perdido dichos años? ¿Podrá alguien soste-



ner que el estudio empleado en tales asuntos no debe ser la indispensable base para la organización meramente material de nuestra fuerza armada? ¿Ni cabrá en mente alguna que con sosiego piense y medite sobre nuestra situación la posibilidad de mejorarla limitándonos, cual venimos haciendo, á remover el informe montón de cosas defectuosas y viejas á que hoy llamamos organización del Ejército Español?

No; si algún día hemos de tener instituciones militares que respondan debidamente al objeto para que se las crea, es preciso limpiar nuestra organización de vicios esenciales, é indispensable, no he de ocultarlo con hipocresía, hacer una depuración del personal que limpie las escalas de gente inútil que no se halla á la altura de las funciones de su empleo.

Sin violencia y paulatinamente podría irse haciendo esta depuración mediante una juiciosa y meditada ley de ascensos que fuera dejando en sus actuales empleos al personal cansado ó inútil, vedando el ascenso á los de menos condiciones para mandos superiores; con lo que, además de lograrse el importante resultado de ir constituyendo las escalas elevadas con personal escogido, obtendríase otro que si no tan interesante lo es también mucho: el de abreviar el plazo en que la amortización habría de reducir las plantillas á los números de antemano establecidos, haciendo que el retiro por edad llegara antes para el personal recluído por deficiente en los empleos que hoy disfruta, de lo que llegará si dicho personal continúa ascendiendo no por méritos, de que está desprovisto, sino en virtud de la absurda ley hoy vigente en materia de ascensos, que sin discernir aptitudes, capacidades ni laboriosidad, mide á todos por igual rasero; que constituye el alto mando del ejército con individuos investidos con él por razones fundadas en la edad, en el estado de las escalas; que eleva en ocasiones las medianías al generalato y da el retiro antes de llegar á él á personalidades tenidas en opinión de verdaderas eminencias.

IGNOTUS



# LAS VARIEDADES DEL ANARQUISMO CONTEMPORÁNEO

---

## El anarquismo activo.

Singular espectáculo el que presenciamos en esta época de cultura, de libertad y de civilización. El mundo moral y social está amenazado por una raza de hombres dispuestos siempre á destruir sin motivo todo lo que sea radicalmente humano; hoy defienden la causa de la virtud, y mañana rompen sin pudor los más sagrados vínculos de la familia y de la amistad; odian á todos y aun á sí mismos con una impudencia provocadora y soez; son enemigos de la verdad y del bien, más por instinto que por persuasión; pródigos en blasfemias y crímenes, cerrados contra la vida social, á la que conminan con sus bombas, y dotados, en fin, de todo lo necesario para poner en desorden los sentimientos y los pensamientos de la muchedumbre. Tal es el carácter de estos insensatos. Semejantes á aquellos bárbaros que andan errantes por entre las ruinas de las ciudades, gloria en otro tiempo del Oriente, acelerando la ruina de los siglos, así éstos corren sobre los restos de la sociedad europea, destruyendo las reliquias que aún conserva de su grandeza medioeval.

Los motivos de esta aberración son, en mi sentir, de varios órdenes: atavismo de tendencias embrionarias, infantilismo, últimamente interferencia social. Analicemos estos tres aspectos del anarquismo activo.

No hay necesidad de hablar de la importancia sociológica de los atavismos, ni demostrar su papel en las revoluciones modernas; pero conviene insistir en su influjo actual, en su la-



mentable relación con la criminalidad nata, con la supervivencia de ese «anacronismo ambulante», como se le ha llamado justamente. Por sus caracteres fisiológicos, psíquicos y sociales, el anarquista es, como el criminal, desde ciertos y algo restringidos aspectos, un retorno al hombre primitivo, á quien contra toda pretensión comunista hay que suponer violento é insociable. Todos están de acuerdo en esto, y podía preverse de antemano lo que iba á suceder. Una secta cuyos publicistas predicán como ideal supremo la vuelta á la vida de la primitiva humanidad, ¿qué ha de realizar por medio de sus hombres de acción sino renovaciones de instintos primitivos, restos de primitivas bestialidades?

La consecuencia de este hecho, ¿es que debemos invocar la ley de la herencia para explicar toda clase de anarquía activa? De ningún modo. Tengo que indicar también, ó mejor dicho, más bien, la influencia de la «suspensión del desarrollo» en el espíritu criminal de muchos anarquistas. No se olvide que la perversidad, que aunque transitoria es normal en el niño, puede llegar á ser permanente en el hombre. He visto en una consulta de médico dos individuos que, según supe después por él, eran anarquistas. Estos individuos, por su solo aspecto exterior, hacían pensar en la degeneración más absoluta: tan repugnantes, sucios y horribles se me mostraron. Amén de esto, noté que su cráneo era angular, oblicuo, pequeño y deforme en su bóveda; la frente estrecha, deprimida, ceñuda y falta de simetría; las piernas delgadas, el vientre inflado y postrado todo el físico, pues hasta su labio inferior, sin fuerza nerviosa, aparecía como derrengado. En suma: su cabeza y todo su cuerpo ofrecían rasgos que sólo se ven en el banquillo de los acusados en las vistas á puerta cerrada, como la reciente de Cecilia Aznar. El médico me aseguró que aquellos dos pobres seres continuarían toda su vida niños y se conducirían habitualmente como tales. Añadió que la causa de esta inferioridad y de aquella anormalidad de tipo estaba en su epilepsia, origen declarado de todas las impulsiones violentas y destructoras.



Tal son, pues, algunos de los dictámenes de la patología sobre tan deplorables impulsiones. Hay otro dictamen á que no puedo renunciar, uno que por sí solo ha hecho algunas veces más que todas las influencias restantes: el de las condiciones sociales y morales del medio, respecto al cual—doloroso es confesarlo—constituye muchas veces el anarquista, de igual manera que el malhechor, un microbio inseparable. Cuéntase de cierto emperador chino, para quien el Estado era él... y también la sociedad, que al personificar en sí los deberes de ésta, acostumbraba á decir: «Si el pueblo tiene hambre, es por mi culpa; si comete un crimen, yo debo ser considerado como su autor». Esta opinión no se hallaba muy distante de la realidad; pero hoy no se puede mantener, teniendo en cuenta que el viento de la democracia moderna ha ido talando todas esas selvas que la fantasía caprichosa de los anarquistas teóricos acostumbra á poblar de miasmas morales y de focos de infección social. Si la he citado, es sólo para venir á parar al origen más *colectivo* que psicológico del anarquismo como inclinación obsesiva é impulsiva. La relación única que se ha querido establecer entre el anarquista y el tipo particular de los criminales no es muy exacta, y si se toma al pie de la letra resulta absurda. El crimen es con bastante frecuencia la expresión de una evolución descendente, pero rara vez corresponde á un estado mental de trastorno. Los antropólogos que se ocupan de criminología nos dicen que el criminal típico es intelectualmente sano, hasta lúcido. Pero el anarquista es un loco. Esta suposición no contradice, por lo menos, la idea que, en su locura, indudablemente forma el anarquista de la sociedad, como de *algo culpable* de que se venga. Semejante á una infección malárica que ataca á todos los individuos, presentando en cada uno de ellos caracteres exteriores diversos, la anarquía en nuestras sociedades dóciles, mediocres, castradas, se posesiona lo mismo del malhechor que la propaga cometiendo un delito vulgar, que del exaltado incapaz de razones y que la profesa con verdadero culto sanguíneo idén-



tico á las violentas crisis de una fiebre, que del astuto que trata de realizar con un barniz político crímenes de derecho común. Pero en pocos casos es consecuencia del interés personal, rasgo característico de la criminalidad verdadera; en la mayoría de las ocasiones el fanatismo anárquico es místico, dogmático, religioso, y obra contra sus más palmarios intereses. Hay—decía Hipócrates—lo desconocido, lo misterioso, lo «divino» de las enfermedades. *Quid divinum*. Lo que afirmaba de las dolencias comunes puede aplicarse á las revoluciones anárquicas. Sus apóstoles, como los de todos los tiempos, llevan en sí un instinto de radicalismo y consecuencia que, bajo la presión de la propia incultura, les impulsa á la destrucción de monumentos y de hombres. En esta destrucción se han complacido en todas épocas los hombres menos criminales como individuos; el genio de la muerte que agitó sus alas sobre Teodosio, sobre Mahoma, sobre los inquisidores de la Edad Media, es el mismo que se cierne sobre la Europa moderna. Bossuet, Luis XIV, Marat y Robespierre, los convencionales Pallás, Santo Caserio, los anarquistas del Liceo y de la calle de los Cambios Nuevos, Angiolillo, todos, cada cual á su manera, se han sentido poseídos de la necesidad de derribar templos ó ídolos, de consumir en la humanidad que les rodea venganzas horribles, feroces y cruelmente estúpidas. Venganzas que, semejantes á los apostolados, son el fruto de una fe ó de un fanatismo, y que para aumentar su parecido con los apostolados están preparadas, como las explosiones religiosas todas, en el fondo de ese abismo, de ese mar, de esa ola incesantemente renovada de gérmenes de hidrofobia social que se llama el mundo, el siglo, París, Londres ó San Petersburgo, como queráis. Nada se parece más á la intolerancia religiosa que el fanatismo sin Dios. ¿No debe un hombre poseer cierta intolerancia de negación y cierta tendencia á la religión de la nada, para querer, en el feroz impulso de su fe, demoler todas las iglesias, convencido de que su destrucción sería la ruina de las religiones espiritualistas, como aquel



anarquista de que habla Hamón? ¿No demuestra parecidos sentimientos aquel otro, citado por Lebon, que resumía así su programa: «Estrangularemos á los que encontremos con las armas, tiraremos por los balcones ó echaremos al mar á las mujeres y á los niños»? Esta sed de exterminio esconde un sentimiento de independencia mal entendida, contiene el culto del odio por el odio, como el amor por el amor fué el lema de la vida de los estoicos; analogía en apariencia paradójica, siendo claramente real y modelada sobre el fondo primitivo de los principios de ambos sistemas. El estoico, por el hecho de ser libre y de no dar valor más que á lo que dependía de su libertad, se convertía en amigo de los hombres y de los dioses. El anarquista, por el mismo hecho, se convierte en enemigo de unos y otros. Cada sentimiento humano tiene analogía con estas situaciones, en las que el espíritu abandona los intereses por los ideales, las conveniencias por las obsesiones; y los anarquistas han llegado á esta altura, donde todo cambia de aspecto.

Para acabar de demostrar que el anarquismo de acción no es una obsesión ó una impulsión de carácter puramente criminal, bastará tener en cuenta una cosa, y es: *que jamás sus adeptos creen, por concepto alguno, tener que reprocharse lo más mínimo, ni experimentan remordimiento por sus atentados, complaciéndose, por el contrario, en demostrar con ellos al mundo que su fe es real y sus principios verdaderos* (1). Esto es exactamente lo que se observa en los «locos altruistas» (teómanos,

---

(1) El P. Vicent (*Socialismo y anarquismo*, 297) dice haber recogido de un anarquista convertido, y que actualmente es socio numerario de un Círculo de Obreros Católicos, un folleto titulado *Consideraciones sobre el hecho y muerte de Pallás*, en el que, entre otras, se hacen las siguientes significativas declaraciones: «Decir que la sociedad ha sido injusta al sentenciar á Pallás fuera inocente... *De otro modo, Pallás hubiera sido un criminal*; de otro modo, los anarquistas todos seríamos unos perturbadores sin fin, sin motivo, sin causa... Ni nosotros podíamos esperar otra cosa, ni otra cosa jamás esperó Pallás, que conocía la sociedad presente... Se nos ha pagado con la moneda que merecíamos, con la moneda *que justifica nuestra actitud*; todos podemos estar satisfechos», etc.



héroes, etc.), y esto es el caso que ofrecen también todos los grandes corifeos de la intolerancia, desde Torquemada á los hombres de la Convención. Todos ellos se creían de buena fe en fraternidad con los mismos que castigaban, y tiernos héroes que no pensaban ni procuraban otra cosa que la dicha del género humano. Los anarquistas son de igual modo asesinos filántropos que en su locura matan á sus semejantes por amor á ellos. La ceguedad fanática por una creencia brutal hace tomar de la civilización recetas de fabricar explosivos á esas criaturas monstruosas, salidas de la grosera y estúpida ignorancia del populacho, y enfatuadas con predicaciones indigestas, y apasionadas con lecturas sin orden ni base firme; salvajes que se creen filósofos, bestias feroces que se creen redentores inmaculados.

Por lo demás, el sacrificio es el entusiasmo de un momento. Puede un anarquista sacrificarse con oportunidad, y producir impresión; pero no está ahí el verdadero peligro: el peligro está en que, tanto los anarquistas como los socialistas, además del valor físico ante una ejecución, poseen la constancia en las decisiones, lo que les asegura un cierto prestigio, y hasta una cierta facilidad de propagación de sus doctrinas en esferas más elevadas que aquellas de que han salido. Hijos de las clases obreras, el socialismo y el anarquismo invaden alguna vez las clases directoras, y desconocen sus leyes, como los fluidos imponderables rompen las leyes de la mecánica, hechas para la grosería de los cuerpos sólidos. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan curiosa es el contagio de creencias en moda de que se está viendo ser víctima á la burguesía! Garófalo (1) atribuye la causa de ese contagio al sentimiento de temor y de aplanamiento que existe en el burgués. Hay á la vez en ello una contradicción que no se puede negar: por una parte, se teme al movimiento socialista, creyéndolo irresistible é inevitable; y por otra, se ama el ideal socialista, viendo en él el reinado de

---

(1) *La supersticion socialiste*, 124.



la justicia y de la felicidad universal. Es una locura, y locura inexcusable, dejarse llevar de las impresiones del momento; pero para la mayor parte de nuestros semejantes no hay generalmente otros motivos de adhesión á una idea; el reparo al *¡qué dirá!* el gran número ha sido hasta aquí uno de los resortes más poderosos de la Humanidad. En todo tiempo la burguesía se ha dejado fascinar y alucinar por los movimientos de las clases populares. *Dilettantis* políticos de todas clases, filósofos, literatos, artistas, todos defensores conocidos del valor de la libertad y de la integridad de la civilización moderna, han abandonado desde este punto de vista la democracia tradicional y adherídose á la democracia socialista ó á la anarquía. Por supuesto, los más de estos señores habían de verse en grande apuro si les pidiéramos por favor que nos dijeran en resolución qué cosa sea propiamente el socialismo. En realidad, no saben lo que es; sólo lo conocen por cierta manera de instinto y sentimiento; Bourdeau asegura que de los 50 diputados socialistas de la Cámara francesa apenas si hay 12 que sepan exactamente qué entienden por socialismo, y que sean capaces de explicarlo claramente. Para nosotros, el éxito de esas teorías no es dudoso: ellas se sostienen y cunden merced al espíritu de protesta y descontento hoy dominante; ¿qué podemos ya contra ellas en el terreno de la práctica? «Decís que son locos los que gritan contra mí—escribía el caballero de Bouffers á Grimm.—Sea así; pero los locos tienen la ventaja del número, y esto es lo que decide. De nada nos sirve hacerles la guerra: no los podemos debilitar; serán siempre los amos. No se introducen usos y costumbres si no son ellos los autores».

Creo que habré obtenido hasta aquí el consentimiento del lector; mas quizá no convenga conmigo en lo que entiendo es necesario decir ahora. Al contagio de creencias en moda debe, á mi juicio, añadirse, como uno de los móviles que favorecen la propagación del socialismo entre la burguesía, el miedo, ó más bien la irresolución ante el peligro. El miedo fué siempre mal consejero, y ese socialismo de la burguesía fué hijo del



miedo á un peligro que no nos hemos quitado aún de encima. Arredrados por los socialistas, los burgueses tratan de ceder parte de su derecho, para conseguir la paz; pero esa acción, que es un oprobio, y que oculta un misterio de indecisiones, de cobardes injusticias, de planes interesados, resulta contraproducente. Los castigos á que sólo los criminales parece que debían ser acreedores están reservados, por una eterna crueldad de la Historia, á los que, faltos de carácter, han transigido con sus enemigos. Mediten los burgueses.

Por último, el socialismo se propaga rápidamente entre nosotros gracias á la culpable indiferencia de esa misma burguesía. Los individuos que componen esta clase despreciable ajustan todas sus perspectivas sociales á un lema muy cómodo: dejar que el mundo ande como quiera, según la sabiduría frai-luna; hablar siempre con respeto del prior reinante; dormir en paz sobre la almohada del qué se me da á mí, y tirar hacia sí lo más que se pueda de la manta. Por eso, cuando oyen cerca de ellos estallar el volcán de la revolución social, no vacilan en atribuir á los anarquistas «moderados» y al partido «obrero» una gran influencia en sus propios ideales, considerándolos como auxiliares indirectos. Razonan como el salvaje que vive en las cercanías de los volcanes, y cree que los fuegos de estas montañas son los que encendieron sus antepasados para su cocina. ¿Dónde hay más culpa—preguntaremos nosotros:—por parte de aquellos que atacan á la sociedad, atendiendo solamente á un aspecto de la vida, al económico, y cerrando los ojos para no ver otro campo de relaciones necesarias al hombre, ó por la de aquellos que ni aun se toman el trabajo de defender el hombre, la vida, la sociedad, en sus múltiples y variados aspectos?

### **El anarquismo pasivo.**

Acaba de verse que el llamado anarquismo activo es ateo por piedad, destructor por espíritu de justicia, criminal por



amor al bien. Esto vale tanto como decir que los medios que emplea para provocar su triunfo están en contradicción con el fin que sus principios señalan. Lógico debe, por tanto, parecer que un pequeño número de anarquistas sinceros, disgustados del dualismo entre la teoría y la práctica, hayan ensayado otros medios para rectificar la anarquía de acción, la inicua propaganda por el hecho, y poder un día constituir una anarquía más adaptable. En el número de estos visionarios de un estado social radicalmente incompatible con las actuales condiciones de la humanidad, ocupa un lugar preferente el conde de Tolstoy.

No me propongo entrar en el análisis de sus numerosas obras. Mi objeto es en absoluto diferente. No trato más que de hacer ver á grandes rasgos en qué consiste esa filosofía tolstoyana tan acreditada en nuestro tiempo y que tanto se parece á la locura si se ve desde alguna elevación.

Tolstoy es en realidad tan demente como el anarquista vulgar y furibundo y casi tan inmoral, pero mucho más tímido. Su inmoralidad está compensada por una gran dosis de sentimentalismo; su demencia, por una conciencia muy viva de los males de la vida real. Conoce demasiado que el renunciamiento, la concordancia de las acciones con las ideas, ejerce decisiva sugestión en una sociedad de dogmáticos y de ignorantes como la nuestra, contribuyendo en alto grado á dar el prestigio necesario para seducir á las masas. De aquí la pobreza en que aparenta vivir, las costumbres de hombre desprendido que gusta de ostentar, la gala que hace de despreciarlo todo, la comodidad, el placer, el amor y hasta el arte y la ciencia. De aquí también su perpetua manía de seguir en todo las enseñanzas de Jesús y no escribir un libro cuya portada no aparezca llena de citas y máximas de los Evangelios. «Líbrenos Dios—decía Víctor Hugo (1)—de aquellos reformadores que leen la ley de Minos porque tienen que hacer una constitución

---

(1) *Ensayos sobre política y literatura*, 23.



para el día siguiente». Líbrenos también Dios de esos otros reformadores que leen las parábolas del Hijo del Carpintero, cuando, como Tolstoy, quieren fundar todos los problemas sociales en un pietismo muy propio de la inclinación y gusto de una esposa de seres débiles que no pueden vivir sin protección, llámese divina ó llámese natural y humana.

Lo característico del ideal acariciado por Tolstoy como método único de destrucción de la sociedad actual es la condena de la violencia, sustituida por la resistencia pasiva. Monstruosa es, según él, la sociedad á la cual declaran la guerra los anarquistas activos; pero atroces son también los medios que en esta guerra emplean. Todos estamos de acuerdo en reconocer que la humanidad es el objetivo, el glorioso triunfo de las sociedades, y puesto que tenemos el deber de trabajar para lograr ese objetivo, frente á la oposición de los reyes, de los parlamentos y de las iglesias, no debemos imitar sus procedimientos de represión que son específicamente malos. En materia de renovación, tanto en los pueblos como en los individuos, al mal no se debe oponer el mal, sino el bien, dejando á Dios el resultado: esto es de constante y provechoso efecto, lo contrario no.

El criterio que Tolstoy aplica á esta cuestión es idéntico en los puntos esenciales. De paso sea dicho que el escritor ruso, al dirigirse á cristianos, no les enseña una nueva religión, no inventa dogmas nuevos. Sólo les pide que, comparando las verdaderas doctrinas evangélicas con lo que han llegado á ser en manos de los sacerdotes, vuelvan á la pureza primitiva. Predica el amor universal como única fe y único cristianismo, y Evangelios en mano prueba que no hay en estos escritos una sola palabra que justifique las adulteraciones posteriores. No pretende en modo alguno que los Evangelios sean una revelación del cielo, sino simplemente enseña que en cada una de sus páginas está afirmada su idea fundamental, á saber: que para libertar á la humanidad no es preciso oponerse al mal y la violencia por el mal y la violencia, sino aguardar resignados



á que el hombre comprenda la mentira en que se apoya el Estado y cese de colaborar en la obra de los gobiernos dejando de proporcionarles soldados y dinero.

Tenemos un ejemplo notable que demuestra la tendencia de Tolstoy á coincidir con muchas aspiraciones del alma popular de su país. Hablo de los *dukhobors*, secta rusa, cuyos miembros pretenden seguir con toda escrupulosidad los preceptos evangélicos y á sí mismos se llaman *crístianos de la fraternidad universal*. A juzgar por las apariencias, todos están prontos á sacrificar sus vidas y hasta sus bienes terrenales, que muchas veces les son más preciosos que sus vidas, antes de recibir ni llevar armas mortales contra quienquiera que sea, conforme á la máxima de San Francisco. Su resistencia al servicio militar les ha traído procesos y persecuciones incesantes y la emigración al Canadá. Tolstoy ha hecho en su favor cuanto ha podido y ha renunciado en su obsequio los derechos de propiedad de su *Resurrección* revelando al mundo la existencia de estos fanáticos (1).

Aquí se me presenta una triste observación, hecha ya por Víctor Hugo (2), y es que en las épocas de las grandes y lamentables revoluciones los excesos de un criminalismo intemperante dan motivo á numerosos desfallecimientos y á sorprendentes metamorfosis que sirven como de mentís á aquellos feroces movimientos revolucionarios. Cuenta la Escritura que ha existido un rey que durante seis años se vió transformado en fiera, volviendo después á tomar la forma humana. Nótase que á veces á los sistemas sociales les sucede lo mismo. Pasan sus siete años de fiera, y luego vuelven á ser hombres. Tolstoy y los *dukhobors* están en este último período dentro de la evolución del anarquismo.

El ardiente y justo Chipriani caracteriza estas doctrinas de pasivismo tolstoyano, diciendo: «Son buenas únicamente

---

(1) Bienstock: *Tolstoy et les dukhobors*, I, 1.

(2) *Ensayos sobre política y literatura*, 22.



para eunucos». Y esta afirmación no tiene réplica ni admite distinciones de lugar ó de raza. La pasividad á que Tolstoy aspira es impotente, ora campee en imperios militares y en desiertos de arena como los del Oriente allá en otro tiempo, ora se avenga con un imperio teocrático y una región de nieves como actualmente es Rusia. ¡Y si al menos se tratase de reformas parciales y de otro género! Pero tratándose de una destrucción completa de la sociedad de nuestros días como la que predica Tolstoy, ¿quién querrá sostener en serio que para conseguir fin tan radical basta aconsejar á los hombres prudencia, calma y nada de rebeldías ni de violencias? Tanto valdría, según la comparación de Riquelme (1), aconsejar á una empresa constructora de caminos de hierro que no emplee la dinamita en horadar una montaña para dar paso á la triunfante locomotora, sino que aguarde á que la acción del tiempo haga que se destruya por sí misma la montaña, facilitando de este modo el trabajo de los operarios constructores de la vía.

El medio propuesto por Tolstoy es ilusorio y contradictorio, y en realidad no tenemos más que escoger entre el nihilismo de los procedimientos criminales y la concepción biológica de la sociedad. En una como en otra solución, la muerte no es una necesidad individual, sino una institución social.

Así lo presintió ya Comte, así lo ha confirmado Weismann en el terreno de la biología propia, y así acaba de elevarlo á principio el gran místico y sociólogo inglés Kidd en sus *Principles of occidental civilization*, publicados en la fecha reciente de 1902.

### El anarquismo individualista.

Llego á Max Stirner, y creo hallar el descanso que se busca después de las fatigas de un largo camino; creo haber llegado á la luz después de haber caminado entre sombras ó por

---

(1) En la revista *Electra* de 4 de Mayo de 1901.



la obscuridad. En 1845 asombró al mundo con su *Der Einzige und sein Eigenthum*, obra admirable, traducida en seguida al inglés, al francés, al italiano (y mucho más tarde, por supuesto, al español), y cuya segunda edición no se publicó hasta 1882. De dicha obra puede afirmarse con razón que es la más original en su género, así por la exposición como por las ideas; y, en efecto, ella ha sido la que ha trazado á todos los adversarios de la democracia social las primeras líneas fundamentales, las que han seguido y seguirán siempre en los estudios más profundos y más concretos que de los principios del socialismo han hecho los individualistas posteriores.

No se extrañe mi entusiasmo por el simpático pensador alemán y por la hazaña de ingenio admirable á que debe su justa nombradía. Se pueden adoptar sus opiniones, sin entenderlas, sin embargo, como él las entendió. Baste á este fin recordar tan sólo cuáles fueron los precursores é inspiradores de Max Stirner: Feuerbach, Bauer, Ruge. Feuerbach había dicho: «El hombre es para el hombre el Sér Supremo». Bauer había añadido: «El hombre acaba de ser descubierto» (1).

Pero en vez de favorecer con estas fórmulas é ideas el individualismo, fueron á parar á un socialismo absurdo, á una especie de panteísmo social, á un cierto culto á la Humanidad considerada como un Gran Sér, á la manera de Comte. Lo general, lo total, lo infinitamente abstracto, lo altruísta y colectivo, se sobrepuso en su filosofía en tales términos á lo personal, lo individual y lo egoísta; llegó á tal absorción el ideal humanitario; triunfó de tal modo el conjunto sobre las partes, que en vez de un humanismo se produjo un misticismo grosero é inmanente, que no podía menos de traer la reacción de Max Stirner, la cual, como todas las reacciones, fué demasiado lejos. Pero en la afirmación de Max Stirner de que el

---

(1) Véase la representación hecha por el editor Wigand, de Leipzig, con motivo de la supresión del diario *Anales Alemanes de Ciencias y Artes*, ordenada por el ministro del Interior en 3 de Enero de 1843.



concepto de Humanidad es una ficción, habrá razón eternamente.

La obra de Max Stirner se divide en tres libros, consagrados: el primero, al *hombre*; el segundo, al *yo*; el tercero, al *único*. El libro primero es puramente antropología histórica, sin mezcla ni intrusión de elemento sociológico alguno. Estúdiese en él *una vida del hombre*, estudio que viene á ser como una determinación de la evolución individual del egoísmo. También se discuten las semejanzas y diferencias entre los *antiguos* y los *modernos*. Por último, examina Max Stirner el *liberalismo* como expediente de conciliación de lo moderno con lo antiguo, bajo sus tres formas corrientes: el liberalismo político, el liberalismo social y el liberalismo humanitario, todas las cuales le parecen igualmente absurdas.

Durante los años que transcurrieron desde la primera aparición de la obra, las ideas de Max Stirner no experimentaron modificaciones profundas; pero quiso, contestando á sus adversarios, intercalar nuevas observaciones en forma de *post-scriptum*: es, en efecto, una especie de testamento de su espíritu personal é individualista impenitente.

En el libro segundo, Max Stirner establece la conexión entre la propiedad y la individualidad y entre el propietario y el individuo. *Mi poder*, *Mis relaciones* y *Mi goce de Mi*—que los escribe así, con letra mayúscula y en pronombre de primera persona siempre — son sus tres preocupaciones, las tres ideas en él predominantes. Algunos le han llamado loco; pero ¿sabemos acaso si la locura es otra cosa que la inteligencia sublimada?

En su último libro acaba de romper toda relación con la sociedad y las personalidades socializadas, emprendiendo la más desatinada polémica, no sólo contra la política, sino contra la moral y el hecho de la democracia. Aquí vemos ya el sistema del interés, ocupando el lugar del poder del derecho ó el anarquismo individualista sancionado dogmáticamente.

Este carácter dogmático de las opiniones de Max Stirner nos



dispensa de hacer una crítica de ellas. El simpático pensador termina su libro con las siguientes palabras: «Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé Unico. En el Unico, el poseedor vuelve á la nada creadora de donde ha salido. Todo sér superior á Mí, sea Dios ó el hombre, se debilita ante el sentimiento de mi inmensidad y palidece al sol de esa conciencia. Si yo baso mi causa sobre Mí, el Unico, ella reposa sobre su creador efímero y perecedero, que se devora á sí mismo, y puedo decir: Yo no he basado mi causa sobre Nada».

Esta exageración es intolerable. Ya hemos visto que el desarrollo de la persona individual y de la persona social, lejos de aparecer antagónicos, aparecen rigurosamente paralelos, casi identificados. Las dos personas son absolutamente de la misma naturaleza, y aunque separadas por transitorias perturbaciones en ciertos momentos de la historia, están destinadas á llegar á la ecuación suprema en una sociedad mejor. El porvenir encontrará á ambas en el inventario de su herencia; pero ya hoy, como hace veintidós siglos, puede proclamarse la sociabilidad como una síntesis humana, repitiendo las palabras de Aristóteles: «Para vivir solo, sería preciso ser bestia ó Dios». Pero no, que las bestias forman también sus sociedades—testigos: Espinas, Brehm y Vogt,—y Dios, con ser Dios, no se ha conformado con vivir solo, y ha querido entrar en sociedad con el Universo y con los hombres, sacándolos de la nada.

### El anarquismo comunista.

La misma relación, ó mejor dicho, oposición moral que hemos reconocido entre el anarquismo activo y el pasivo, vuelve á mostrarse entre el anarquismo individualista y el comunista. Surge el primero del racionalismo egoísta del individuo, tendencia disolvente y destructora (*catabolismo*). El segundo pretende nacer de un sistema ético que parece pro-



veerle de esa fuerza evolutiva, llamada, según se dice, á comunicar á los organismos sociales vida, facultad de obrar y de construir (*anabolismo*). Difícilmente se conseguiría bien ninguno con ir refutando cada una de las teorías que sobre este último punto se han levantado hasta el cielo para derribarlas hasta el abismo al día siguiente. Si queremos elegir á quien represente al anarquismo comunista del modo más científico, ese será indudablemente el príncipe ruso Kropotkine. Vamos, pues, á dedicarle nuestra atención por un rato.

Kropotkine comienza haciendo ver que á la altura de civilización en que nos hallamos, el género humano ha acumulado inauditos tesoros, y somos ricos, muchísimo más de lo que creemos. «Ricos, por lo que poseemos ya; aún más ricos, por lo que podemos obtener con los instrumentos actuales; infinitamente más ricos, por lo que pudiéramos obtener de nuestro suelo, de nuestra ciencia y de nuestra habilidad técnica, si se aplicasen á procurar el bienestar de todos».

¿Cuál es, pues, la causa de nuestra miseria? La misma señalada por los socialistas: «Que los medios de producción han sido acaparados por algunos individuos en el transcurso de la Historia. Que estos mismos individuos, alegando sus presuntos derechos, se apropian hoy las dos terceras partes del producto del trabajo. Que imponiéndose al obrero, le obligan á producir, despojándole después de la mayor parte de lo que produce. Que le obligan á producir, no lo que satisfaga sus necesidades, sino lo que rinda más beneficios al acaparador». Ahora bien: todos los medios de producción son obra del trabajo manual y colectivo de la humanidad: luego *todo es de todos*. «Basta de esas fórmulas ambiguas como *el derecho al trabajo ó el derecho al producto íntegro del trabajo*. Lo que proclamamos nosotros *es el derecho al bienestar, al bienestar para todos*». Veamos en qué argumentos apoya Kropotkine la proposición de que este bienestar no es un sueño. La producción de cada hombre es suficiente para llevar el bienestar á su familia. La causa de que hoy no se haya realizado esto es que



los acaparadores, no viéndose sujetos á trabajos útiles, derrochan inútilmente gran parte del producto del trabajo. Así, pues, lo que se impone es que el capital deje de considerarse como propiedad privada y se convierta en propiedad común; y esto se conseguirá valiéndose de la expropiación, de la reversión á la comunidad. «El bienestar de todos, como fin; la expropiación, como medio». De consiguiente, según las deducciones de Kropotkine, se hace necesaria la *revolución social*.

Después de romper con la sociedad privada, una sociedad no puede organizarse más que con arreglo al *comunismo anarquista*, que es el ideal de Kropotkine. El salario no tiene razón de ser en esta organización. El salario es producto de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos de producción. La posesión común de estos instrumentos implicará el *goce en común* de los frutos de la *labor común*.

El comunismo no es ya solamente un vago ideal: las modernas sociedades, fundadas sobre el individualismo, caminan, sin embargo, hacia un comunismo parcial como el de los siglos anteriores á los tres últimos. Ejemplo de esto son los puentes, cuyo paso se pagaba en otras épocas; el camino de grava, del que sólo quedan vestigios en Oriente; las bibliotecas y museos públicos; el agua á domicilio, los tranvías y algunos ferrocarriles, en los que ya se admiten abonos, etc. La anarquía es también una tendencia pronunciada de las sociedades humanas. Siempre han sido épocas de progreso aquellas en que los pueblos han derribado á los Gobiernos. En las mismas naciones civilizadas se acentúa cada vez más la tendencia de limitar la acción del Estado en beneficio del individuo. «Todo lo que en otro tiempo se consideró como función del Gobierno, se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos obligados á afirmar que la humanidad tiende á reducir á cero la acción de los Gobiernos; esto es, á abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio».



La expropiación tiene sus fundamentos en que la riqueza de los propietarios se basa en la pobreza de los trabajadores. Es indudable, por lo tanto, que cuando el obrero no tenga que rendir el producto casi íntegro de su trabajo al capitalista, éste no tendrá razón de ser.

La expropiación, para ser fructuosa, ha de ser completa, sin limitaciones de ningún género. De lo contrario, sólo producirá un gran trastorno económico y una imposibilidad absoluta de reorganizar la vida sobre nuevas bases.

George pedía que se expropiase la riqueza territorial sin tocar á las fábricas. Los socialistas todos vienen á decir lo mismo. «Queremos que se expropie el suelo, el subsuelo; la fábrica y la manufactura son instrumentos de producción, y justo es considerarlos como propiedad común. Pero hay objetos de consumo, como el alimento, el vestido y la habitación, que deben ser propiedad privada». Kropotkine rechaza una y otra distinción.

Basta con lo expuesto para comprender que el comunismo anarquista no es otra cosa que el socialismo colectivista de Marx, y tan erróneo como él. En primer lugar, sostengo contra Kropotkine que el movimiento total de la sociedad moderna, en sus relaciones con el comunismo, ha tomado y sigue la dirección de una fuerza centrífuga. En todas partes encontramos la huella de la obligación individual y de la sustitución del grupo por el individuo, como unidad que es objeto de las leyes civiles.

Maine (1) fué acaso el primero que en los resultados de sus investigaciones supo descubrir verdad tan palmaria, é hizo de ella, aunque desde el aspecto imparcial de la crítica científica, el punto de partida de su sociología. Un carácter distingue invariablemente á la infancia de las sociedades; en ella son considerados y estimados los hombres no como individuos, sino como miembros de una agrupación particular. El hombre

---

(1) *Ancient Law*, 168, 183.



es primero un ciudadano; después, como ciudadano, es miembro de una orden (aristocracia, democracia, orden de patricios ó de plebeyos, ó una casta en las sociedades castizadas con esta perversión del progreso social); luego forma parte de una *gens*, de una casa ó de un *clan*, y por último es miembro de una familia.

Pero si es erróneo suponer con Kropotkine que las sociedades modernas tienden al comunismo de posesión, no lo sería menos creer con Marx que tienden á acaparar el capital. Según datos estadísticos, está hoy día demostrado que el capital, al contrario, se fracciona cada vez más. Con el aumento de la riqueza ha venido el aumento del número de capitalistas. Así, por ejemplo, si se leen los trabajos de la Sociedad Francesa de Estadística, se verá que en 1896 publicaba en su *Boletín Oficial* un extracto donde queda plenamente demostrado que el número de participantes en las rentas ha crecido de pocos años á esta parte. En 1800 el capital nominal de las rentas francesas era de 713.000.000 de francos; en 1830, de 4.426 millones; en 1852, de 5.516.000.000, y en 1896 ascendía á la cifra de 26.000.000.000. En relación con este aumento del capital, el número de capitalistas fué también aumentando progresivamente. En 1830 había 175.000 inscripciones de capitales; en 1895 ya había subido á 5.000.000. De igual modo, las empresas industriales tienden á aumentar el número de accionistas, lo cual se observa exactamente igual en las Compañías de Ferrocarriles, donde cada vez se inscriben más. En 1888 las acciones del Crédito territorial estaban en manos de 22.000 individuos; hoy día participan de ellas 40.000 personas.

Las grandes fortunas van desapareciendo, aunque parezca lo contrario. Calcúlase en un 2 por 100 el número de familias que tengan 7.500 pesetas de renta. De 500.000 herencias registradas anualmente, se ha comprobado que sólo 2.000 pasan de 20.000 pesetas. Con la propiedad sucede esto mismo. Leroy-Beaulieu ha calculado que los tres cuartos de la fortuna acumulada, y probablemente cerca de los cuatro quintos de la



renta nacional, están en manos de obreros, aldeanos y burgueses. Dos tercios de la propiedad en Francia están distribuidos entre seis millones de propietarios.

Por otra parte, sin los capitalistas, las grandes industrias morirían de consunción. Son inapreciables los servicios que presta al comercio el monopolio de las prendas de vestir ejercido por los grandes capitalistas. Alguien ha indicado la conveniencia de que los mismos capitalistas se apoderasen del monopolio de los productos alimenticios.

La riqueza trae consigo sus propios frenos y equilibrios. «La base de la economía política—dice Emerson (1)—es la no intervención. La sola regla segura es la ecuación de la demanda y la oferta. No legisléis. Mediad, y habréis conmovido á los poderosos con vuestras leyes suntuarias. No regaléis privilegios; haced leyes igualitarias; asegurad la vida y la propiedad, y no necesitaréis hacer limosnas. Abrid las puertas de la oportunidad al talento y á la virtud, y ellos se harán á sí mismos justicia, y la propiedad no estará en malas manos. En una comunidad libre y justa, la propiedad corre presurosa desde el holgazán y el imbécil al industrial, bravo y perseverante.» «El capital tiende á difundirse en mayor número de manos, y se difunde porque constantemente aumenta. Las leyes económicas obran en este punto en el sentido de las utopías que los socialistas forjan, pero empleando medios muy diferentes de los que ellos recomiendan, porque el efecto producido es consecuencia de la abundancia de capitales, y no de su supresión» (2).

Y ahora, haciéndome cargo del apoyo que en la realidad universal y profunda puede tener el anarquismo comunista, ¿fúndalo Kropotkine en la verdad antes que en la utilidad? Entonces su causa ha triunfado; no discuto más. Si se trata de una profesión de fe panteísta, no es él quien primero ha negado

---

(1) *La ley de la vida*, 78.

(2) Lebon, *Psychologie du socialisme*, VII, 1, 2.



do que lo propio y lo de otros es una misma cosa en el fondo de la existencia. No puede darse mayor cantidad de filosofía colectivista y comunista que la que pusieron los indios en esta sentencia: «Las nociones *yo soy y esto es mío*, que tanto influyen en la Humanidad, no son más que ilusiones de la madre del mundo. Disipa, ¡oh Señor de todas las criaturas!, este concepto ideal que procede de la ignorancia».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



## LOS NATURALES Y LOS ESPIRITUALES

---

- Bueno, ¿y después?
- ¿Después? Seguir chillando hasta desgañitarse.
- O lo que es lo mismo, ladrar á la luna; ¿no es eso?
- Sí, ladrar á la luna, para que las gentes vean que la luna se deja ladrar y no por eso cesa en reflejarnos la luz del sol, y siga alumbrando, pero nadie le haga caso ni pierda el tiempo en contemplar á la luna con la boca abierta, no siendo para descansar el ánimo.
- ¿Y después?
- ¿Después? ¡ladrar al sol!
- ¿Y después?
- ¿Después? ¡morirse!
- ¿Y después?
- ¿Después de morirse? Quedarse muerto, y que vengan nuevos ladrones. Nadie nos quita ya lo ladrado y lo vivido.
- Pero al muerto, ¿no le quitaron ya lo vivido?
- No; los que fueron han sido, han vivido, y los que han vivido en una ó en otra forma viven.
- Pero esos ladridos...
- Alguno se despertará al oírlos, y dirá: pero á ese condenado perro, ¿qué le pasa?
- Y luego, al ver que ladra á la luna, volverá á acostarse ó saldrá y le tirará una pedrada al perro para que se calle.
- El que una vez se ha despertado y saltado de la cama, difícilmente vuelve á conciliar el sueño; y aunque se acueste de nuevo, da vueltas y más vueltas en la cama meditando.



—¿En los ladridos del perro?

—¡Al arrullo de ellos!

—¡Vaya una música!

—Las hay peores, es decir, más adormecedoras. ¡Sí, hay que ladrar, y ladrar mucho!

—Y también aullar, me parece.

—También aullar, y luego morder, si se puede. Pero para hacer coraje, para que nos vengan con el palo ó con la piedra y tengamos que defendernos á mordiscos, primero hay que ladrar.

—Bueno, dejémonos de parábolas y hablemos derechamente: ¿qué ganas con todo ese protestar y atacar y acometer y agitar?

—Sentirme hombre.

—¿Y para sentirte hombre vas á perturbar la sociedad en que vives?

—¡Claro está que sí! ¡Que sean hombres también ellos!

—¿Y quiénes son ellos?

—¿Ellos?... ¡Los otros!

—Vas á no poder vivir en sociedad.

—También lo creo. Amo mucho á mis semejantes, me intereso demasiado por todos aquellos á quienes veo y oigo para poder vivir entre ellos. Me llega al alma el oír decir una tontería ó una vaciedad á un prójimo, y quisiera ir á él y quitarle aquella tontería de la cabeza, de cualquier modo, á golpes de maza, con violencia. Sufro mucho, sufro mucho porque no puedo acudir á todas partes y discutir con todos y sacar del error á todos los que en él se hallan.

—Tiempo perdido: no convencerás á nadie. Cada cual se atiene á sus ideas, y los que parecen ceder antes son los más retusos en recibir lo nuevo, son elásticos. Observa que las personas que parecen estar de acuerdo con la opinión del último que habla, vuelven siempre á lo mismo. Es torpe discutir y querer sacar á nadie de sus ideas; los hombres no quieren dejarse convencer. Lo mejor es dejarlos.





—No, sino repetir una y dos, y cien, y mil y millones de veces la misma cosa, que en fuerza de oírtelo repetir acabarán por creértelo cuando ya no les suene á cosa extraña. Un día y otro y otro, siempre con la misma canción.

—Pero si una vez no se lo pruebas, ¿te lo van á creer la milésima?

—Claro que sí. La cuestión es que no les suene ya á cosa extraña y nueva, que sea corriente, que estén hartos de oirla. Lo que se oye á diario acaba por aceptarse, por absurdo que sea. El valor del hombre está en repetir constantemente su palabra. Como se sepa dar forma clásica á un disparate, pasará.

—¿Y por qué forma clásica?

—Porque la forma clásica es la que se ha hecho ya corriente y usual. Las nuevas ideas se rechazan porque hay que hacerlas lugar entre las viejas, variando cuando menos la colocación de éstas. Según Bagehot, un inglés de la clase media, con decir «¡en mi vida he oído semejante cosa!» cree haber refutado un argumento.

—Lo cual me recuerda algo que dice Schopenhauer acerca de los tres grados por que pasa entre el público toda doctrina nueva, y que si no estoy trascordado es que primero se hace el silencio en su derredor, después se la mira como novedad peligrosa, y acaba por decirse: «eso es muy antiguo».

—También yo recuerdo haber leído en él algo de eso, aunque no los términos precisos; mas lo que sí tengo observado es que de declarar una cosa ininteligible, paradójica, embolística y enredosa se pasa á decir que es una antigualla renovada. Rara es la doctrina que admite el pueblo como nueva, porque cuando la ha admitido ya, es cuando, habiendo dejado de ser nueva, tiene tradición.

—¿Y la tradición quieres hacerla á puro repetir una cosa?

—Sin duda. Es el procedimiento de la educación jesuítica; al niño hay que meterle en la cabeza, á puro martilleo, un número de principios en fórmulas, consagradas é invariables,



entiéndalas ó no, que luego, cuando sea mayor, fructificarán en él.

—Si es que fructifican...

—En efecto, si es que fructifican. ¿Crees que las respuestas del Catecismo tienen nada de claro ni de comprensible, no ya para el niño, mas ni aun para el adulto? Los más de los que las aprenden se mueren sin haberlas entendido. Pero pasan como cosa corriente en fuerza de saberlas todos desde niños. Y el pueblo es un niño. ¿No has visto nunca á dos niños ponerse al sí y no?

—¿Qué es eso?

—Que empieza uno por afirmar algo, y el otro se lo niega, y aquél dice «que sí» y replica éste «que no», y vuelve el primero á su sí y el segundo á su no, y se están en sí-no, sí-no, sí-no... y al último, á una vez y seguido, el uno recita su sí, sí, sí, sí, sí, y el otro su no, no, no, no, no..., hasta que alguno de ellos se cansa y el otro queda encima ó se vienen á las manos y se traban á cachete limpio, que suele ser lo más común. Y así con el público y con el pueblo no importa tanto dar pruebas y razones de la afirmación que se sustenta cuanto estarlo afirmando de continuo y no hartarse de repetir, un día y otro y otro y ciento, sin descanso ni parada, sí, sí, sí, sí, sí..., ó no, no, no, no, no..., y gritar más que los demás, ladrar, ladrar fuerte. Porque eso de que no por más gritar se tiene más razón, resulta, de hecho, una tontería. Eso que se llama misoneísmo sólo se cura á puro repetir novedades.

—No creo en la eficacia de tal proceder. A un pueblo no se le convence sino de aquello de que quiere convencerse; cuando creemos haberle dado una idea nueva, si la recibe, es que se la hemos sacado de las entrañas de su propio pensamiento, donde la tenía sin darse él mismo cuenta de ella. Y á este propósito voy á leerte lo que leí hace poco en el ensayo de Roberto Luis Stevenson acerca del poeta americano Walt Whitman, y que me pareció tan exacto que lo traduje y copié, y aquí lo tengo, en este mi cuadernillo de notas. Dice: «Ahora bien, ¿cómo va



¿convencer el poeta como la Naturaleza, y no como los libros? ¿Hay parte alguna de la Naturaleza que pueda mostrar á otro hombre como puede mostrarle un árbol si pasean juntos? Sí, la hay: los pensamientos del hombre. En realidad, si ha de hablar el poeta con eficacia, ha de decir lo que está ya en la mente del que le oye. Es lo único que creará el oyente; es lo único que será capaz de aplicar inteligentemente á los hechos de la vida. Una convicción cualquiera, aunque sea todo un sistema ó toda una religión, tiene que pasar á la condición de lugar común ó de postulado antes de que llegue á ser completamente operativa. Elucubraciones extrañas y teorías de alto vuelo pueden interesar, pero no gobernar la conducta. Nuestra fe no es la más alta verdad de que nos percatamos, sino la más alta que hemos sido capaces de asimilarnos en la trama y método mismos de nuestro pensamiento. Así es que no se renueva al hombre de veras blandiendo ante sus ojos las armas de la dialéctica, ni por inducción, deducción ó construcción, ni forzándole á pasar de un modo de razonar á otro. No cabe hacerle creer algo, pero cabe hacerle ver que lo ha creído siempre. Y éste es el canon práctico. Cuando el lector exclama «¡ah, sí, lo sé!», y tal vez llega á medio irritarse al ver cuán de cerca se le ha anticipado el autor en sus propias ideas, entonces es cuando está en camino de lo que se llama en teología la fe salvadora». Hasta aquí Stevenson; ¿qué te parece?

—Me parece que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle á creer que se le había ocurrido á él, y que era desde siempre suya. Y esto es más fácil con lo que se llama por excelencia pueblo, con la masa anónima é inculta. Es más fácil hacer que acepte novedades el pueblo que no la clase media de la cultura, los leídos, los que han pasado por aulas. Don Quijote pudo arrastrar tras de sí á Sancho, no al bachiller Sansón Carrasco.

—¡Es claro! Porque Sancho era ignorante.

—¿Ignorante? ¡Sea! Todos somos ignorantes, y todos ignoramos algo hasta que lo hayamos aprendido. Y á este caso



suele gustarme repetir que si el principio de echarse á andar es estar parado, y el de pararse estar andando, así el principio de empezar á saber es ignorar, y no pocas veces el principio de ignorar es saber, y por esto suelo decir que el principio de la sabiduría es la ignorancia, ó aun, mejor dicho, que el principio de la sabiduría es saber ignorar. Y Sancho sabía ignorar, y no lo sabía el bachiller Carrasco, como no suelen saberlo los bachilleres, y sí los palurdos.

—Eso está bien, menos aquello de que el principio de ignorar es saber, sentencia que no entiendo, y sospecho que tampoco la entiendes tú, sino que la has soltado por la fuerza del consonante ó por afición á la antítesis, y sin más razón.

—Te equivocas, y baste que recuerde aquellos versos de Leopardi de que «descubriendo, sólo la nada crece». A lo que suele decirse que de cada misterio aclarado surgen varios misterios por esclarecer. Y así puede decirse que el mucho y hondo saber acerca á la ignorancia, y que á los grandes genios antes y mejor puede entenderlos el vulgo bajo que no los doctos. O empleando otras palabras, que por habérmelas oído muchas veces me las entiendes: antes se entienden los espirituales con los naturales que no con los intelectuales, así como le es al ateniense más fácil entenderse con el beocio que no con el filisteo. La brutalidad y la genialidad pueden unirse; lo que ya no es tan fácil que se una con esta última es eso que suelen llamar discreción, ó sea el sentido medio.

—Yo creo, sin embargo, que es el pueblo, guardador de las tradiciones y conservador por excelencia, el que más resiste y rechaza las novedades del genio.

—Ni las del genio suelen ser tales novedades, ni el pueblo es conservador, ni guarda tradiciones de ésas.

—¿De ésas?

—De ésas, sí; porque, al hablar de tradiciones, sé á qué so-  
léis referiros. Y, empezando por lo de conservador, te diré que no puede serlo quien nada tiene que conservar. Nuestro pueblo está por encima ó por debajo, pero ciertamente fuera de



esas distinciones que hacemos entre conservadores y progresistas, sin que le importen un comino las cuestiones que dividen á éstos. Porque si tomas la de libertad de imprenta, no puede importarle al que no sabe leer ni escribir; si la de libertad de asociación, no se asocian; si la de libertad de conciencia, carecen de esa conciencia que aspira á ser libre; y todo por el estilo. A su vida no llegan aquellas cosas por las que peleamos. Y en cuanto á tradiciones, te diré que nada hay menos tradicionalista que el pueblo, y que no son tradiciones suyas, vivas en él, todas esas doctrinas y enseñanzas que hay que administrarle en cada generación, porque se le despegan. Las tradiciones suyas verdaderas, el caudal de consejas y supersticiones y agüeros y hechicerías que se transmiten de padres á hijos, es muy distinto de ese legado que hay que estarle de continuo inculcando para que no lo deje caer. Aun á pesar del refrán que dice «el que calla, otorga», yo no creo que el pueblo otorga con su silencio todo lo que se quiere atribuirle.

—Te concedo que el pueblo no tenga opinión alguna en porción de cosas, pero no cabe duda que hace suya la que le dan aquellos en quienes tiene confianza. Su fe implícita...

—Ya diste con el concepto, con el terrible concepto, con la doctrina pestilente y dañosa que está envenenando las raíces de la vida social de esta nuestra Patria: ya diste con uno de los peores males...

—Pero, hombre; me choca que te exaltes así, tú, el hombre sereno, el hombre...

—Sí, no puedo oír en calma lo de la fe implícita; nada encuentro más repulsivo que elogiar la fe del carbonero, la del que, bajo palabra ajena, dice creer en lo que cuenta tal libro sin haberlo leído...

—Pero fíjate en que las más de las personas ni tienen tiempo ni criterio para enterarse de muchas cosas, y han de reposar, por fuerza, en los demás, y fiarse de lo que les digan personas de autoridad y crédito. El que necesita sus horas para ganarse el pan de cada día no puede meterse en teologías...



—Es que la teología no es religión, ni es para nadie religión lo que no obre eficaz y directamente en su espíritu. Si un individuo me dice que cree en tal ó cuál misterio y no tiene la menor idea de éste, ni esa creencia obra en él frutos de acción, ni cree en ello, ni Cristo que lo valga. Y tal es la fe del carbonero, la del que dice «creo lo que cree la Santa Madre Iglesia», y luego, al preguntarle qué cree ésta, replica: «lo que yo creo»; y no se sale de ahí. Eso es creer en la Iglesia, pero no en lo que ella enseña.

—Para el caso...

—No, para el caso no es igual. Para nadie puede tener la religión más contenido que aquél presente y vivo en su conciencia. Si uno me dice que su religión encierra dogmas ó principios que él ignora, esos no son dogmas ni principios de su religión, porque ésta no es suya. Lo que no sé no es mío, ni me sirve.

—Sin embargo, tu médico sabe cosas que ignoras, y con él saberlas te cura.

—Pero la religión no es delegable ni es ciencia. Y aquí está el mal: en haber hecho de ella una metafísica, con sus especialistas. Y por eso te repito que el pueblo no cree la mayor parte de las cosas que se dice constituyen su creencia, y no las cree porque no las conoce, y, de conocerlas bien, tampoco las creería. Los que aparecen como maestros suyos en lo que toca á lo más íntimo de su vida no son fieles representantes de él: van á imponerle la letra muerta de una doctrina que ni conoce ni siente, y no á sacarle de las entrañas espirituales la que tiene allí dormida. Lo más de esa tradición que se dice ser la de nuestro pueblo ha constituido una constante violencia contra su más íntima tradición. Su fe honda, su fe inconciente, riñe muchas veces con esa su llamada fe implícita.

—Vé cómo vienes á contradecirte.

—¿Contradecirme?

—Contradecirte, sí; porque no ha mucho que decías que en puro repetir una cosa se acaba por hacer que la crea el que



nos la oye, y que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle á creer que se le hubiera ocurrido á él, y que era desde siempre suya; y ahora sales con esto otro de que no han logrado, en constante predicación de siglos, darle una tradición.

—Y no, no han logrado dársela, aunque reconozco que me has cogido en una contradicción, aparente al menos.

—¿Aparente?

—Aparente, sí, y lo irás viendo. Yo no sé si es que no han sabido inculcarle eso que se le trataba de inculcar, ó que ello riñe con su profunda manera de ser; mas lo cierto es que tal tradición histórica, y no más que histórica, no es su tradición viva y vivida, como hay muchas leyes que, á pesar de imponérselas siglos hace, no han logrado suplantar á las costumbres primitivas que con ellas riñen. Y el día en que hombres de autoridad, el día en que hombres de veras espirituales digan á este nuestro pueblo, á los naturales, «te engañan los intelectuales esos, y no creas lo que te dicen que crees y repites tú que lo crees», entonces Sancho, de quien no se cuenta que muriera, despertará á la voz de Don Quijote, redivivo, y, dejando al bachiller Carrasco con la palabra en la boca, volverá á irse tras su amo, á quien pedía con lloro que no se muriese, sino que le llevara á la ínsula prometida. Sancho espera á Don Quijote, aun sin saber que lo espera; los naturales esperan á los espirituales, hastiados de los fríos y hueros sermones del intelecto revestido de piedad. Vuelvo á mi tema: nada más cerca de la naturalidad que la espiritualidad; y tú me entiendes lo que con esto quiero decir.

—Te entiendo, sí, pero no me convences de ello; porque si el pueblo no entiende á los que le hablan con lógica, con la voz de la ciencia media, y dándole la tradición histórica fraguada por cadena de doctos rebuscadores; si no entiende esa voz, menos entenderá los arrebatos líricos, que apenas son otra cosa, de esa especie de profetas de nuevo cuño á que aludes al hablar de espirituales; me parece...



—Te equivocas. Lo menos acomodado al pueblo es la doctrina tradicional fraguada por teólogos, y esa ciencia de vulgarización que se le quiere ahora dar. Todo eso no le da vida. Y nada más cerca de lo natural que lo espiritual, ni nada más cerca del pueblo que el poeta. El poeta, el vidente, el soñador, el utopista, no el hombre de ciencia, no el físico, ni el químico, ni el teólogo. El espiritual, en puro espiritualizarse, vuelve al pueblo. Ya Blumhardt, el poderoso predicador, decía que hay que convertirse dos veces, una de la vida natural á la espiritual, y después, otra vez de nuevo de la espiritual á la natural, en cuanto es justa ésta. La suprema naturalidad se alcanza en el somo de la espiritualidad, en su cumbre. No espero que me lo tomes á paradoja, si te digo que los santos, los verdaderos santos, han llegado á cobrar inocencia de animales, y tanta pureza de intención como un borrego, un tigre ó una víbora; esto los verdaderos santos.

—Y ¿por qué insistes en lo de verdaderos?

—Porque una cosa son los santos según la naturaleza ó, si quieres, según la gracia divina, y otra los santos según esta ó aquella hermandad de hombres; á unos los canoniza Dios mismo, á otros la Humanidad, á otros esta ó aquella Iglesia. No llamo santos á todos los que figuran como tales en el calendario, pues los hay puramente eclesiásticos, y hasta puramente litúrgicos.

—¡Entendido!

—Pues bien: los grandes santos verdaderos, que son los hombres que han llegado á la alta espiritualidad á que cabe llegar á hombre nacido, los más grandes santos, que han sido los supremos poetas, por haber hecho de la vida poesía, esos han sido los hombres cuya vida se acercaba más á la animalidad. En puro santidad llegaron á la inocencia de los animales, y si uno de esos santos picó, dió zarpazos ó devoró á alguien —con una ú otra manera de devorar, — fué con tanta pureza de intención y tanta falta de malicia, como pica la víbora y da zarpazos ó devora el tigre. La gracia les había vuelto á la pura naturaleza. Y por lo tocante al hecho supremo de la vida,

E. M.—Enero 1905.



que es morir, recuerdo haber leído en un escritor ascético, me parece que el P. Faber, que aconseja á los fieles no hagan comedias á la hora de la muerte, ni conviertan en tablado de teatro el lecho mortuorio, sino que se mueran natural y sencillamente; y á esto añade que muchos de los más grandes santos se murieron como los animales, acostándose á morir. Y de aquí saco que, al decirse eso de «murió como un perro», no se tiene en cuenta que es la tal muerte un morir de santo.

—Me parece que te excedes...

—No lo sé, pero sí, como repito, que la muerte del santo es muerte de perro. Para el hombre perfecto es el morir una mera función fisiológica, algo como el dormirse. Y si el parir la mujer con dolor dicen ser efecto de la caída de nuestros primeros padres, y de haber con ella perdido el estado de pura naturaleza, el que sólo mediante la gracia se recobra, efecto también de la caída, signifique ésta lo que significare, ha de ser el morir con dolor ó el dolor de la muerte. Mas veo que vamos alejándonos mucho de nuestro hito, y perdiendo el carril de nuestro discurso.

—¿Y qué más da?

—Cierto que da poco si esta nuestra conversación hubiera de irse y perderse con las aguas corrientes de la vida; pero como me consta de ciencia cierta que habrá de quedar cuajada en escrito, como si esas aguas se helasen, y habrá de publicarse, bueno es que le demos cierta unidad, no sea que el público que nos lea se queje.

—¿Y por qué ha de quejarse?

—Porque cuando la gente se pone á leer pónese á que le cuenten algo con principio, medio y fin, pues para estarse leyendo una conversación tirada y suelta, de esas que por cualquier punto cabe cortar, una de esas sartas sin cuerda, para eso se van al Casino á oír charlar junto á la chimenea.

—Pero ¿no es una esclavitud el que hayamos de conversar para veinte, cien, mil ó más personas, y no para nosotros mismos?



—Bueno, amigo; dejemos eso, y puesto que hablamos para que se escriba y publique lo que hablamos, y puesto que eso de escribir, y más aún lo de publicar lo escrito, sea una de las cosas más antinaturales que cabe concebir, renunciemos á lo natural para someternos al arte, ó lo que fuere.

—Pero también el arte es naturaleza, como dijo el otro, quien lo dijera.

—Schiller, y antes de él supongo que otros, aunque esto importa poco, menos aún que el perder el hilo de nuestro discurso. Lo cierto es que eso de escribir es una de las cosas menos naturales, y por ello andan los escritores tan lejos de la naturaleza, y tan lejos del pueblo, que se está arrimado á ella. Y entiendo que quiero decir aquí por escritor algo muy poco recomendable.

—Me lo figuraba.

—Y te lo figurabas bien. Escritor ó literato es algo no tan mezquino, sino mucho más mezquino que intelectual. Un literato francés ha dicho esta solemnísimá majadería: «no hay más que una manera de tener talento, y es tener estilo»; y otro inglés, Stevenson, dijo antes que en un literato sólo hay un mérito que deba tenerse en cuenta, y es el que escriba bien, y sólo una falta condenable, y es la de que escriba mal.

—Ahora habría que saber á qué llaman estilo esos caballeros.

—¡Desde luego! Mas de esto hablaremos otro día, y de cómo se confunde el estilo con el lenguaje, sin ver cuán poderoso estilo puede revelar uno chapurrando lengua que apenas conoce, y cuán desprovistas de él están muchas melopeas escritas con el más chinesco artificio gramatical y retórico. Y así el pueblo, guiado por certero instinto, desprecia á los escritores que no son otra cosa, y si influyen algo en él es porque le transmiten algo del espíritu de otros no escritores, pero sí espirituales. Ciertó es que un Kant, pongo por caso, jamás fué leído por el pueblo, ni lo será en mucho tiempo al menos; pero no es menos cierto que gracias á él y á haberse empapa-



do en su espíritu, pudieron muchos escritores llevar hasta el pueblo algo de lo que escribieron. Los intelectuales — Kant, en rigor, y á pesar de las apariencias engañosas, no lo era;— los intelectuales, digo, apenas sirven más que de intermediarios entre los espirituales y los naturales. El verdadero director de los movimientos íntimos de un pueblo suele ser, á menudo, el que menos se ve y de quien menos se habla.

—Sí, un Moltke dirigiendo una campaña desde su gabinete.

—Aunque sea una leyenda esa de Moltke, que no sé si lo es ó no. Pero hay Moltkes de éstos, y lo más curioso del caso es que á las veces no los conocen ni aun los mismos que obran obedeciendo á su dirección, no ya los soldados, mas ni aun los generales. Escritores hay que protestarían airados si se les declarase de quién ó de quiénes son inconcientes ministros. Y para la mayor parte de las personas, no hay más remedio que resignarse á ser órgano de algún otro.

—Buena prueba de ello estamos dando ahora nosotros dos, pobres entes de razón, que no venimos á conversar aquí sino sirviendo de juguetes y ministros al escritor que nos trae y nos lleva y nos hace hablar por escrito.

—¡Pobre manera de hablar!

—Muchas veces no hay otro remedio. Pero se me ocurre una cosa al respecto que tratamos, y es que me choca mucho que con ese tu constante estribillo de que hay que dirigirse al pueblo y darle ó devolverle espiritualidad...

—Despertársela.

—Bueno, sea despertársela; pues con eso de que es menester despertar la espiritualidad del pueblo, no te haya oído nunca formular una doctrina concreta, clara y aplicable que se haya de dar al pueblo.

—Ya salió aquello: la cantinela de los intelectuales, la doctrina concreta, clara y aplicable...

—Pues claro; ¿qué has de decir al pueblo?

—¡No deleguéis!



—Pero, hijo de Dios, ¿cómo no van á delegar gentes que no tienen ni preparación, ni tiempo, ni humor para formarse una doctrina?

—Que no deleguen, he dicho; que no deleguen. Al pueblo hay que repetirle, un día y otro y otro, que no delegue lo íntimo del espíritu; que se fragüe por sí mismo sus esperanzas y sus consuelos.

—Pero eso no es posible.

—Posible y muy posible. Hay que darle fe en sí mismo...

—En su ignorancia.

—Justo, fe en su ignorancia, fe en la sabiduría entrañal, y sobre todo quebrantar en él la fe del carbonero.

—Te he oído hablar muchas veces del Brand de Ibsen, ¿lo recuerdas?

—Sí, y recuerdo á aquel heroico Kierkegaard, de quien es Brand reflejo en el arte, y sé por dónde vas; sé quieres decirme que el pueblo no quiere que le señalen caminos, sino hitos; que el pueblo no quiere que se le enseñen modos de producir, sino que se le den productos; que quiere se le den las cosas hechas y las verdades resueltas.

—Evidente.

—Pues es evidencia que no me convence. Y te digo y repito que hay que despertarle la fe y no darle dogmas...

—Fe sin dogma, como si lo oyera...

—Mil veces mejor que dogmas sin fe, que es su alimento actual. ¿Dogmas? Que él se los haga y se los deshaga y rehaga.

—Y que él se invente una química y una física y una fisiología á su gusto y capricho.

—Ni la química, ni la física, ni la fisiología, ni nada de eso, con ser tan grande y tan bueno y tan útil, es cosa propiamente del espíritu, aunque sirvan de preparación para lo espiritual. Todo eso es cosa del intelecto.

—Sutilezas escolásticas, que dirías tú.

—Nos entendemos, y basta. Todo eso es cosa de ciencia,



más que de sabiduría, de lo que llaman los alemanes *Wissenschaft* y los ingleses *knowledge* más que de lo llamado por aquéllos *Weisheit* y por éstos *wisdom*. Por la ciencia van muchos á la sabiduría, ó sea que van por el intelecto al espíritu; pero no es ese el camino obligado, ni hemos de creer que para llegar el pueblo á la sabiduría espiritual tenga que pasar por la ciencia intelectual. Aquí está el error de los intelectuales; aquí está el error de los que se van á los obreros con nociones de física ó de química generales, aunque es mucho mejor irles con esto que no con física ó química aplicadas á sus oficios. De irles con física y química, creo que comprenden mejor y que les son más provechosas las altas teorías de esas ciencias, su parte filosófica, lo que de ellas puede sumirnos en el reino del espíritu, que no esas otras nociones técnicas. Observa que nada interesa tanto al pueblo como aquello que le es menos útil para la vida práctica cotidiana, y es la astronomía. No le vayas á un herrero de lugar con explicaciones sobre eso de que el calor dilata los cuerpos, y que el hierro es cuerpo simple, y que su combustión es oxigenación, que todo eso le entrará por un oído para salirle por el otro, y así debe ser; pero sácale al campo en una noche estrellada, y muéstrale en la infinita bóveda el camino de Santiago, y dile lo que es la nebulosa y los millones de mundos de que consta, y que nuestro sol y nuestro sistema todo no es sino una molécula de ese inmenso anillo; y si se lo haces entender, verás cómo te lo agradece y le has removido los hondones del espíritu, y no tan sólo arañado el pellejo de la inteligencia.

—Por donde se ve lo que sirve dar ciencia al pueblo y enseñarle cosas concretas y claras y...

—Sigue.

—Y... no sé lo que iba á decir.

—Aplicables, hombre, aplicables; acaba.

—No, aplicable no, pero dogmas astronómicos.

—Sí, aplicable, aplicable á lo espiritual, y no dogmas, porque no los recibe como tales. Tan ciencia ó más es lo de la di-



latación por el calor y la oxigenación del hierro, y eso no le importa. Pero dile luego que el trozo de hierro es también una nebulosa, y que allí dentro hay sistemas planetarios de moléculas y soles acaso y astros con sus órbitas, y logra hacérselo entender y que relacione una cosa con otra, y verás.

—¿Y eso no es ciencia?

—No, eso es ya filosofía. Y convéncete de que los grandes principios científicos modernos, ó mejor dicho, los grandes principios filosóficos sacados de la ciencia moderna, no serán eficaces para la vida honda y verdadera de los pueblos mientras no se reduzcan á religión. Que si todas aquellas filosofías del Logos encarnaron en la religión cristiana, en religión y en la misma religión cristiana pueden encarnar los principios de la conservación de la energía y de la evolución de las formas.

—Ahora defiendes la ciencia para el pueblo.

—Repito que no, porque eso no es la ciencia de los intelectuales, por útil que ésta sea. Pues hasta sus más elevadas hipótesis son doctrinas frías. Hay que hacerlas poesía, que es el alimento que recibe el pueblo, ni hay doctrina que se asimile mientras no se haga poética. El poeta, el poeta es el que está más cerca del aldeano y es el que puede llevarle de la naturalidad á la espiritualidad, ó ya paso á paso por camino de intelecto, ó más bien por salto.

—¿Por salto?

—Por salto, sí, suprimiendo la intelectualidad. Y á eso responde mi palabra ¡no deleguéis! No hay que delegar, porque delegando se entrega el tesoro espiritual á intelectuales, y lo que es peor, á intelectuales de escaso ó casi nulo intelecto, á meros repetidores de fórmulas muertas; el espíritu es indelegable. Y si se le predica un día y otro y otro al pueblo que no delegue, es posible que, recogido en sí y buscando con anhelo por dónde romper, se eleve de su naturalidad á su espiritualidad por salto. Y cómo se manifieste ésta y qué formas tome eso no importa. Y aquí veo la superioridad del espiritual respecto al intelectual para con el pueblo: y es que el intelectual



le enseña lo que ha aprendido, conocimientos que tiene almacenados en su intelecto, y el espiritual le enseña lo que es, le enseña su propia alma, su personalidad. Y da al pueblo la visión más robusta, la más fecunda, la más avivadora que puede dársele, cual es la visión de un hombre entero y verdadero, la revelación de un alma al desnudo. El poeta, si lo es de verdad, no da conceptos ni formas; se da á sí mismo. ¿De qué valdría el Sermón de la Montaña y las parábolas y los preceptos todos evangélicos, si Jesús no se hubiese dado á sí mismo, y si el libro en que se atesora su espíritu no nos diera, no ya sus enseñanzas, sino á él mismo, al hijo del hombre? Pilato le mostró al pueblo diciendo: He aquí el hombre. Debemos todos abrirnos ante el pueblo el pecho del alma, desgarrarnos las vestiduras espirituales, y mostrándole nuestras entrañas decirle: He aquí el hombre. Y el pueblo que se eduque á ver hombres acabará por buscarse, zahondar en sus entrañas espirituales, descubrir en ellas la fuente de su vida, y decir á los demás pueblos: ¡He aquí el pueblo!

—¿Y no puede llegar á ese descubrimiento por la ciencia?

—No sé de nadie que haya llegado á descubrirse de veras estudiando fisiología y anatomía é histología y todas esas ciencias tan útiles para que el médico llegue á curarnos las afecciones corporales y para otras muchas cosas.

—Entre ellas, para llegar á curarnos las afecciones morales.

—Así dicen, aunque yo no lo creo.

—Pues yo sí lo creo, y tú y yo, bien mirado, somos hermanos gemelos é hijos de un mismo padre y hasta puede decirse que desdoblamiento de una sola y misma persona.

—Pues bien: convendrá que esa persona lo crea y no lo crea, y reciba con su inteligencia lo que tú le enseñas, y recoja en su espíritu lo que le enseñe yo, y que su fe y su razón anden á la greña de continuo, porque eso es vida. Él puede contradecirse, ya que el principio de contradicción es el principio del progreso en la vida; pero á cada uno de nosotros no nos es lícito contradecirnos.



—Y, sin embargo, me acusas á menudo de que me contradigo, y yo te acuso, también á menudo, de que te contradices.

—Sí, te acuso de que te contradices, porque defiendes á la vez tradiciones teológicas y novedades científicas, y eres de los que andan con eso de la armonía entre el dogma viejo y los principios nuevos. Y todo eso me parece sin importancia ni alcance. Nunca me ha interesado, ni lo más mínimo, el que concierte ó no concierte el relato mosaico de la creación del mundo con las adquisiciones de la geología; es punto que cae fuera del espíritu, y su discusión sólo puede servir para hacer gimnasia intelectual y para divertirse un poco.

—Y yo, te lo he de decir una vez más, no veo en todas esas vaguedades tuyas y en todos esos juegos conceptistas que haces acerca del intelecto y el espíritu y los naturales, intelectuales y espirituales, y lo de no delegar, y lo de fe sin dogmas y dogmas sin fe, y toda la demás monserga con que me aturdes los pacientes oídos, no veo en todo eso sino revoloteos en el vacío, ó, como decía Juan Pablo, un pintar éter con éter en el éter. Todavía no sé, ni lo sabes tú mismo, me parece, qué es lo que crees ni lo que piensas, ni veo que estés lleno sino de ti mismo...

—¿Y te parece poco? Eso es lo primero, llenarse de sí mismo, y luego desbordar y volverse sobre los demás.

—Pero ese tú mismo, ¿sabes si le importa á nadie, y si á nadie le sirve para algo?

—Todo hombre sirve á todo hombre. Si el prójimo que te parezca más insignificante y sin valor alguno, el que te haya molestado con más tonterías y á quien sólo hayas oído necedades, si ese prójimo se te vaciara por entero, no en lo que sabe, sino en lo que es, y recibieses algo de su espíritu en el tuyo, verías cuán renovado te encontrabas. Conocí un sujeto al que no podía soportar, por lo impertinente de sus tonterías; jamás le oí sino perogrulladas irresistibles ó lugares comunes, que me duelen los oídos de oírlos repetir; sus juicios eran los de todo el mundo, y estaba el desgraciado tan henchido de sen-



tido común, que no le quedaba ni el más menudo rinconcillo para el sentido propio. Huía de él como de la peste, porque á pesar de la vulgaridad de su mente, era un buen hombre, y no quería reñir con él. Pero le encontré una vez, abatido y triste por desgracias de índole familiar y doméstica, y el infeliz, entre sollozos y lágrimas, me vació su espíritu. Y vi al hombre, un hombre hecho y derecho, todo un hombre, un espíritu repleto de eternidad y de infinitud. Su vida de familia era una tragedia oscura que no había trascendido al mundo. Y salí de aquella entrevista, de aquella comunión espiritual más bien, renovado y espiritualizado. ¿Y crees que nada de lo que me dijo era concreto y claro y aplicable? No, sus sollozos me enseñaron más que sus palabras. El hombre da más de sí á sus hermanos cuando llora y cuando ríe, que no cuando habla, y más que cuando habla, cuando canta. El pueblo necesita que le canten, que le rían y que le lloren, mucho más que el que le enseñen.

—¿Pero es que cantando se enseña?

—Sí, la tabla de multiplicar á los niños en las escuelas.

—No rechazo el canto, pero ha de ir con letra.

—Sí, y en latín para mayor claridad.

—¡Ah! Vuelves por la claridad.

—Hay dos claridades...

—Está visto que no nos entenderemos nunca.

—Ni conviene que nos entendamos.

—Adiós, entonces, y hasta... ahora.

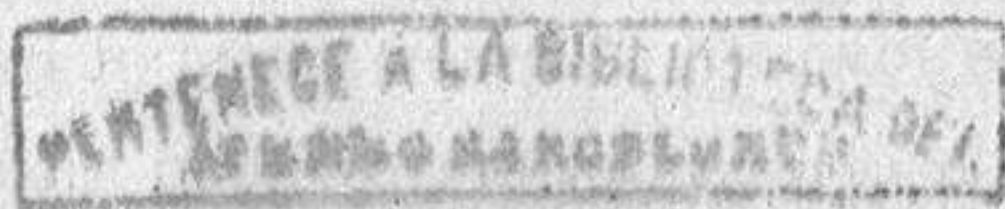
—¡Hasta ahora; adiós!

Y se fundieron los dos en uno.

MIGUEL DE UNAMUNO



# LOS CENTINELAS DEL ESCORIAL



Cuando casi niño vino á reinar en España el hijo augusto de la reina loca, á cuya ambición eran estrechos los ámbitos del mundo, entristeci6se su alma al ver que en todo el solar heroico de Castilla no quedaba lugar para su tumba. Desde el remoto altar de Covadonga, donde reposan en paz las cenizas venerandas del infante Don Pelayo, hasta Sevilla, donde duermen el sueño eterno de la muerte San Fernando y Alfonso el Sabio, y Granada, que á par guarda el sepulcro de piedra de sus reyes conquistadores, Isabel y Fernando, y sus hijos esclarecidos Juana y Felipe de Borgoña, de quien nació el emperador, cada ciudad readquirida custodia aún las tumbas sagradas de aquellos sublimes reyes conquistadores, cuyas hazañas constituyen el inmortal poema del génesis nacional. Pero realizada la restauración y la unidad de la Patria, ¿en qué lugar, bajo qué mármoles ó con qué símbolos de trofeo el rey emperador Carlos de Gante haría descansar las propias cenizas, y con las suyas las de su ilustre generación y estirpe, que dieran á la nación y al mundo motivo permanente de un recuerdo de glorificación perpetua, perpetuamente amado, y de un nuevo culto nacional perpetuo, perpetuamente sostenido?

¡Ah! La epopeya de Carlos V también inundó de vivos esplendores el nombre y la grandeza de España. Él, con sus empresas esparcidas por todos los ángulos del planeta, hasta los entonces desconocidos, también puso su temido cetro de fanal y antorcha delante del carro de fuego con que el astro gene-



rador del día hace su revolución incesante en torno al eje de diamante que mantiene nuestro globo en el espacio, y el rayo benéfico de su luz, bajo el cetro de aquel semidiós del imperio y los combates, jamás dejó de alumbrar dominios españoles. Entonces el heroico César meditó el arca santa de los despojos humanos, que encierra como un misterio el eco de las grandezas que formaron las aureolas de la vida. Felipe el severo, su hijo, le levantó después sobre el haz de sus victorias, y en la profunda cripta del majestuoso altar que el genio de Herrera cubrió con bóveda de granito, retadora del viento y las tempestades, en medio de la montaña agreste, abrió las acordonadas fosas en que habían de residir, inertes para siempre, los que con sus mandatos hicieron estremecer al mundo.

¡Qué austeridad presidió tan gran fábrica! Aquellos sepulcros majestuosos que enriquecieron, ó tallados ó bruñidos, duros bronces y duros mármoles, bajo el monte de piedra que con severas inspiraciones labró el arte, no se fabricaron en medio de la ciudad populosa, centro de la actividad y la vida, donde el trono tiene su asiento y la majestad soberana ejerce su poder; no en medio de la fértil llanura, al lado del río de crujientes aguas, bajo la sombría arboleda donde, impasible y sencilla, el ave alegre con sus cantares el festín de sus amores: el sepulcro del César que domó al mundo y de la generación del César que gozó el poder y la prosperidad de sus conquistas, se alzó en la ladera escabrosa, empenachada de gigantes picos, bajo la cúpula altiva del gran templo, por cuyos inmovibles minaretes, como brisas de valle, resbalan de continuo vientos furiosos, olas de nieve y todas las demás tempestades del cielo.

¿Qué misterio encerraba esta soledad, aquel apartamiento y el vasto panorama de aquella naturaleza tan árida y bravía?

Cuando en remotos siglos, en el campo de Re-Pelao, los paladines góticos de España enarbolaron su bandera de libertad, blandieron la espada vengativa y erigieron sobre un paves el solio de una augusta soberanía, el grito de la fe, el gri-



to de la ambición, el grito de la esperanza, fué por extremo lacónico, pero expresivo: —*¡De mar á mar!* Así lo oyeron las montañas astures y resonó en las lejanas montañas de Tarifa.

¡Cuántos siglos costó la reconquista! Pero desde las del caudillo Alfonso el Católico, cada avance de la espada revelaba una nueva y siempre creciente continuidad de la Patria. Constituyéronse otras Monarquías peninsulares cristianas, como grupos diversos de operarios tenaces hábilmente distribuídos en el vasto palenque de un trabajo común. En alianza concorde, frecuentemente riñeron todas unidas las batallas patrias de la emancipación. Y cuando, estrechando al mahometano dominador en sus últimos reductos, ya sólo quedaban enhiestos los cubos de su Alhambra, fundidas todas las coronas peninsulares en vínculo eterno de unión, vinieron Fernando de Aragón é Isabel de Castilla á arrojar de aquel último baluarte, en nombre de la unidad nacional, á los degenerados descendientes de Muza y de Tarik.

El grito del valle de Cangas había realizado toda su misión. España se extendía *de mar á mar*. Los regios sepulcros diseminados por todo el territorio patrio, desde el altar de Covadonga, el claustro de San Juan de la Peña y las galerías ojivales de Poblet, hasta el rojo muro de la ciudad de las hadas que genios fantásticos de otra edad enclavaron bajo los picos nevados del Muley-Hacen, fueron los símbolos de aquellas largas etapas en que se eslabonaron las gloriosas fatigas de la reconquista y los símbolos también de la perpetua unidad é indivisibilidad de la Patria emancipada. El tiempo futuro, con sus grandezas sucesivas, exigía otra cripta, otras tumbas, otro altar.

Felipe III mandó construirlos en San Lorenzo; mas es fama que el espíritu de Carlos V, el retraído de Yuste, fundador del más dilatado Imperio que hasta entonces había conocido la Historia, y el espíritu de Felipe II, que aún logró conservarle con las armas, la política y las leyes, vagaban por la tierra, anhelantes y temerosos, como augustos centinelas de



la guarda de aquel Imperio. En vano se dió en aquella cripta á sus deshechos restos magnífica sepultura. Sus almas, emancipadas de los trabajos del mundo, no volaban hacia el cielo. Juntas sus dos figuras en vaporosos espectros, de aquí allá volaban sin descanso, desde las cimas al valle, desde el jardín á la cúpula, mirando con ojos encendidos la progresión de los tiempos y los accidentes de la Historia.

¡Qué negro y qué terrible juicio á cada rey que moría! Bajo monarcas de tristes destinos, veían de día en día deslucirse el brillo supremo de aquella corona que imperó sobre los orbes, y luego con hondas lágrimas lloraron día por día, por el espacio de siglos, la pérdida sucesiva de tantas conquistas gloriosas, la anulación progresiva de tanto poder acumulado, la sumisión vergonzosa á los mayores adversarios que contrastaron sin descanso aquel poder desde su génesis, la abdicación humillante de todo espíritu, de toda empresa, de toda iniciativa nacional. ¡Qué deshonor y que vergüenza para su augusta memoria!

¡En tres siglos continuados, siempre se renovó su dolor, siempre fueron creciendo sus tormentos! Cada dominio perdido era como el jirón arrancado á sus propias carnes por el pico de acero del carnívoro insaciable, de negras plumas y de repugnante aspecto, que sin cesar también revoloteaba en torno de aquellos espectros desvanecidos. Aún viven los que en la soledad de noche tan prolongada, una noche de más de trescientos años, vieron entre el misterio de sus obscuras sombras vagar el inerte grupo incorpóreo por los alrededores del monasterio donde bajo lápidas cinceladas yacen sus restos cautivos, mirando siempre á la cima de la montaña cercana, como si la aspiración á la cumbre fuera la aspiración á la luz.

No faltaron á veces á su esperanza fatuas ó efímeras llamadas que la animasen, y ellos tejieron la corona que cubre el recuerdo de los héroes inmortales del Parque de Monteleón. —¿Resucitará España?—se preguntaban; y hubo momentos de luz; mas pronto se disipó la incertidumbre. Aquel que pa-



reció rayo no fué sino un relámpago, y la nación, aletargada, no supo despertar al calor del meteoro. ¡Cómo se hacinaron y qué densas nuevas sombras después! La más perspicaz visión no podía profundizar más que el caos en la obscuridad.

Un día, sin embargo, los picos del Guadarrama brillaron con un indescriptible resplandor. El aún vacío claustro del monasterio poblóse de sombras ilustres de reyes y de príncipes, en cuyas coronas de oro, enmohecidas por el tiempo, y en cuyos heráldicos mantos, donde la humedad y el polvo aún no habían carcomido completamente las refinadas labores del arte, se hacían conocer los emblemas de los que compartieron las mayores dignidades con los más ilustres monarcas de la tierra, presididas por aquella cohorte de reyes de que el emperador era cabeza. Todos llevaban la esperanza en el semblante. Todos murmuraban en sordas voces un nombre y una oración. ¿Había llegado, por ventura, el grato anuncio, tanto tiempo esperado, de una nueva y celeste promesa? ¿Había llegado el día de la reivindicación?

El crepúsculo matinal doraba las cumbres de purpúreos arreboles. La procesión fantástica de sombras inundó la ancha nave del templo, llenó el coro y pobló hasta las más recónditas capillas; y á los acordes acompasados del órgano, movido por manos invisibles, un canto de gloria se elevó hasta el altar en donde, siempre triunfante aunque impalpable, se halla la presencia del Señor. Aquel *in excelsis* parecía un nuevo cántico de la noche de Nazareth. A poco un eco lejano hizo retumbar en el espacio como la refracción sorda del sonido del monte, rumores bulliciosos como de apiñadas multitudes, zumbiar de truenos como de pólvora comprimida que se inflama dentro del cilindro de acero, músicas y campanas, y todo el majestuoso concierto que forma la explosión del entusiasmo cuando un pueblo se conmueve por el frenesí de la victoria ó por el frenesí de la esperanza.

A aquel murmullo solemne, á aquella confusión de gritos y sonidos á que unían sus roncas notas metálicas el címbalo en



la torre y el órgano en el templo, entreabriendo sus descarnadas bocas toda la egregia cohorte de almas en espectro que el emperador presidía, rompió en el solemne himno de la glorificación inmortal, el sagrado *Te Deum*, que también pobló con su divina armonía, como el grito de Pelayo en Covadonga, todo el vasto espacio que desde el robusto muro mediaba en derredor hasta la lejana arena de un mar y del otro mar.

¿A quién semejante honor? Rey de sublimes destinos, ALFONSO el deseado, aquel himno era á él. Él era la promesa viva del Señor. Él era la reparación de los siglos de decadencia y la reparación del siglo de la lucha y el caos. Él era la esperanza suprema de una luminosa resurrección.

En su persona augusta, en su espíritu atrevido y magnánimo, en su corazón altivo y generoso, encarnaban todas las nobles ambiciones de una suspirada reparación.

No obstante las sombras de los pasados reyes, que desde el lóbrego sepulcro en que sus despojos humanos se encierran son los centinelas de la integridad y de la gloria de nuestra decaída nacionalidad, á pesar del paso del ungido, no reposaron bajo sus lápidas de piedra el día de tan venturosa proclamación. Aun desde las torres erguidas que dominan el largo valle y los dilatados términos que el genio del siglo ha abierto al paso veloz de la febril locomotora, agrupados y reunidos en viva expectación esperaron largo tiempo su paso victorioso para aclamarlo y bendecirlo cuando volvió radiante y envuelto por las aureolas de la paz. Mas cuando ante el concurso de sus mayores se presentó decorado con su oliva, de que venían orlados también en su ilustre comitiva los gloriosos adalides que combatieron bizarramente á su lado por cortar para siempre la deforme cabeza á la hidra envenenada de la discordia civil; cuando con el lauro de la paz amasaba las palmas del bienestar común y con la felicidad de su pueblo creció por todas partes el prestigio de su nombre y la autoridad de su nación; cuando al pie de las enhiestas torres donde los reyes, sus antepasados, velaban por sus destinos,



pasaron las espléndidas cabalgatas de los príncipes y de los embajadores de los príncipes que de todo el orbe vinieron á sus umbrales á cultivar su amistad; cuando dado á respetar en Europa, árbitro de sus contiendas le aclamaron pueblos poderosos de América, África le entregó el legado de sus destinos, y con atónito asombro le vió impávido, valiente y magnánimo, entre el tumulto salvaje de la plebe desarrapada de la presuntuosa París; cuando para mantener su derecho en Oriente desplegó su autoridad y su razón y el vicario de Dios pudo tomar el arbitraje de su causa, porque él era la verdad y la justicia, todavía el lúgubre cortejo de las muertas realezas, centinelas del Escorial, inmóvil en la cima enriscada que domina la atrevida cúpula de Herrera, con ojos ansiosos y fosforescentes, y lanzando estridentes ayes, como truenos de tempestad, miraba al bosque lejano y á la ciudad abandonada, con la agonía de un presagio fatídico que delataba el largo martirio de cuatro siglos.

¡Qué triste entonces se formó la nueva caravana del duelo y de la muerte prematura! ¡Cuánto volvieron á ennegrecerse los horizontes de la esperanza! ¡Qué mustia languidez en las almas de aquellos espectros intranquilos que por tanto tiempo habían abrigado el sueño de la resurrección!

¡Rey de sublimes destinos, ALFONSO el malogrado! Ni aun la muerte logró imperar de ti. Cuando en fúnebre cortejo eran tus despojos, cubiertos de lágrimas y de flores, conducidos á aquel que hasta entonces había sido el lugar de la muerte, y desde entonces tus cenizas veneradas han convertido en nuevo altar de la fe nacional; ¿por qué hasta las avanzadas de la sierra, hasta donde no habían adelantado nunca, llegaron á recibirte gloriosamente en bulliciosa comitiva aquellos reyes desterrados de tres siglos que permanecían como insepultos en la centinela de la nación?

¡Ah! aunque tú moriste, no murieron contigo las esperanzas que despertaste, ni las promesas que el cielo hizo encarnar en ti. Prematura fué tu muerte, y ella cortó el hilo de tus mag-



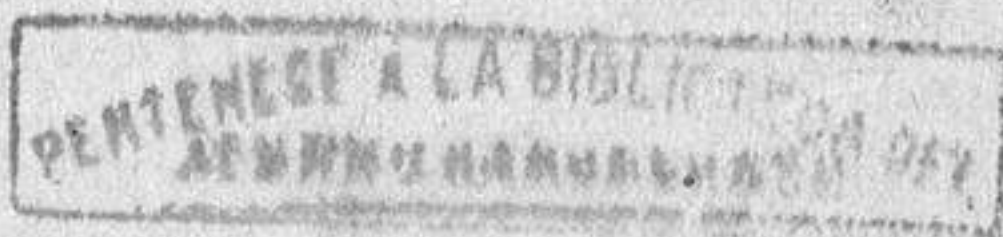
nánimos pensamientos; pero dejaste quien los heredase, y tras la tregua de la menor edad, en tu hijo augusto te reprodujiste tú con todos tus destinos. Ellos se cumplirán.

¡Centinelas augustos del panteón del Escorial, que veláis despiertos é insepultos hace cuatro siglos por la suerte de la Patria: id pacíficos á descansar en el fondo de vuestras tumbas! ALFONSO XIII ya reina, y en él se simboliza nuestra ansiada resurrección. Lo que en ALFONSO XII no se cumplió á causa de su muerte prematura, en él se cumplirá.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN



# RECUERDOS



Quedé en el artículo anterior nada menos que en Basilea, donde terminaba el tren en que yo iba, y donde tenía que esperar dos ó tres horas á otro tren en el cual había de continuar el viaje.

Para matar el aburrimiento de estas dos horas, resolvimos recorrer la población, y con los alumnos de la Escuela emprendimos agradablemente un paseo por calles y por plazas, sin dirección fija, sin saber á dónde íbamos, sin entender á nadie y sin que nadie nos entendiese; es decir, en las condiciones más agradables y pintorescas para visitar un país desconocido.

Y el tiempo se nos hizo ligero, pero, aun así y todo, yo tuve conciencia de que se iba haciendo tarde; y, como mi reloj estaba parado, consulté á D. Manuel Pardo, el cual me aseguró, después de mirar el suyo, «que teníamos tiempo de sobra».

Seguimos, pues, nuestro paseo, y volví á insistir, al cabo de un rato, en que había llegado el momento de dar la vuelta; mas Pardo, con aquella seguridad que era su nota característica, afirmó de nuevo «que no era hora todavía».

Al fin, yo tuve intuición evidente de que perdíamos el tren, é insistiendo de nuevo, y mirando yo mismo el reloj de mi discípulo, observé que estaba tan parado como el mío.



Volvimos á toda prisa á la estación, y vimos alejarse majestuosamente el tren en que debíamos haber salido.

Dos veces en mi vida, sólo dos veces, y conste bien, porque esto es muy interesante, he perdido el tren, y ninguna de las dos ha sido por mi culpa.

Yo soy puntual, mejor dicho, exactísimo; ó aún mejor, me anticipo á las horas y á los acontecimientos.

A las juntas llego con media hora de anticipación; á los trenes, con anticipación de una á dos horas.

Si yo fuera astro, en cuyo caso es evidente que discurriría mucho peor que siendo hombre, por mal que ahora discurra, llegaría á ser la desesperación de los astrónomos, porque me anticiparía en todas las conjunciones, eclipses y momentos de paso.

Tendrían que hacer un estudio muy detenido de la *ecuación* propia de mi movimiento de avance.

Pero como no soy astro, me limito á ser la desesperación de cuantos me acompañan en un viaje, pues no les dejo momento de reposo con mis inquietudes y mis prisas.

Nos quedamos, pues, en Basilea, pero sólo dos horas más, al cabo de cuyo tiempo pudimos continuar nuestro viaje.

Y ¿á dónde fuimos á parar?

No lo recuerdo bien: cito de memoria, y no quiero ni corregir ni rectificar ninguno de mis recuerdos.

Creo, porque así *me suena*, no por recuerdo visual, sino por recuerdo *fonético*, que fuimos á parar á un valle muy ancho, por cuyo fondo corría, en un lecho de cantos rodados, un río muy castigado por el estiaje, valle donde habían levantado una especie de fonda ó casa de postas.

Me parece que se llamaba aquel sitio *Saint-Jean de Morienne*, y, si no se llamaba así, se llamaría de otro modo: éste es el recuerdo fonético á que me refería.

Y aquí el hilo de mis memorias se rompe, y tengo que saltar á otro momento de mi viaje en el cual me veo caminando en una diligencia por entre montañas altísimas. ¡Los Alpes! Ni más ni menos que Aníbal ó Napoleón.



Y, después de todo, tanto se les daba á los Alpes de Napoleón ó de Aníbal como de mí.

Y vuelve á romperse el hilo, y me veo en Turín, término casi de mi viaje, paseando por una calle hermosa, con arcadas á uno y otro lado, y en el fondo unas colinas pintorescas, á manera de decoración de teatro ó de telón de fondo.

Me parece que la calle se designaba con este nombre: «via di Po».

De toda la calle no recuerdo sino que, bajando por ella hacia el río, á mano izquierda y entre las arcadas, había una fonda, adonde iba con mi mujer cuando llegaba la hora de almorzar ó de comer.

Fonda en que se comía admirablemente y con extraordinaria economía.

Sobre todo, recuerdo que servían para entretener el hambre unas tiras muy largas de pan muy tostado, á que daban el nombre de *grissi*, y que crujían deliciosamente al mascarlas.

Todo esto, para algún espíritu superficial, serán nimiedades insustanciales y ridículas, que yo no debiera mencionar, ni aun recordar, y, si las recordaba, debía callarlas.

¿Y por qué no he de recordar lo que recuerdo?

¿Por qué estos hechos insignificantes, bien ordenados y bien interpretados, no han de servir para el estudio de las grandes leyes de la psico-física? Hechos nos piden los positivistas, y á luego que los presentamos los rechazan! ¡Qué consecuencia!

Yo no recuerdo cosas de mucha importancia, y esta calle de Turín, las colinas del fondo, las blancas arcadas de la izquierda, la entrada de la fonda, y sobre el blanco mantel el manojito de tiras de pan tostado, todo esto lo veo ahora mismo con *recuerdo visual* de notable firmeza. Por algo será.

Además, estos momentos plácidos y tranquilos deben influir notablemente en el equilibrio del sér humano.

¿Quién me asegura que el deleite de hacer crujir aquel pan



tostadito no quedó almacenado en el cerebro y no se transformó andando el tiempo en alguna frase feliz de alguno de mis dramas, que á su vez se transformó en entusiasmo y aplauso del público?

No hay como no entender las cosas y tener vista de poco alcance para desdeñar algo que, por ruindad nuestra, nos parece pequeño y ruin.

Vamos á ver: ¿no es la patata un alimento prosaico, humilde, vulgarísimo, aunque á mí sabrosísimo me parezca?

¿No creerá cualquier espíritu ramplón que la patata no está llamada en modo alguno á grandes empresas, que jamás podrá teñirse con los divinos colores del iris?

Pues recientemente se ha inventado un sistema de fotografía de colores, del cual he dado cuenta en el *Diario de la Marina*, y que se funda en el empleo de la fécula de patata.

No desdeñemos lo que nos parezca pequeño, que pudiera agigantarse al compás que nos encogiésemos nosotros.

No desdeñemos lo que se nos antoja prosaico, que quizá en el fondo de la prosa se agita lo sublime.

Pero sospecho que estoy divagando.

Volvamos á Turín.

\*  
\* \*

Dos días dediqué en Turín á visitar las cosas notables de la población y de los alrededores, y no fué trabajo muy provechoso, porque todos estos recuerdos se han borrado de mi cerebro; sólo me queda una fotografía cerebral é incompleta, cuadro cuyas extremidades se pierden en las nieblas del olvido, como las calles de Londres se perdían también en dos manchas de niebla que, cual cortinas flotantes, descendían de la atmósfera.

En este cuadro se destacan, á modo de puntos de luz, unas cuantas armaduras completas. Y nada más: una fila de armaduras.



Ni sé qué armaduras eran aquéllas, probablemente serían de los viejos duques de Saboya, ni sé á qué museo pertenecía el salón en que gallardeaban sus reflejos metálicos.

Todo ello es un fragmento de recuerdo.

El presente es como cristal, que recoge imágenes y perspectivas, y el tiempo y el uso lo rompen; y del cristal completo no quedan más que trozos sueltos, que son memorias aisladas, fragmentos de un todo que formó otro presente, y ahora quedan sembrando lo pasado de puntos más ó menos luminosos.

Al cabo de dos días hice mi visita al general Menabrea, presentándole la carta de recomendación del duque de Frías.

El general estuvo amabilísimo. Me dió á su vez otra carta de recomendación, que casi era una orden, para los ingenieros que dirigían los trabajos: Grandi, Grattoni y Somellier se llamaban.

Advirtiéndome, sin embargo, que á pesar de la carta encontraría algunas dificultades para el estudio que yo deseaba hacer, porque sobre las perforadoras habían tomado los inventores privilegio de invención en Francia y en Italia, y, además, querían conservar el mayor secreto hasta no comprobar los resultados que esperaban obtener.

Al despedirme del ilustre general, y sabiendo, porque yo se lo había dicho, mi gran afición á las Ciencias Matemáticas, me regaló dos ó tres Memorias suyas sobre Física-matemática, en que demostraba sus grandes conocimientos sobre la materia.

En Italia, tierra fecunda del genio, siempre ha habido matemáticos insignes; si no estoy equivocado, el gran matemático Lagrange era piamontés.

Y volviendo muy atrás, diré que el renacimiento matemático en Italia fué verdaderamente admirable. Pero sigamos.

Dejando á mi mujer con una familia para la cual había obtenido eficaz recomendación, me fuí con los alumnos de la Escuela, en un carruaje, á visitar el túnel de Mont-Cenis.



Los dos extremos del túnel eran Modana y Bardoneche; naturalmente, nosotros nos dirigimos á la boca del túnel correspondiente á Italia, que era la parte más adelantada de la perforación, en donde se hallaban ya concluídos los compresores hidráulicos, y donde estaban montándose las perforadoras.

*Llegamos, vimos* al ingeniero, pues sólo uno de los tres estaba en el terreno; y aunque *llegamos y vimos*, no *vencimos*, aunque al pronto creímos vencer.

Pero en esto de las victorias hay muchas ilusiones.

El ingeniero, que no sé cuál de los tres antes citados era, leyó atentamente la carta del general y se mostró muy afectuoso con nosotros, asegurando que no había para mí ningún secreto que guardar. Nos quiso dar albergue, que rechacé cortésmente, y quedamos citados para la mañana del siguiente día.

Yo estaba contentísimo; en todas partes me habían asegurado, en Francia como en Italia, que no conseguiría mi objeto, que ni vería las perforadoras, ni mucho menos podría estudiarlas. Y, sin embargo, el ingeniero me había dado toda clase de seguridades, y me había hecho toda clase de corteses ofrecimientos.

Pero llegó la mañana, y en vez de presentarse á buscarnos el ingeniero en persona, vino uno de sus ayudantes en su nombre, diciéndome que su jefe había tenido que salir apresuradamente la noche anterior por una orden del director de la obra; que en su nombre me presentaba las más repetidas excusas, y que él nos guiaría y enseñaría los trabajos de perforación, suministrándonos cuantas noticias pidiésemos.

La estratagema estaba vista: el ingeniero, no pudiendo oponerse de frente á la carta del general Menabrea, había apelado á la estratagema de la fuga.

Paciencia. Había que poner buena cara, y aun era estratégico mostrarse agradecido.



Nuestro guía nos llevó á la boca del túnel, y en él penetramos un buen trecho.

Pero, con ser la obra grandiosa, nada de aquello me interesaba, porque hasta entonces la perforación se hacía por los procedimientos ordinarios.

Así es que me detuve y le dije que, aunque todo aquello me interesaba sobremanera, como teníamos que regresar aquel mismo día á Turín, y el tiempo nos venía muy tasado, lo que yo deseaba ver era las perforadoras.

El hombre pareció contrariado é indeciso; pero le recordé la carta del general Menabrea y las promesas del ingeniero jefe la noche anterior, agregando que, después de todo, las nuevas perforadoras, que seguramente serían muy interesantes y muy ingeniosas, no constituían una invención extraordinaria y excepcional, porque perforadoras pueden inventarse muchas, aunque quizá no fuesen tan eficaces ni tan perfectas como las de los tres ingenieros inventores; y ante mis observaciones quedó perplejo.

Convencido ó vencido al fin por mis razones, ó para que yo no fuese con la queja al general Menabrea, se decidió á llevarnos á una especie de cocherón, donde estaban los misteriosos mecanismos.

Pero ¡cuánto retraso, cuánto rodeo, qué empeño en enseñarnos con gran derroche de amabilidad una multitud de cosas, que ningún interés tenían para mí ni para los alumnos que me acompañaban!

El hombre se batía en retirada; pero era una retirada brillante, pues pasaban horas y horas, y al cocherón de las perforadoras, que veíamos de lejos, no llegábamos nunca.

Yo estaba ya nervioso. Traía orden de España de ver las perforadoras, de estudiarlas y de escribir una Memoria sobre la marcha de los trabajos y la manera de funcionar de los mecanismos en cuestión.

Esto último era imposible, porque aún no funcionaban, pero podía al menos verlos y estudiarlos; y si no lo conseguía,



el viaje era inútil y el dinero que me habían dado para él se había gastado sin provecho alguno, convirtiéndose mi expedición científica en *tourné* de puro recreo.

Volví á la carga, saqué el reloj, le hice observar que apremiaba el tiempo y que yo tenía que emprender el regreso inmediatamente; y de tal modo le asedié, que al fin nos encaminamos al cocherón en que tenían guardadas ú ocultas las perforadoras.

En él entramos; y la verdad es que casi todas estaban desmontadas, y sólo una parecía completa.

Ante ella me planté, y, como la cosa más natural del mundo, saqué un papel y un lápiz para tomar el croquis del aparato. ¡Era mi venganza! Aquí mi acompañante, sin poder dominar su alarma, me detuvo diciéndome que lo sentía mucho, pero que estaba prohibido tomar dibujos de ningún mecanismo de los que habían de emplearse en la perforación.

Yo le manifesté mi asombro, aunque realmente no estaba asombrado, diciéndole que el ingeniero jefe no había puesto reparo de ningún género á que yo examinase y estudiase los nuevos mecanismos.

Pero él insistió, y yo entonces, guardando el papel y el lápiz, le rogué que fuera á consultar el caso, en compañía de don Manuel Pardo, con su jefe inmediato, y que yo esperaría la contestación sin insistir en mis propósitos.

Así lo hizo, y me quedé contemplando la perforadora bajo la vigilancia de dos ó tres empleados que por allí andaban.

Unos veinte minutos tardó en regresar, y yo aproveché el tiempo en aprender de memoria las diferentes piezas visibles de que la perforadora se componía, empezando por un extremo y acabando por otro.

No hice esfuerzo ninguno para comprender su modo de funcionar, concentrando únicamente mi atención en *la forma y sucesión* de las piezas.

Una rueda, decía yo de memoria, un resorte, otra rueda, un escape, y así sucesivamente.



Y me volvía á otro lado y repetía para mí la letanía mecánica, y perdóneseme la frase.

Miraba de nuevo al aparato, y comprobaba la serie; y así varias veces, hasta que estuve seguro de no equivocarme en la *lista lineal* de las piezas de la perforadora.

En esto volvió el ayudante, diciéndome que sin orden superior le era imposible permitirme sacar el dibujo que pretendía.

Me incliné respetuoso; le dí las gracias por sus atenciones, lamenté que el viaje del ingeniero me impidiera despedirme de él, y á toda prisa me fuí á la posada.

Mientras enganchaban los caballos, escribí en un papel, *por su orden*, las piezas que había aprendido de memoria, y con esto tuve ya la seguridad de reconstruir, en cuanto llegase á Turín, el misterioso aparato, que, en verdad, nada tenía de misterioso, ni nunca me lo había parecido.

Nos metimos en el coche, y antes de llegar tenía yo reconstruída la perforadora con bastante aproximación.

La empresa no era en verdad difícil, y cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Se trataba de un mecanismo, que había de realizar determinado trabajo, que había de ejecutar determinados movimientos, ya continuos, ya alternativos; esto por medio de una serie de piezas, cuya forma aproximada y enlace sucesivo conocía yo de antemano.

No era un problema, ciertamente, como el que realizó Cuvier, reconstruyendo por un hueso la forma y los órganos de un animal antidiluviano; pero cada cual hace lo que puede.

Mi problema era un problema sencillísimo, perfectamente definido, y que cualquier aprendiz de cinemática ó de mecánica habría resuelto como yo.

Pero, en fin, con ningún mérito, ó con escaso mérito, yo lo resolví, á pesar de la fuga del ingeniero, de los movimientos estratégicos del ayudante y de las prohibiciones del subjefe.



Había ido á estudiar la perforadora, y me la traía en la imaginación.

Había ido á estudiar los compresores de aire, y sabía de ellos lo bastante para escribir la Memoria que luego presenté. ¿Fué legítimo lo que hice?

Yo creo que sí. Porque no falté á ninguna de las prescripciones que me impusieron, ni cometí el más pequeño abuso de confianza.

No me permitían sacar ningún dibujo. *No lo saqué.*

Pero no me habían prohibido mirar, y *miré.*

Tampoco me habían prohibido que pensase en cómo podría funcionar aquel aparato, y ejercité mi pensamiento en campo lícito y honesto.

Por otra parte, mi propósito no era, ni fué, arrebatarse al inventor ni su gloria ni su provecho.

Y, por último, yo no iba por cuenta propia, sino por orden del Gobierno español, y no con fines de piratería industrial, sino para instrucción de los alumnos de la Escuela de Caminos.

Era un estudio científico, no era una competencia de privilegios de invención.

Y, sobre todo, no se trataba de la solución de ningún problema sublime ni recóndito.

Una perforadora podía inventarla cualquiera, hasta mi improvisado amigo el del vapor de las Mensajerías Imperiales, que tan contento estaba por haber descubierto la perforadora de doble acción.

\*  
\* \*

Llegamos á Turín, y á los pocos días salimos para Génova mi mujer y yo, con el fin de embarcarnos y regresar á España.

En Génova me detuve una semana, y de Génova sólo conservo recuerdos muy vagos.

Una ciudad de calles estrechas, y en cuesta la mayor parte de ellas.



Un puerto admirable, hermosas perspectivas, multitud de palacios, muchos de los cuales visité por dentro evocando históricos recuerdos; sobre todo, el de Simón Bocanegra.

Y, por último, un convite cariñoso y una comida detestable.

Decididamente, mi naturaleza tiene bastantes rinconadas prosaicas; pero yo no quiero pintarme en estos recuerdos más poético de lo que soy.

Cuando tropiezo con alguna buena condición de mi sér, no la dejo en la sombra, sino que la saco á plena luz, y en ella me recreo, y como ejemplo y enseñanza la muestro á mis lectores.

Y asimismo he de sacar á la vergüenza la prosa, las deficiencias, las imperfecciones de la parte mala y vulgar de mi naturaleza.

Hago con mi persona lo que haré con mis dramas, cuando en estos recuerdos los estudie y los juzgue. Diré que es bueno lo que bueno me parezca, si algo me parece bueno, y criticaré sin piedad lo que me parezca malo.

Y es el caso, que de mi estancia en Génova las memorias son lastimosas. Tantos recuerdos históricos, tanta riqueza artística, tantos puntos de vista admirables, y todo esto se ha borrado de mi masa cerebral; y en cambio, conservo vivo, punzante y salpicado de repugnancias y hasta de enojos brutales una comida infernal, que con buen deseo, pero con éxito lastimosísimo, me dió una pobre gente, que hizo lo que pudo, pero que pudo poco y pudo mal.

Es el caso, que yo tenía en la Escuela de Caminos un alumno, al cual llamaré Z, el cual, andando el tiempo, una noche quiso matarme, ó al menos lo fingió.

Ya daré cuenta más adelante de esta aventura cómico-trágica.

Este alumno tenía un hermano que era agente comercial de varias casas italianas, y enterado de mi viaje, y queriendo congraciarse conmigo, escribió á uno de sus corresponsales de Génova para que al llegar yo me visitara y me obsequiase en cuanto pudiera.



Así lo hicieron aquellas buenas gentes, que yo les hubiera querido hallar menos obsequiosos, no por falta de agradecimiento á sus finas atenciones, sino porque así como hay cariños que matan, hay obsequios que están á punto de matar, y que por lo menos molestan ó amenazan con formidable indignación.

Fueron á recibirme á la estación del ferrocarril, me acompañaron á la fonda, y se empeñaron en que comiese un día en su casa.

Como era gente modesta del pequeño comercio, claro es que yo no quise hacerles un desaire, y me presté cual víctima resignada á todos sus obsequios, atenciones y amabilidades.

¡Pero cuánto mejor me hubiera sido ir solo por la ciudad desconocida, por sus calles estrechas y tortuosas, interrumpidas aquí por una escalera de piedra, allá por una rampa que desemboca de pronto en una explanada desde la cual se domina el puerto, ó en una plaza con algún antiguo palacio, de aquellos viejos genoveses que disputaban el dominio del Mediterráneo á turcos, venecianos y pisanos!

Pues no, señor; la cortesía y el agradecimiento me impusieron un par de *cicerones*, á saber: el señor de aquella pequeña familia burguesa, y el hijo mayor, reservista, á lo que entendí, y que siempre iba de uniforme; de suerte que yo por entonces crucé las calles de Génova con acompañamiento militar.

Era gente muy buena, muy amable, que se desvivían por complacerme; pero que no vivían en el mundo intelectual en que yo vivía, y con los que ni podía hablar de ciencias ó de literatura, porque de estas materias ellos no entendían, ni de comercio ó milicia, porque ni de lo uno ni lo otro entendía yo.

Mas llegó el día del banquete, día de tormento para mi mujer y para mí.

No quiero ofender á tan honrada y simpática familia, que



---

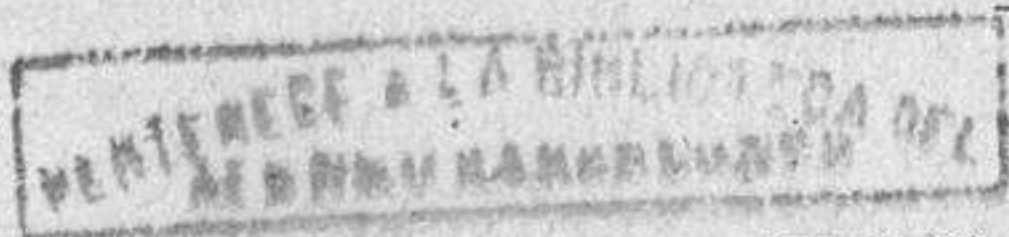
eran buenos ciudadanos de clase laboriosa; bien al contrario, yo, á través de los años, les estoy profundamente agradecido; pero mi paladar y mi estómago, que son órganos egoístas, prosaicos y rencorosos, recuerdan con horror aquel banquete de Génova, que marcó con sello antipático todo el presente de la vieja República.

Y vamos al banquete. Pero antes tomemos fuerzas.

JOSÉ ECHEGARAY



# LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO



## NOTAS DE SU HISTORIA

Dentro de poco darán principio las obras en virtud de las cuales van á desaparecer los *Jardines* que llaman con error los madrileños *Jardines del Buen Retiro*. Aquel lugar, apacible y deleitoso, que en los veranos ha explotado particular empresa, y donde en las abrasadas noches estivales buscaban los habitantes de la coronada Villa aire, solaz y esparcimiento de que no pueden disfrutar en ninguna otra parte de ella, está irremisiblemente condenado, y las seculares frondosas arboledas que le hermosean, ó serán sin piedad alguna destruídas, ó serán trasplantadas al *Salón del Prado*, como se pretende, para emplazar el edificio de *Correos y Telégrafos*.

Borrada, pues, quedará en breve la memoria de lo que fué tan hermoso sitio, de igual modo que el famoso *rasgo* de 1865 ha borrado el recuerdo placentero de los amenos boscajes, de las glorietas deliciosas y de las fuentes cristalinas que embellecían toda aquella parte de los verdaderos *Jardines*, cedida por Isabel II en la fecha memorada, y en la cual, con el *Palacio de Portugalete*, levanta el caserío de la *calle de Alfonso XII*, y el de sus accesorias las *de Valenzuela*, *de Montalbán* y *de Juan de Mena*, hasta la *de la Lealtad* y el *Prado*, empeñado el Madrid moderno en ahogar sin compensación de ningún género los paseos de la corte con espesas manzanas de construcciones incoloras.

Así han venido á resultar encajonados y sin ambiente *Recoletos* y *la Castellana*, así el *Prado*, y así quedará el *Retiro*



dentro de no muchos años, como si estuviera la Villa tan sobrada de sitios donde sus habitantes puedan respirar aire sano, y los alrededores de la gran población ofrecieran por aventura algo de lo que va perdiendo poco á poco, y de que cada vez se encuentra más necesitada para su vida.

Aquel jirón delicioso de lo que fué en conjunto el *Buen Retiro*, y que Carlos III cerró con la elegante verja aún en parte subsistente, ha perdido de tal manera entre la generalidad la memoria de su verdadera representación dentro del antiguo Sitio Real, como para que, no sólo el vulgo, sino personas de reconocida cultura, crean de buena fe era en realidad el *Jardín del Buen Retiro*. Así, una de éstas, procurando años hace dar discretamente consejos higiénicos al público que acostumbraba concurrir al *Jardín* mencionado, escribía: «Situado en la antigua huerta donde existió la ermita de San Juan,—por cuyo motivo llevó también esta denominación el jardín que se extendía en torno suyo,—tiene, como es sabido, gran celebridad en la historia de nuestra nación, así como también recuerdos no menos gloriosos en la literatura española, á cuyo siglo de oro están unidos aquellos sitios, que hollaron las plantas de preclaros ingenios, de cuya portentosa imaginación brotaban raudales de poesía, mil veces más fragante y espléndida que la multitud de flores de que sus jardines estaban esmaltados.

»Si hubieran de evocarse—decía más adelante—las ideas del recuerdo, ningún otro paraje habría que pudiera estar revestido de más poesía y belleza, de más fantásticas imágenes, que la mente á sus solas engrandecería, al pensar que Lope, Calderón, Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso tuvieron algunas de sus inspiraciones fundadas en los árboles poéticos de aquellos pensiles, en cuyas auras parecen todavía escucharse aquellos idilios de imperecedera memoria y de gratisimo recuerdo» (1).

---

(1) *La Patria*, periódico madrileño, del domingo 16 de Agosto de 1885, en el artículo titulado *El Jardín del Buen Retiro*, firmado por nuestro buen amigo el docto catedrático de la Universidad Central y académico de la de Medicina, Sr. D. Joaquín Olmedilla y Puig.



Y sin embargo: no llevó nunca el impropiaamente denominado hoy *Jardín del Buen Retiro* semejante nombre, sino el de *Huerta ó Jardín de San Juan*, y de uso exclusivo fué de los alcaides de aquel Real Sitio, desde el Conde-Duque de Olivares, el primero en ejercer tal cargo, hasta el Conde de Altamira, que lo era en 1759, época en la cual quedó reducido á simple título de honor únicamente. La celebridad de la *Huerta de San Juan* no comenzó sino en tiempo de Carlos III, y esto porque en el antiguo *Palacio de San Juan*, que en 1833 era cuartel de Caballería y luego lo fué de Artillería, se expendieron los productos de la *Real Fábrica de la Porcelana*, acrecentándose la fama de aquel lugar el año 1808, con motivo de la débil defensa que los aspillerados tapias del Jardín hicieron de la Villa el 4 de Diciembre ante la presencia de las huestes de Napoleón I. El moderno *Palacio de San Juan*, donde se halla instalado el *Museo de Ingenieros Militares*, obra es de los días de Fernando VII, contemporánea de las demás reformas hechas por él en los Jardines propiamente dichos.

Hácese, por tanto, evidente que aquel resto de la *Huerta de San Juan*, donde las clases medianamente acomodadas de Madrid, que no pueden por el verano huir de la Villa y disfrutar del campo ó de las delicias del mar en las costas del Cantábrico ó de Levante, procuraban por módico estipendio forjarse la ilusión durante algunas horas de la noche de que se hallaban muy lejos de la abrasada corte de las Españas,—ni tuvo gran celebridad en la historia de nuestra nación, ni vínculo de ninguna especie con el siglo de oro de nuestra literatura, ni en él es dado con exactitud evocar el recuerdo de Lope, de Calderón, de Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso, conforme la generalidad gratuitamente supone, pues son muy otros los *Jardines* en los cuales lucieron con frecuencia las galas de su ingenio aquellos preclaros escritores, y distinto el que se dijo *Buen Retiro*, nombre que no ha podido llevar nunca el referido *Jardín*, por muy ameno que sea todavía.

Refieren las historias de la corte que, allá por los años de



1464, y para perpetuar la memoria de cierto *Paso* caballeresco, en el cual hizo alardes de valentía y arrojo el famoso don Beltrán de la Cueva á orillas del Manzanares, fundóse en el propio sitio un monasterio de Jerónimos, amalgamando así lo religioso y lo profano, según uso y costumbre de aquellos pasados tiempos. Mas como el paraje de la fundación, que era cerca del *Puente Verde* en el camino del Pardo, se hallaba distante de la Villa; como, en consecuencia, eran para los buenos de los religiosos grandes las molestias que esto les ocasionaba, y como venían á resultar escasos los provechos, muy discutibles y dudosas las ventajas que para el porvenir allí se ofrecían, y nula ó muy corta la influencia que podían ejercer sobre los habitantes de la población en todas sus categorías,— recurriendo á procedimientos empleados siempre con fortuna por los religiosos en diversas localidades, cayeron á los pocos años en la cuenta los de aquel monasterio, de que el sitio era malsano por la cercanía del río, cosa que pudieron haber visto antes, y que para introducirse en Toledo habían alegado respecto del Tajo otras comunidades religiosas antes y después de la fecha en que se supone la alegación de los jerónimos.

Lo cierto es que, nacido el monasterio bajo los auspicios reales, y hecha la alegación en forma, protegidos por Isabel la Católica, solicitaron, y sin dificultad obtuvieron conforme deseaban, permiso competente para escoger en lugar más próximo á la Villa en la cual había venido al mundo aquella reina, el que mejor pudiera convenirles, eligiendo, con buen acierto para ellos, la altura del *Prado*, en la que todavía subsiste algo de la fábrica del monasterio, el cual era conocido por *San Jerónimo del Paso*, en memoria del que, para festejar al embajador de la Gran Bretaña, había mantenido, cual quedó indicado, don Beltrán de la Cueva, en las inmediaciones de la Villa, el año 1464.

Tal y tan grande hubo de ser el prestigio que con arte singular supieron conquistarse los jerónimos en el ánimo de los Reyes Católicos, protectores, padrinos y bienhechores decidi-



dos de toda Orden religiosa, como para que en aquella santa casa, ya largamente dotada y enriquecida, se aposentasen con frecuencia las reales personas, y el propio Fernandó V reuniese Cortes en el templo de la misma, conforme años después, en el de 1528, el gran Carlos de Gante, cuya voluntad habían ganado, hiciera allí jurar y reconocer á su hijo Felipe como príncipe de Asturias. Fácil es de comprender que con estos hechos el monasterio adquirió significación é importancia harto notorias y preponderantes, acrecentando su influencia de tal suerte que vino á ser obligado aposento de soberanos y caballeros cuando la Corte á Madrid venía, con desprecio del *Alcázar* que restauraba á la sazón el maestro Luis de la Vega por orden de Carlos V.

Pero aquel manantial inagotable para los religiosos, no bastaba á éstos, sin duda, cuando, interesado el Cardenal Cisneros en protegerlos, solicitaba á su favor, aunque sin obtenerla, la exclusiva de la impresión de la Bula de Cruzada contra el turco, diciendo en carta el 18 de Julio de 1516, dirigida al canónigo obrero de Toledo López de Ayala: «El monasterio de sant jeronimo, extramuros de esta villa de madrid, *tiene muchas necesidades...* porque como está aquí la corte, lo más del tiempo siempre se aposentan allí las personas rreales y otros muchos cavalleros de la corte».

El afecto y la predilección que mostró Felipe II por los jeronimos,—entre quienes fué en Yuste á refugiarse Carlos V, para quienes el vencedor de San Quintín comenzaba á labrar en 1563 el grandioso monasterio de San Lorenzo, y en cuya compañía pasaba aquel austero monarca temporadas frecuentes,—parte hubieron de ser no poco poderosa para decidirle á trasladar la capitalidad de la monarquía á Madrid, siendo en este concepto deudora la Villa de su engrandecimiento á los indicados religiosos, quienes por semejante camino buscaban y perseguían sin tregua su engrandecimiento propio. Y allí, al lado del edificio conventual donde tuvieron su *Cuarto* Fernando V y Carlos I, allí labró Felipe II el suyo, aposentándose



en él, no sólo en el tiempo santo para hacer penitencia, sino también con ocasión de los lutos en la familia real, y en otras varias circunstancias, tales como la recepción de embajadores, rodeándole de un jardín y construyéndole á semejanza de cierta quinta de Inglaterra, según se dice, en la cual había don Felipe vivido con su mujer doña María.

Llamábase este edificio *Cuarto Real de San Jerónimo*; y aunque, atendidas las costumbres del monarca, no hubo de ser grande la suntuosidad en él desplegada (1), no por ello dejó de influir en los destinos de España, por residir allí el soberano mientras proseguía en Toledo las obras del histórico *Alcázar*, ejecutaba las de restauración proyectadas en el del propio Madrid; y la fábrica solemne del monasterio del Escorial adelantaba. Ello es, que á aquel regio *Retiro*, y á la sagacidad y al interés crecientes de los padres jerónimos, Madrid, repetimos, debió más que á otras causas la capitalidad de la monarquía, la cual quizá habría de otra suerte en Toledo permanecido; y bien merece de parte de los madrileños, por esta causa, una mirada de gratitud el templo aún subsistente de aquel monasterio, aunque le hayan adulterado primero los franceses, al destruir en 1808 su ojival portada é instalar en su única nave la artillería, y luego los españoles, ya utilizando después de 1835 la iglesia para parque de la misma arma, ya desdichadamente restaurando el edificio, el cual ha servido también para almacén de la Villa, y es hoy Parroquia de la barriada que allí existe.

«Puesto en alto á la parte de Oriente», el sitio —decía en 1629 Quintana— «goza de buenos aires, dentro tiene abundancia de agua, grande y espaciosa huerta, cielo abierto y claro, apacibles y deleitosas vistas»; distaba entonces de la Villa *en buena proporción*, y, elogiando el templo, aseguraba era «bien

---

(1) Procedente del *Palacio de la Moncloa*, se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional* un lienzo en que, al parecer, figura este edificio; era de construcción vulgar de mampuesto con cadena de ladrillos en los ángulos, y tenía una arquería á la italiana, sobre los jardines.



proporcionada la Iglesia de la fábrica de aquel tiempo», pues, á juicio de este escritor, era «la más bien entendida y fabricada que ay en muchas leguas al contorno», hallándose enriquecida por «sumptuosas y bien labradas Capillas, algunas de mayoraños de Madrid», y «las demás de personas principales», cuyos sepulcros, así como sus estatuas yacentes, hoy no existen.

Ya en 1569, y con motivo de la solemne entrada en la corte de la reina doña Ana de Austria, habíanse acrecentado la belleza y la frondosidad de aquel paraje, aunque sin llegar al extremo que alcanzó en tiempo de Felipe IV, construyendo un anchuroso estanque, origen acaso del existente, donde se hicieron muy vistosos simulacros de tierra y mar, presenciados á placer por Felipe II y su esposa, y que midiendo «más de quinientos pies de largo y ochenta de ancho, con buena profundidad», había sido labrado en el breve «espacio de diez días». En dicho estanque, cuyas aguas parecían batir en la muralla de la «muy formada fortaleza» allí levantada, y que «en la artillería y disposición parecía á Argel», según la frase del maestro López de Hoyos al describir estas fiestas, «armáronse ocho galeras», cada una de las cuales «llevaba sus remeros con sus ropillas y bonetes azules, y zaragüelles, hasta en pies encadenados», un cómitre, «veinte soldados de pelea, bravamente aderezados, cuatro tiros en cada una, con gran número y cantidad de cohetes», y «en sus mástiles y antenas banderas de tafetán carmesí y en la capitana las armas reales, trompetas y músicas, que parecían armada copiosa y muy á punto de guerra».

Hoyos, con la prolijidad que le caracteriza, hace relación detallada del *combate naval* trabado en las aguas del estanque; y respecto de éste Quintana incurre en error, suponiendo se hallaba en el *Prado*, «y que por inconveniente se mandó cegar», cuando con toda evidencia el cegado antes de dichas fiestas fué el que según Pedro Medina aseguraba en 1560,—data de la impresión de sus *Grandezas y cosas memorables de España*,—existía entonces en el *Prado*, y ayudaba mucho «á



la grande hermosura y recreación de la alameda», pero cuya capacidad no consentía el *combate naval* mencionado, tanto más cuanto que la «formada fortaleza» que semejaba á Argel estaba «á un lado del Prado, á la mano izquierda, por la parte superior de la parte de Sant Hierónimo», y el agua del estanque referido parecía «batir en la muralla».

Sea como quiera, es lo cierto que merced á las obras ejecutadas por Felipe II én el *Cuarto Real de San Jerónimo*,—origen del que hoy oficialmente se denomina *Parque de Madrid*, y único sitio de recreo para los madrileños de todas categorías,—al inaugurar su reinado el desvanecido Felipe IV, el antiguo *Retiro* de sus mayores se hallaba convertido en verdadera estancia real, si bien desprovisto en su fábrica de todo aparato, y mucho menos frecuentado ya por las personas reales, una vez terminadas las obras del *Alcázar* destruído luego por el incendio en 1734. En su perímetro, y arrimada á la huerta del monasterio, se contaba también una casa de aves extrañas, denominada por esta causa *El Gallinero*, y precursora de la *Casa de fieras* ó *Jardín Zoológico*, la cual casa dió entre el vulgo nombre á aquellos agregados del monasterio de San Jerónimo, á los que, no obstante, continuaban llamando indistintamente los documentos oficiales ya *Quarto Real de San Jerónimo*, ó ya sencillamente *Casa Real*, con lo que por modo ostensible aludían á la que Felipe II había construído como ampliación del primitivo *Quarto de Retiro*, cuya entrada había Felipe III reformado y embellecido con la *Puerta del Ángel*, que lleva la fecha de 1599, y que trasladada después de 1868 á la entrada del *Parterre*, frente al antiguo *Casón*, hoy *Museo de Reproducciones*, ha desaparecido, sin grave daño para el Arte.

Ganoso de acrecer, si era posible, y de consolidar el favor de que por tan extenso disfrutaba en el ánimo de Felipe IV, lisonjeando al propio tiempo los deseos manifestados quizá por el propio monarca, el célebre don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, duque de Sanlúcar la Mayor y su primer



ministro y valido, ideó la ampliación y engrandecimiento de aquellos edificios, proporcionando al joven Felipe mayor número de distracciones y recreos, con los cuales quedarán en la penumbra de los segundos términos, obscurecidas y como veladas, las graves tareas del gobierno, que había encomendado el destino á tan flacas manos, para desdicha de la patria.

En los primeros meses del año 1630, nueve cumplidos del fallecimiento de Felipe III y de la exaltación al trono de Felipe IV, dió comienzo la ejecución del proyecto imaginado por el duque de Sanlúcar, y trazado por don Juan Bautista Crescenci, marqués de la Torre, con la adquisición de todos los terrenos y posesiones inmediatos por una y otra parte al *Convento Real de San Jerónimo* y al apellidado *Gallinero*, hasta una extensión asombrosa, quedando por tanto comprendidos, en lo allegado con tal propósito, varios jardines y distintas huertas, y el estanque abierto en diez días, donde, á modo de *Naumaquia*, parece se celebraron en 1569 las famosas fiestas navales ya mencionadas, con que obsequió solícita la Villa á la cuarta mujer de Felipe II (1). Sin sentir las inmensas ventajas que la fundación de aquel Sitio Real debía reportar á Madrid en lo futuro, cedió la Villa numerosos terrenos, y «con forzada y ruinosa lisonja», como primer presente, contribuyó con la enorme suma de 20.000 ducados, que fueron empleados en comprar varias haciendas, en desmontar terrenos, y en reformar algunas de las sencillas ermitas con que la devoción y la piedad de los madrileños habían santificado aquellos lugares, tan apartados de la población entonces.

Muy al principio de las obras, y á causa de haber cesado el

---

(1) Mesonero Romanos supone que la fundación empezó en 1631 (*El Antiguo Madrid*, pág. 313); D. Ángel Fernández de los Ríos (*Guía de Madrid*, pág. 340) fija el año de 1630, más conforme con los documentos que hemos tenido ocasión de consultar en el *Archivo de Palacio*; Álvarez y Baena asegura que fué por los años de 1632 cuando Felipe IV adquirió por compra los terrenos que el Real Sitio ocupa (*Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid*, cap. XIV, § III, pág. 246).



conde de los Arcos en el cargo, nombraba el rey Alcaide del *Quarto Real de San Jerónimo y Casa Real* al Conde-Duque de Olivares por cédula de 10 de Julio de 1630, significando así el placer que en su ánimo producía la adulatora empresa, con visible empeño comenzada por el favorito; y tanto y con tal ahinco hubo de trabajarse en ella, que ya en el año de 1632 se hallaban terminadas la plaza y el cuerpo principal del *Palacio*, y en disposición y conformidad tales que, en 22 de Julio, decidían al rey á hacer merced al duque de que fuese «perpetua en su casa la Alcaydía del Quarto Real del Comvento de San Gerónimo, con las mismas prerrogativas que las de los Alcázares de Sevilla, excepto el tener Alabarderos», y en 1.º de Octubre, «al presentarse Felipe IV para visitar [el *Palacio*] y ver los preparativos de la fiesta que en él había de hacerse para celebrar el nacimiento del príncipe don Fernando,—hijo de la emperatriz doña María, su hermana,—el Conde-Duque de Olivares, como Alcaide que era de esta posesión real, salió á la puerta de ella, y en una fuente de plata presentó al rey las llaves, que recibió con agrado, volviéndoselas á entregar; hubo, pues, con tal ocasión—dice el autor de quien tomamos la noticia,—un suntuoso *sarao*, y para las damas *bolsillos de ámbar llenos de escudos, y ricos cortes de vestidos*» (1).

Poco tiempo después dieron comienzo las fiestas destinadas á celebrar con toda ostentación y singular aparato la inauguración del que fué titulado *Palacio Nuevo*, en lo que continuaban todavía llamando modestamente *Cuarto de San Jerónimo* los documentos oficiales. Tuvieron dichas fiestas principio por «un gran juego de cañas, en que corrió el Rey el primero, acompañado de su indispensable favorito, y luego la Villa de Madrid, el Condestable de Castilla, el Almirante y demás grandes señores, llevándose la gala, como siempre, S. M., *no como rey, sino como caballero más galán y más diestro*» (2).

---

(1) Mesonero Romanos, Op. cit., págs. 313 y 314.

(2) Mesonero Romanos, ibídem.



Aunque el ilustre Mesonero Romanos con toda seguridad señala para el principio de tales fiestas el 5 de Octubre de aquel año de 1632, no fué sino un miércoles del mes de Diciembre cuando se inauguraron. Así por lo menos lo atestigua la musa del insigne Lope de Vega, que consagró *A la primera fiesta del Palacio Nuevo* sus primores, escribiendo:

«Pidió prestado un día  
al verde Mayo el *rígido Diciembre*,  
porque visto no había  
rayo de sol su *antecesor Noviembre*,  
cuya corona de guedejas rubias  
*peinaban hielos* y *bañaban lluvias*».

.....  
«Y no siendo comunes  
tales milagros para todas partes,  
retirando *de un lunes*  
*la nieve, que vistió de plata el martes*,  
salió con tal templanza y alegría,  
*que dió Diciembre el tiempo y Mayo el día*».

Hermoso hubo de ser aquel en que Mayo,

«bañando los pinceles de oro y flores,  
hizo las nubes arcos de colores».

Había llovido con grande insistencia durante el mes de Noviembre, y el propio lunes había nevado; tenía todo preparado y convenientemente dispuesto el Conde-Duque, y cuando aquel miércoles,

«de sereno crepúsculo vestida,  
sacó la hermosa frente  
de perlas y crisólitos ceñida  
la blanca y roja aurora, en quien suaves  
lloraron fuentes y cantaron aves»,

no dudó en solicitar la venia del rey para la inauguración de aquel edificio real que, aun con carecer de toda importancia arquitectónica y de valor artístico, cual patentizan sus restos, obtenía de Lope de Vega la lisonjera calificación de ser



«un edificio hermoso,  
que nació como Adán joven perfeto,  
tan breve y suntuoso,  
que fué sin distinción obra y conceto,  
en cuya idea, á fuerza de cuidado,  
*fué apenas dicho, cuando fué formado*».

Para correr cañas, habíase hecho una plaza circular, cuyas gradas ocupaba «cuanto ser podía—de fábrica real precioso adorno»; de manera, que con la asistencia de las damas de la corte, lujosamente ataviadas, presentaba aspecto tan sorprendente, que el poeta decía:

«Nuevo pensil hispano,  
una línea de flores esmaltaba  
á la siniestra mano,  
donde, al principio del invierno, estaba  
tan viva la florida primavera,  
que la tierra pensó que ya lo era».

Allí, presenciando el espectáculo,

«sus lugares tenían  
concejos, reino, nuncio, embajadores;  
la esfera componían  
graves ministros, nobles senadores:  
que son las armas y las santas leyes  
potencias de las almas de los reyes».

Corriéronse en los siguientes días toros, lanzas y sortijas, y como era de esperar, los premios, consistentes en fuentes de plata dorada, fueron ganados por el rey, quien obsequió con ellos á la reina y al príncipe, no pareciendo sino que con la construcción de tan menguado edificio se había logrado triunfo tal que debía ser con públicos regocijos celebrado. Entre tanto, la Villa, para la cual sin duda todo sacrificio era poco tratándose de lisonjear al monarca y su privado, venía repetidamente contribuyendo á la realización de aquella adulatora fantasía del Conde-Duque sin reparar en gastos, si bien, quizás, más obligada por la misma voluntad del soberano que por el gusto propio. Así, pues, no sólo en los primeros momentos





contribuyó con los terrenos cedidos y con los 20.000 ducados de que queda hecha referencia, sino que por cédula de 1632 mandaba el rey al licenciado D. Francisco de Tejada, del Consejo de S. M., hiciera que la Villa tomara «con los menores intereses que pudiese» 40.000 ducados para la obra del *Cuarto Real de San Jerónimo*, disponiendo por decreto de la misma época la formación de una Junta para procurar un asiento de 40 ó 50.000 ducados, tomados «á daño», con garantía de la Sisa del Cuarto de Palacio, para activar la obra del *de San Jerónimo* (1).

La planta, á lo que parece, de lo hasta entonces con diligencia y solicitud tales construído, reducíase á un «quadrado grande regular con torres en las esquinas», edificio que recibía el pomposo nombre de *Palacio*, y del cual da idea bien exacta el ala conservada que constituye en la actualidad el *Museo de Artillería*. Núñez de Castro, en su libro *Sólo Madrid es Corte* (1658), decía, refiriéndose á él: «Doy á alguno de los demás monarcas [del mundo] igual, ó sea superior magnificencia en la fábrica material de los palacios, en la sumptuosidad de los alcázares: aunque tuviera el apoyo de grandes artífices, si dixera que el nuestro *ni en la hermosura, ni en el arte, no tiene por qué ceder á los más famosos del orbe*» (2); pero á pesar de tan inmerecido como cortesano elogio, aquel desdichado engendro no mereció nunca los honores que se le tributaron. Constaba la fábrica de dos pisos, levantado el principal sobre sótanos acusados al exterior en la fachada, en la cual se distinguía aquél por los agudos frontones triangulares de las ventanas pertenecientes á las estancias reales; el piso superior tenía adornados sus poco airosos huecos con jambas y dinteles lisos, de piedra berroqueña, y el conjunto carecía en verdad «de toda belleza arquitectónica, como si el sentimiento del

(1) Archivo Municipal, secciones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, legajos 162 y 230, números 18 y 6.

(2) Libro I, cap. VII, folio 15.



arte hubiera negado toda complicidad al sentimiento del deleite, que con el lujo y la profusión se proponía inundar de prestado y pasajero esplendor aquel templo de la disipación» y del desvanecimiento (1).

Entretanto, las construcciones, los desmontes y la repoblación del arbolado, con otras obras, proseguían sin tregua á la una y otra parte del *Palacio* ideado por Crescenci, y lindando con la primitiva *Puerta de Alcalá*,—erigida en 1599 próximamente donde estuvo la *de la Glorieta*, que dió, hasta 1865, ingreso á los jardines del *Retiro* por este lado,—dispusiéronse la *Ermita de San Juan*, con el *Jardín* llamado hoy á desaparecer, que ha servido de nocturno recreo en el verano á los madrileños, y el cual regaba un estrecho canal denominado el *Río chico*, de que no queda rastro; el *Juego de Pelota*, en el *Prado alto*, ó sea en el espacio de monte comprendido entre la *Huerta de San Juan* al Norte, la línea de construcción de las obras al Este, el *Monasterio de San Jerónimo* al Sur, y el *Prado* al Oeste, como se dispusieron otros varios edículos de escasa importancia, que para los distintos servicios eran indispensables, regularizándose ó ampliándose al par por aventura el estanque grande, en cuyo centro se hizo una isleta de figura elíptica, cruzada por dos sendas ó caminos, en la intersección de los cuales se alzaba un templete.

«Para la conservación de la casa real de buen retiro, y gastos que se offrezerán en esto, he resuelto—disponía el rey en 3 de Mayo de 1633—tenga de consignación quatro mil y quinientos ducados, consignados en esta forma: cada año 3.000 por mitad en las mesadas eclesiásticas de Castilla y Aragón, y los 1.000 y 500 restantes en las rentas del Alcázar de Sevilla», previniendo en testimonio de predilección para con el nuevo edificio, que «desta consignación no se ha de sacar para ninguna otra casa real ny conuento en ningún otro effecto, aunque sobre, que el mayor adorno y luzimiento y conserua-

---

(1) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, pág. 340.



ción de buen retiro, y fuera de lo que se consumiere en salarios y reparos, se ha de gastar lo que restare, como sea en la misma casa, á disposición y arbitrio del Conde Duque como Alcaide della y de los que le sucedieren» (1); pero ni aun esto era suficiente, pues demás de contribuir todavía en aquella fecha los Consejos y la Villa por decreto de 30 de Agosto del año mencionado, época en la cual no se había aún dado principio ni á la construcción de la *Plaza Grande*, ni á las viviendas de los oficiales dependientes del *Palacio*, ordenaba el rey como arbitrio que la sexta parte de la cantidad presupuestada para la obra de la Plaza del *Retiro*, que se calculó sobraría, se aplicara á la fábrica de aquella casa, y que su importe se entregase á Cristóbal de Medina, pagador de las dichas obras (2), dando de nuevo facultad á Madrid para que pudiese tomar «á daño» otros 40.000 ducados para la obra del *Cuarto Real de San Jerónimo* (3), y encargando á D. Francisco Tejada y Mendoza, del Consejo y Cámara, hiciera tasar varias tierras que se tomaron para ampliar el *Buen Retiro*, previa entrega de su valor á los propietarios (4).

En tal disposición, sin terminar las obras, sin completar los jardines y los bosques, pero ávido el privado de adormecer con el estruendo lisonjero de las fiestas al infeliz monarca, y acaso también, como recurso y medio de acrecentar las cuantiosas sumas que se invertían tan sin fruto á la sazón en aquel espléndido *Sitio*,—por el mes de Diciembre de 1633 se celebraron en él hasta dos fiestas de toros y cañas, que dieron de aprovechamiento del alquiler de balcones, tablados y nichos de la Plaza (5), «vn quento tresçientos y ochenta y ocho mill qui-

(1) Arch. de Palacio: *Felipe IV.—Buen Retiro*.

(2) Arch. municipal, sección 1.<sup>a</sup>, legajo 162, núm. 23.

(3) Idem íd. íd., núm. 14.

(4) Idem íd. íd., núm. 22.

(5) Aunque es común que los escritores atribuyan la construcción de esta Plaza al año 1637, consta por el *Reglamento* que para el buen gobierno del *Retiro* se dió á los comienzos del año 1634, que en esta fecha



nientos y veinte y seis maravedís de vellón» (1), enriqueciéndose la colección zoológica, á que sirvió de base como queda dicho la antigua casa de aves extrañas apellidada *el Gallinero*, con un león regalado por el duque de Berganza, y una tigre cachorra, á los que, en 30 de Noviembre, había dispuesto el rey les fuera señalado alimento por la *Junta de Obras y Bosques* (2).

También, en el propio año, había recibido notable incremento y desarrollo el estanque grande, el cual hubo de quedar terminado para las fiestas mencionadas del mes de Diciembre, construyéndose en él hasta seis torrecillas ó embarcaderos, unidos á los antepechos de hierro que cercaban el dicho estanque; se había abierto el llamado *Río Grande*, canal que iba por donde hoy el paseo de carruajes; se había fabricado el puente de hierro y la puerta del mismo metal que le cerraba por el lado del estanque, y habían sido, por último, levantadas las cuatro norias, que en parte todavía subsisten. Según *Memorial* de 22 de Enero de 1635, casi en su totalidad había hecho la obra de rejería el maestro cerrajero Domingo Cialceta, por orden de la Villa, á la que acudía en el citado *Memorial*, expresando: «Domingo de Cialceta, maestro de hacer rejas y balcones, diçe que de orden del S.<sup>or</sup> Don Franc.<sup>co</sup> de Tejada y mendoça del q.<sup>o</sup> (cuarto) y Cam.<sup>a</sup> (cámara) de su mag.<sup>d</sup> y de Don fran.<sup>co</sup> de Sardaneta regidor de M.<sup>d</sup> (Madrid) y de Xpoual de aguilera, hiço los balconcillos que están asentados en la torrecilla del estanque del buen retiro q. son ocho y los antepechos de la puerta del dho. estanque y puerta de yerro, y vn tramo del cerco grande del dho. estanque, y toda la dha. obra hiço con gran priessa, ofreçiéndole pagar más de

---

estaba ya terminada. En el citado *Reglamento* decía el rey: «Por quanto yo he mandado fabricar una Plaza donde se puedan celebrar fiestas y regocijos, es mi voluntad que se guarde, cumpla y execute ahora y en todo tiempo la planta que está hecha, en orden á la distribución y repartimiento de ventanas, tablados y sitios, en la misma forma que en ella está señalada», etc. (Archivo de Palacio).

(1) Archivo de Palacio.

(2) Idem.



lo que valiese porque se hiciese con mucho... (1) y presteça y así la hizo sin asentar preçio, y aunq. de catorce meses que la dha. obra está asentada asta aora no se le a pagado cosa alguna aunque muchas veces se lo a pedido a Xpoual de aguilera el qual dize que no está por su qüenta la paga. Por remedio de lo qual...» etc. (2).

Por aquella misma época, á lo que parece, esto es, ya en 1634, el aparejador mayor de las obras reales, y maestro mayor de la casa y sitio de *Buen Retiro*, Alonso Carbonell,—á cuyo cargo estuvo, con la traza de Crescenci, la obra del *Palacio*,—había levantado en parte de lo que fué después y sigue siendo *calle de las Estatuas*, en el ingreso del estanque, la *Ermita de San Bruno*, á que se agregaba la apellidada *Sala de las Burlas*, adquiriéndose en dicho año las tierras de D. Juan Gaytán de Ayala, las de los herederos de Juan de Murcia, Matías Martínez de Figueroa, y las demás que convinieron para incorporarlas á las huertas y bosques (3), á fin de hacer del *Buen Retiro* rival aventajado de la *Casa de Campo*, y poblarle para la caza menor de toda suerte de animales, trasladándose por último para el decorado de las estancias reales de aquella posesión, diversas piedras de jaspe de las dispuestas en el Escorial para la obra del *Panteón*, las cuales no llegaron á ser utilizadas, por no hacer falta alguna (4).

Madrid, como siempre, seguía en buena proporción contribuyendo, ora con tomar «á daño» 50.000 ducados con las sisas del cuarto de palacio por garantía, ora otros 17.500 que aseguraba la sisa del vino, y ora, finalmente, y por autos del señor D. José González, del Consejo y Cámara de S. M., tomando varias cantidades más «á daño con intereses», para el mismo objeto (5). Todo esto no impedía que el rey, á instigación

(1) Está roto el papel por el dobléz y no se entiende la palabra.

(2) Archivo municipal, sección 3.<sup>a</sup>, legajo 399, núm. 18.

(3) Idem, sección 1.<sup>a</sup>, legajo 162, núm. 28.

(4) Archivo de Palacio.

(5) Archivo municipal, sección 1.<sup>a</sup>, legajos 161 y 162, números 34 del primero y 24 y 25 del segundo.



y por consejo del Conde-Duque, continuase celebrando ruinosas fiestas en el *Retiro*, cuyo espectáculo, no por ser dado á las personas reales, dejaba de ofrecerse como interesable para la Corte; pues el aprovechamiento ó alquiler de los lugares destinados á ésta produjo un beneficio de «vn quento dosçientos y treinta y siete mill y quinientos maravedís», que ingresaron en poder del tesorero Sebastián Vicente (1), á quien por aquel entonces se entregaban asimismo 18.400 ducados para los gastos del *Buen Retiro*, por orden de D. Francisco de Tejada, al pagador D. Cristóbal de Medina (2). No sólo para el decorado y embellecimiento suntuario de este Sitio Real se pretendía utilizar los mármoles y los jaspes dispuestos para el *Panteón* del monasterio del Escorial, sino que, por decreto de 29 de Abril de 1635, disponía Felipe IV que «de las cosas que ay en Aranjuez en la casa de la munición», se llevase «á la cassa y sitio de buen retiro lo que... no estuviere puesto en Aranjuez en parte que sirva». Conservábanse entonces, en la que se decía *Casa de la Munición*, objetos de verdadero valor artístico, muchos de los cuales había traído el insigne Velázquez de Italia; y de su importancia puede juzgarse por el adjunto documento, firmado del protonotario Jerónimo Villanueva, que el rey enviaba con el decreto referido á la *Junta de Obras y Bosques*:

MEMORIA DE LO QUE HAY EN ARANJUEZ EN LA MUNIÇION

- «Una cabeça de Julio César de bronce pequeña.
- »Vn Retrato del Señor Rey Don Phelipe 2.º, con su peana de jazpe.
- »Vn Niño de Alabastro sacándose una spina, sobre su peana.

(1) Arch. de Palacio. Certificación de D. Nicolás Ontañón y Enríquez, veedor del Real Palacio y sitio del *Buen Retiro*.

(2) Arch. municipal, sección 1.ª, legajo cit., núm. 53.



»Vna Estátua del Rey Don Fernando el Cathólico, de dos tercias: es de bronce.

»Ocho caueças grandes de Emperadores, las quatro de bronce y las quatro de Alabastro.

»Tres tablas de Alabastro guarneçidas de madera.

»Dos niños de bronce, muy buenos, sentados sobre unos çierbos.

»Vn muchacho de bronce con una culebra revuelta al Cuerpo.

»Vn Aguila de bronce, de bara y media de Alto: es buena.

»Vna medalla de Bronçe del Emperador, obada, de vna bara de largo.

»Tres figuras en vna de bronce rebueltas en una cadena, de vna tercia de Alto.

»Cinco cabeças de perssonas reales, las tres de çera leonada y las dos de piedra.

»Vn muchacho de bronce: bueno.

»Vna Reyna de bronce, de dos baras de largo.

»La Emperatriz, de dos baras y quarta de alto.

»Medio Cuerpo grande del Emperador, muy bueno.

»Medio Cuerpo de Phelipe 2.º, de Alabastro, muy lindo.

»Otro medio cuerpo de Alabastro sobre pedestal, muy bueno.

»Otro cuerpo de la Emperatriz, con mucho ropaje, de bronce, muy bueno.

»Tres ó quatro figuras antiguas maltratadas, que se pueden adrezar.

»Vn muchacho con vna urna de piedra, de bara y media de Alto y muy ancho.

»En la Torrecilla que está entre el jardín de la Ysla y los molinos, hay vna fuente que es vna figura de bronce, echada, con pedestal de alabastro, muy buena» (1).

---

(1) Archivo de Palacio. Es muy de sentir que entre los documentos conservados no aparezca por desdicha la resolución de la *Junta de Obras*



Aunque en el perímetro de tan vasta posesión real existían ya hasta cinco Ermitas, que lo eran la de *San Juan*, *San Isidro*, *San Bruno*, *San Pablo* y la de *la Magdalena*, todavía en Junio de 1635 Alonso de Carbonell emprendía la construcción de otra nueva en la isleta formada por el *Río Grande*, al extremo meridional de los jardines, la cual fué dedicada á *San Antonio*, y cuya fábrica debía ser, aunque mayor, tan suntuosa como la de la *Ermita de San Bruno*, próxima al estanque grande, disponiendo el rey por decreto de 27 de Septiembre de aquel año «que los pescadores que señalase el secretario P. Martínez, pudiesen pescar bermexuelas en el río de Madrid, desde la Puente segoviana hasta el Pardo, para traerlas al Arroyo de buen retiro», ó sea al *Río Grande* memorado.

Sucedíanse al par y sin interrupción las fiestas unas á otras dentro de aquel recinto tan lleno de encantos y de maravillas, que no semejaba sino que la Corte de España era realmente la Corte de los deleites. En pos de las de 1635, en las cuales el aprovechamiento y beneficio fueron de «un quento quinientos y treinta mill maravedís», seguían las de Mayo de 1636 con motivo de las capitulaciones matrimoniales del conde de Oropesa con la marquesa de Alcaudete. Apenas terminado el rumor, y aun quizás no del todo desvanecidos los ecos de esta fiesta, con ocasión de la de San Isidro, ya en el mes de Junio se corrieron toros con tres caballeros en plaza; en Julio se representó la *Fábula de Daphne* (1), con notables tramoyas inventadas por Cosme Lot, ingenio peregrino para estos artificios, ascendiendo con tales regocijos el aprovechamiento á la respetable suma de «dos quentos quinientos y veinte y cinco mill maravedis», que como los de los anteriores festejos ingresaron en poder del tesorero de aquella Casa real,

---

y *Bosques*, que era la llamada á decidir los objetos que debían ser trasladados, siendo, por tanto, difícil de averiguar cuáles de ellos figuraron en el *Buen Retiro*.

(1) Acaso *Daphne y Apolo* ó *Triunfos de amor y desdén*, drama armónico de *Un ingenio de esta Corte*.



y se aplicaron á la prosecución de las obras, las cuales no tenían nunca término, y á la satisfacción de salarios de los oficiales, juntamente con 43.600 ducados que dieron los escribanos de número para el propio objeto (1).

Las fiestas más grandiosas y variadas, sin embargo, fueron, á no dudar, las que inauguraron el año siguiente de 1637, las cuales son reputadas, y no sin causa legítima, como las más espléndidas y vistosas de cuantas se hicieron durante el reinado de Felipe IV. Tenían por pretexto, no ya, cual hubiera podido presumirse, la celebración de acontecimientos que, por lo capital de su interés y de su importancia para la nación, habrían excitado el entusiasmo público, sino sencillamente el de la elección de rey de romanos, las fiestas de San Juan y San Pedro, la llegada de los embajadores de los grisonos y la de la célebre duquesa de Chevreuse, acontecimientos todos que á los ojos de aquel monarca eran otros tantos motivos para distraer al pueblo en medio de la miseria que le agobiaba, y proseguir la interminable serie de placeres, disipaciones y dispendios que caracterizan y distinguen época tan calamitosa para nuestra Historia.

Daban comienzo las fiestas á que aludimos en la noche del domingo 15 de Febrero del año referido; y describiendo una parte de la de dicho día, dice el autor de los *Anales de Madrid*: «El lugar donde se corrió fué el Prado (el *Prado alto*), allanado, y hoy hecho de él una plaza que tiene 200 pies de largo más que la Mayor y 200 de ancho (2). Rodéanla por todas partes edificios de madera de dos altos, divididos en apo-

---

(1) Fernández de los Ríos, Op. cit., pág. 355.

(2) Mesonero Romanos cree que esta plaza «luego se hizo de fábrica y se tituló *de la Pelota*, única que» al publicar en 1861 su curioso libro este escritor, quedaba en pie de todas las construcciones del Retiro; y para formarla y allanar el paso, dice Pinelo que *hubo que quitar un monte que allí había desde que Dios crió el mundo*, con más de 100.000 ducados de coste, que pagó la villa de Madrid (*El Antiguo Madrid*, nota de la página 371).



sentos, con repartimientos y balaustres, y debajo de ellos unos tablados; por todo lo alto del techo y por los pilares había blandones y hachas. La Reina y María de Carignan tenían un aposento cerrado todo de cristales de arriba abajo, y con sus ventanas, pintado por dentro su techo de grutesco, teniendo los palenques y estafermos delante. Habiéndose S. M. vestido en casa de Carlos Stratta (banquero genovés), que es la del marqués de Spínola (1)..., y encendidas en la plaza todas las luces, entraron en ella... primeramente los tres padrinos, después los de la máscara de manera derecha, el Rey y el Conde-Duque, haciendo sus caracoles. Eran en todo 16 cuadrillas, y cada cuadrilla de á 13, con costosísimas libreas, y llevando cada uno una hacha en la mano, acompañados también de criados que las llevaban. Siguieron tras éstos dos carros de excelente arquitectura, en ellos diversos personajes y música, adornados de infinitas luces, los cuales, habiendo llegado hasta delante de la Reina, se apartaron, y divididos, salieron dando vuelta, como habían hecho los caballeros. Tornaron éstos segunda vez á entrar con otros caballos, é hicieron sus demás caracoles y lazos que suelen, representando una viva imagen de batalla y escaramuza. Tornaron también los carros para cantar y representar los que en ellos venían..., y, finalmente, el Rey y algunos caballeros, porque no todos corrieron el estafermo... Y con esto se dió fin á estas fiestas, que fueron tenidas por las más grandiosas que jamás se han visto, porque sólo el aparejo de la plaza costó 30.000 ducados; los dos carros, 3.000; 7.000 luces se contaron alrededor de la plaza, cuyo gasto montó á más de 8.000 ducados; las libreas fueron de gran valor, de suerte que el gasto de la fiesta y el haber allanado la plaza se estima que llegó á 300.000 ducados. Dicen los discursistas que tan grande acción ha tenido otro fin que el de recreación y pasatiempo, y que fué también ostentación para que el cardenal Richelieu, nuestro amigo, sepa que aún hay dinero en

---

(1) El palacio de Hajar.



el mundo que gastar y con que castigar á su Rey... Hubo muchas ventanas vacías y lugares desocupados. Los de los tablados, que al principio se alquilaron en un doblón, vinieron á la postre á darlos en un real y en cuatro cuartos».

Tres días adelante, el 18 del mismo mes de Febrero, verificábase en las estancias reales del *Palacio del Buen Retiro* muy singular certamen poético, en el que los vates congregados al efecto debían improvisar sobre varios temas; y grande es, con verdad, el sonrojo producido por la lectura de algunos de ellos, que ponen de manifiesto la abyección y la bajeza de aquel monarca desventurado, á quien no obstante llamaban sus aduladores cortesanos *el Grande* y *el Cuarto Planeta*, y la servil lisonja de la Corte, que seguía deslumbrada en sus extravíos al degenerado vástago del gran César de Austria. Ofendiendo el decoro y la majestad reales, que con tan espléndido aparato procuraban cubrir Felipe y el Conde-Duque, extrañeza grande causa tomaran parte en liza tan descompuesta, oprobiosa y disparatada, no sólo Luis Vélez de Guevara, ya famoso, sino el mismo y respetable D. Pedro Calderón de la Barca, desarrollando con la maestría de sus sublimes creaciones asuntos como éstos:—*¿Por qué á Júpiter le pintan con barba rubia?*—*¿Por qué á las mujeres ó criadas de palacio llaman mondongas, no vendiendo mondongo?*

Hubo el 21 academia y también certamen poético, en el cual se debatirían, seguramente, asuntos del mismo interés que los del 18, constituyendo el jurado el insigne Francisco de Rioja con Esquilache, el conde de Muncada, Francisco Calatayud y Antonio Mendoza, quienes al discernir el premio no pudieron evitar los agraviados por el fallo, y las quejas, acaso fundadas, de la justicia. Al siguiente día, 22, tuvo efecto una mojiganga costeada por el Protonotario de Aragón, la cual fué á estilo de aquella tierra, interviniendo como actores en ella todos los oficiales del Estado, á caballo, con máscara y trajes muy peregrinos, quienes subieron luego á un tablado que había en la plaza para alegrar el concurso con danzas al



estilo aragonés, al castellano y al morisco, finalizando el día con una comedia. El sábado 28, anterior á Carnaval, hubo cucañas y diversos juegos de carnestolendas, apedreándose las damas con huevos de olor; el domingo 29 prosiguieron las fiestas con mojigangas y comedias; el lunes de Carnaval, 1.º de Marzo, se corrieron *alcancias* (cañas en que los caballeros tiraban huevos, y se defendían con rodelas de madera; algo parecido á las *serpentin*as de ahora), poniéndose en escena por la noche la comedia de Rojas *El robo de las Sabinas*, que tan acepta y simpática debía ser por su argumento á la disipada Corte.

El martes, la mojiganga salió ya formada de la Villa: estaba dividida en cuadrillas, y había en ella *pasos* como en la procesión de Semana Santa, con lo que resultaba escarnecida la religión en aquellos tiempos que se estiman ejemplo de piedad y de buenas costumbres. Traían todos máscaras, encubriendo así su borrachera, y sus motes y divisas eran agudos, y algunos tan satíricos cual el de la cuadrilla de los escribanos, cuyo letrero decía:

*Todos los de esta cuadrilla  
son los gatos de la Villa.*

Entre las diversas figuras con que se presentó la cuadrilla de los portugueses, llamó la atención, al decir de los escritores contemporáneos, una bastante intencional y expresiva, que era, en realidad, protesta y al mismo tiempo trasunto de la época, la cual figura iba vestida de pieles de carnero, pelo adentro, con el rótulo:

*Sisas, alcabalas y papel sellado  
me tienen desollado.*

Otra cuadrilla ponía de manifiesto el vergonzoso nepotismo y la inmoralidad reinantes entonces, como ahora y como siempre, llevando multitud de hábitos y cruces de las Ordenes militares, con un letrero en que se leía:

*Estas se venden.*



Varias caricaturas más se presentaron, algunas de las cuales describe al pormenor un escritor contemporáneo de estas fiestas, dando noticia de otras en esta forma: «No cuento nada de los demás que salieron... vestidos de cardenales, echando absoluciones y otras cosas», disfraz que no se habría consentido en los tiempos presentes. «No se atrevió á salir el que había hecho un vestido de papel sellado. Siguieron los carros (á las cuadrillas); los dos primeros fueron los de la basura, llenos de esportillos, y pícaros que, con campanas, cascabeles, sartenes y almireces, hacían un grandísimo ruido. Venía después otro, en que se reconocía una cama de campo, con un borrico en ella, asistido de frailes que ayudaban á bien morir, y de médicos que, mirando la orina en los orinales, la bebían, porque era vino, y brindaban á los frailes, que hacían la razón; y fáltame ahora la memoria para contar las demás circunstancias. Habiendo todas pasado procesionalmente delante de SS. MM., *que las miraron con atención y gusto*, subieron al cadalso y en él bailaron todas, la una en pos de la otra... Rematáronse las fiestas con una famosa comedia, que se representó en el salón», y era el *Don Quijote de la Mancha*, de Calderón de la Barca; «y no siendo de ordinario exentas las fiestas de algunas desgracias—concluye el autor de quien tomamos tan curiosas noticias,—ha habido en éstas *muchos palos, heridas y rempujones*».

En aquel mes de Marzo, escaramucearon delante del rey dos compañías de jinetes de Andalucía, que iban de paso para Navarra; en el mismo hubo sortija y estafermo. En esta fiesta salió uno con un cuartago, que aparentaba, como él, estar desollado, y un letrero que decía:

*Salgo triste, desollado  
por este papel sellado.*

Otro conducía varios jumentos, y un cartel en que se leía:

*Buenos son estos señores  
para ser Corregidores.*



Uno y otro fueron castigados por la broma, recibiendo el primero doscientos azotes, lo cual no es del todo comprensible, cuando en las fiestas del martes de Carnaval se había tolerado, y SS. MM. vieron *con atención y gusto* la cuadrilla que llevaba la letra copiada arriba:

*Sisas, alcabalas y papel sellado  
me tienen desollado.*

Las noches de San Juan y San Pedro fueron celebradas con grandes festejos, comedias y músicas; «las tramoyas para cambiar de decoraciones, trece veces en hora y media», costaron 6.000 ducados. Hubo una danza de planetas, y en vestidos y aparatos de carros se gastaron 20.000 ducados. Para la regata, que costó 800.000, llegó un gran número de estatuas de bronce, de más de cuarenta arrobas cada una, y entraron con tan mal pie, que una de ellas aplastó la cabeza de un hombre. El 28 de Noviembre llegaron los embajadores de los grisonos, y con tal motivo hubo fiestas, cuyo importe ascendió de 6 á 7.000 ducados. El 6 de Diciembre entró con gran aparato en Madrid María Rohan-Montbazon, duquesa de Chevreuse, á quien ha pintado Dumas de tan picante modo en sus *Mosqueteros*; y en obsequio suyo hubo festejos de todas clases, juegos de cañas y sortijas, toros, máscaras, funciones teatrales y diversiones acuáticas en el *Retiro*, y monterías en el Pardo. Los poetas entonaron sus cánticos en alabanza de la duquesa, y por último, Velázquez hizo su retrato.

Seducidos los ánimos por tales y tan costosas recreaciones, apenas comenzado el año 1638, tenían de nuevo principio, inaugurándose el 5 de Febrero con juegos de estafermo y sortija, á que siguieron corridas de toros, en que se lancearon no menos de veintiocho, rejoneando entre otros D. Juan Pacheco, heredero del marqués de Cerralbo, y en el Carnaval hubo máscaras y comedias, á que fueron convidados los religiosos de todas las comunidades y algunos predicadores, haciéndose el martes, por vía de entremés, *La Boda de una*



*dama*, en que se repartieron todos los papeles los caballeros.

Larga sería la tarea de referir cuantas fiestas animaron aquella viciosa posesión real, en que tantos tesoros se habían invertido; baste saber que en los siguientes años continuaron, aunque no exentas de riesgo, cual ocurrió en la noche de San Juan de 1639, en que se rompió un estanque y las aguas destruyeron el balconcillo destinado á los reyes; en igual noche de 1640, en que, celebrándose en el estanque grande una fiesta dramático-mitológica, y ocupando los reyes, la corte y los músicos sendas barcas, se levantó de repente tan recio viento, que las barcas zozobraron y se malogró la función; en las carnestolendas de 1641, en las cuales se prendió fuego al *Palacio*, «quemándose las dos torres principales y todo un lienzo del lado que miraba á Madrid, con gran pérdida de cuadros, muebles y alhajas», lo cual se tuvo por los maliciosos como agüero fatal para el Conde-Duque, según advierte y hace notar el diligente Mesonero Romanos (1).

No exento de imperfecciones, aunque en cierto estado de prosperidad, llegaba el *Buen Retiro* á los días de Carlos II, en los cuales prosiguieron las obras indispensables para la reparación de los edificios, cuya fábrica no ofrecía las seguridades de construcción necesarias, á pesar de la pericia de Crescenci y de Carbonell, ocupando á la sazón aquel Sitio Real una superficie de *más de diez y siete millones de pies*, repartidos en construcciones, jardines, bosques, estanques, ermitas, corrales y sotos.

Saliendo de la Villa por la *Carrera de San Jerónimo*, que

---

(1) Op. cit., pág. 314, donde dice: «De suerte que estas tres calamidades, ocurridas en el espacio de pocos meses al nuevo Real Sitio, dieron pábulo á los comentarios del vulgo malicioso, el cual, aludiendo á ellas y á la privanza de su fundador, el odiado Conde-Duque, se dejó decir que en la primera ocasión había dado en *agua*; en la segunda, en *aire*; en la tercera, en *fuego*, y á la cuarta daría en *tierra*, como así sucedió efectivamente, de allí á poco, en Enero de 1643, en que cayó de su alto valimiento con Felipe, y salió desterrado á Loeches y después á la ciudad de Toro, donde falleció en 21 de Julio de 1645».



era por entonces la principal salida de la corte, extendíase á la una y otra mano *el Prado*, á que dió nombre el convento, y cuya transformación se proyecta en estos días, no con el mejor acuerdo, y sin respeto á su historia, presentándose en la disposición en que el maestro Hoyos lo describe. Cruzado muy modesto puente sobre el *Arroyo de Valnegral* ó *Abroñigal*, como se dijo luego, y que corría inmediato á la desembocadura de la *Carrera*, encontrábase, poco más ó menos en el lugar donde fué originariamente por Villanueva situada la fuente de *Neptuno*, otra modesta fuente, ó mejor abrevadero, frente á la cual, y á la derecha, se alzaba la apellidada *Torrecilla del Prado*, que era cuadrangular y sin importancia, y al ingreso de la cuesta reformada para los festejos de 15 de Febrero de 1637, y que conducía á la entrada del *Convento Real de San Jerónimo*, había otra fuente no más monumental, conocida con el nombre de *Fuente del caño dorado*, sin duda por ser de cobre el que tenía. En la misma línea horizontal que ésta, pero en la mano derecha, había otra torre, bien modesta por cierto, de la cual partían las tapias que, prolongándose por detrás del abrevadero mencionado, bajaban inmediatas al *Arroyo de Valnegral*, para continuar por el *Prado de Atocha*.

Detrás de la *Fuente del caño dorado*, hileras de árboles, oblicuas entre sí, costeaban el *Prado alto*, el cual era, como de su nombre se deduce, parte de la eminencia escogida por los jerónimos en los días de los Reyes Católicos, para trasladar á ella el antiguo *Convento de Nuestra Señora del Paso*. Allanado en 1637 para la erección de aquella lucida plaza de madera donde se celebró la elección de Fernando III para rey de romanos, conservaba en 1656 su aspecto escabroso, que ha hecho desaparecer la urbanización de nuestros tiempos, y servía de límite oriental al *Prado de San Jerónimo*. Inmediato á éste, si bien en el extremo occidental del *alto*, en el eje casi de aquella elevación, había un edificio de planta irregular, formado por la agrupación de otros tres ó cuatro, y destinado al *Juego de*



*pelota*, cerrando el *Prado alto* por el Norte sencilla cerca, la cual, tomando origen en la *Ermita de San Juan*, seguía las ondulaciones del terreno en dirección al *Prado de San Jerónimo*, y bajando á éste, se encaminaba, con varias dependencias y torrecillas, hacia el *Prado de los Recoletos Agustinos*, para doblarse frente á la *calle de Alcalá*, en cuyo punto había delante de las tapias cinco fuentes de taza circular; después la cerca se corría hasta la *Puerta* de aquel nombre, que estaba próximamente donde hoy el *Palacio de Portugalete*.

Tenía tendencias de palacio la *Ermita de San Juan*, y por esta causa fué destinada á vivienda de los Alcaldes del *Retiro*, cuando en él se hallaban el rey ó cualquiera persona de la real familia; y formando ángulo recto con el costado oriental de aquella construcción, que nada tenía de monumental, bajaba paralela al *Prado de San Jerónimo* la tapia que enlazaba la *Huerta de San Juan*, donde va á construirse el edificio de *Correos y Telégrafos*, con el *Palacio del Buen Retiro*, hallándose al extremo las *Caballerizas*, establecidas en un corral cercado, unida al cual se espaciaba la *Plaza Mayor*, destruída en 1869. Era ésta un vasto cuadrado, compuesto de edificios de dos pisos, de aspecto nada artístico, y cuyo ingreso proporcionaba por el *Prado alto* un arco bien mezquino. En esta plaza se corrían toros y sortijas, y se jugaba el estafermo, para lo cual se cerraba el anillo con madera, apoyando los tablados en las construcciones.

En el ángulo SE. de la *Plaza* estaba el *Coliseo de las Comedias*, unido al lienzo meridional de la misma, que era ya un ala del *Palacio*, por una torrecilla, siguiendo el *Salón de los Reinos*, que constituía el costado oriental del regio edificio, y es lo único de aquellas construcciones que sobrevivió á la ruina, y que sobrevive arrinconado vergonzosamente y medio oculto por el moderno caserío de la espaciosa *calle de la Lealtad*; allí se juntaron las Cortes hasta el año de 1789 inclusive, y desde el de 1841 se halla en él instalado el *Museo de Artillería*, no sin reformas y aditamentos que han alterado la fisono-



mía propia de aquella fábrica. Aún conserva el rico artesonado, en el que destacan las armas blasonadas de los reinos que en el siglo xvii correspondían á la Corona de España, y, entre otras joyas artísticas, de sus muros pendieron muchos de los cuadros que pasaron luego al *Museo de Pinturas*, y entre ellos el muy famoso de la *Rendición de Breda*, vulgarmente llamado *de las lanzas*, y el *Desembarco de los ingleses cerca de Cádiz*, habiendo en este *Salón* venido al mundo el primogénito del fundador de la dinastía borbónica, Luis I.

De planta cuadrangular, tenía la regia morada, en cada uno de los ángulos, una torrecilla, de las cuales quedó una, la del SE., por cuyo modelo se ha completado la opuesta; y en el centro del edificio se formaba, rectangular y de lados desiguales, la llamada *Plaza de Palacio*, de menores dimensiones que la *Mayor*, espaciándose detrás del costado Norte de aquel edificio otras dos plazas, que eran la *del Fortín* y la *de los Oficios*. Por el costado meridional opuesto, se repartían la longitud del mismo dos patios cuadrados y ajardinados, con bojes y fuentes centrales, de que dan idea exacta los cuadros del *Jardín de los frailes*, en el Escorial; formaba el límite superior oriental el *Cólese de las Comedias*, el de Poniente un muro que daba al *Jardín del Príncipe ó del Caballo*, y se hallaban ambos patios separados entre sí por la *Sala de Bailes*, denominada vulgarmente *El Casón*, edículo insignificante, inmortalizado, sin embargo, por el techo, que pintó luego Jordán en él, y cuya fábrica descompuesta ha desaparecido en la envoltura ideada por el arquitecto Velázquez Bosco, para utilizar aquella construcción en *Museo de Reproducciones Artísticas* (1).

---

(1) Sirvió antes para *Museo topográfico*, para *Picadero*, para *Gimnasio*, *Exposición Industrial* y *Depósito* de material de Estancadas. El techo fué restaurado bajo la dirección de los pintores murcianos D. Germán y D. Víctor Hernández Amores, y gallardamente descrito en *Los Lunes de El Imparcial* (el correspondiente al 10 de Mayo de 1880), por nuestro buen amigo el sabio escritor murciano D. Andrés Baquero Almansa, quien firmó el artículo con el seudónimo de *Macías Coque*.



Más á Poniente, corriéndose hasta llegar á la iglesia del *Convento de San Jerónimo*, estaba el *Jardín de la Reina*, y paralelo á él, conservando la primitiva fábrica del *Cuarto Real* de Felipe II, que en dirección de Norte á Sur intestaba en el *Claustro* de dicho *Convento*, aunque desmantelado, subsistente todavía, se hallaba el denominado *Jardín del Príncipe ó del Caballo*, donde, sobre bien exiguo pedestal, se alzaba la estatua ecuestre de Felipe IV, obra de Pedro Tacca, hoy colocada en el jardín central de la moderna *Plaza de Oriente*.

Prescindiendo de otras varias construcciones desaparecidas que rodeaban la iglesia y el Convento, por lo que hace á los jardines propiamente dichos, es de recordar el *Río grande*, caudaloso canal que nacía del ángulo SE. del *Estanque*, y corriendo por la calle que hoy guía al *Jardín Zoológico*, dejaba allí á la izquierda la *Atarazana*, doblaba por el actual paseo de carruajes á la derecha, y tomando luego dirección al Oeste, rodeaba la plazoleta en que figura el *Angel Caído*, de Ricardo Bellver, y en la cual se levantaba entonces la *Ermita de San Antonio de los Portugueses*. Al lado oriental del *Estanque* se hallaba el *Cazadero de las liebres*, enlazando por el Norte con la *Huerta de San Juan* y el *Río chico*, y por el Oeste, á espaldas del *Paseo actual de las Estatuas*, se hallaban, como queda dicho, la *Ermita de San Bruno* y la *Sala de las Burlas*; frente á aquélla, ocupaba el centro de una glorieta un estanque ochavado, con un templete ó torrecilla al medio, siguiendo al Sur de la glorieta una calle á cuyo extremo se hallaban las *Jaulas de las aves*, con una pequeña plaza en forma de semicírculo, cercana á la *Ermita de San Pablo* y al delicioso *Jardín del Ochavado*, que era un rectángulo en el cual se inscribía un círculo formado por entoldada galería, tejida con las verdes hojas de los árboles; de este círculo partían ocho radios simétricamente distribuídos, que eran otras tantas calles cubiertas de flotantes y deliciosas bóvedas, llenando los intersticios olorosas plantas que embalsamaban lozanas el ambiente y predisponían en aquellas noches de fiesta á disfrutar los ha-



lagos seductores del amor, en medio del misterio de que tan pagados aparecen Venus y el clásico Cupido.

Terrenos incultos destinados á los placeres cinegéticos se extendían por último, con otros terrenos plantados de árboles, al S. del *Estanque*, entre éste y la *Ermita de los Portugueses*, figurando en los jardines, que llegaban hasta el *Campo de San Blas* y el *Olivar de Atocha*, crecido número de pequeños edificios religiosos; y aunque el desdichado Carlos II eligió por morada en distintas ocasiones el *Buen Retiro*, era tal el abandono en que estaban las construcciones y los jardines, que daba lástima; pues mientras en aquéllas, incluso el *Palacio*, se hicieron de todo punto precisas urgentes reparaciones que le diesen condiciones de habitabilidad, éstos se hallaban tan desatendidos que la maleza lo invadía todo, y época hubo en la cual la caza menor, y especialmente los gamos y los ciervos, vagaban por los planteles, destruyendo los prodigios del arte de la jardinería con que Felipe IV había encantado á sus desvanecidos cortesanos (1).

El salón de baile, el *Casón*, hoy como joya del arte guardado en sólido estuche, estaba tan descuidado, que únicamente la soledad y la ruina dominaban en él; hundíanse las cubiertas del *Palacio*, desmoronábanse las primitivas puertas de entrada al *Sitio Real*, no pareciendo, en fin, sino que era llegado el momento de desaparecer por incuria la obra maravillosa del de Olivares. Esto no obstante, y deseando sacudir sin duda Carlos II el malsano sopor que le embargaba, para celebrar los días de Ana de Neoburg, su mujer, disponía en 1682 una fiesta de toros en el *Retiro*, encargando la construcción de la plaza á la Villa, y «habiendo de pasar á residir por algunos días la reina madre» al *Palacio*, se decía de orden del rey á la *Junta de Obras y Bosques* en 1684 diera «luego orden para que

---

(1) En 5 de Noviembre de 1682, Álvaro Manuel Alemán y Vázquez, teniente Alcaide, hacía oficialmente notar que «este Sitio se pierde, si no se dá providencia prompta y muy breve» (Archivo de Palacio).



se reconozca lo que será menester *para poner aquello capaz* de que Su Majestad pueda ir», demostrando tan despectiva frase el menosprecio con que aun en la misma Cámara real era mirada la creación de Felipe IV.

En 10 de Octubre de 1685, tres días después de lo que deseaba, hizo el pobre rey jornada al *Retiro*, acompañado de la reina madre, ejecutándose con gran precipitación los reparos más indispensables, de que dan cuenta los documentos (1), pasando allí también el monarca con su mujer la semana de pascua de 1686 y parte de Octubre del mismo año. Seis más tarde, en Mayo de 1692, llegaba á España, llamado por el rey, el napolitano Lucas Jordán; y aunque la situación del país y de la casa real no era en verdad grandemente desahogada, reparóse por entonces la abandonada sala de baile ó *Casón*, y habiendo terminado Jordán sus trabajos en el Monasterio escurialense de San Lorenzo, encomendóle Carlos II la decoración de aquella Sala, obra en la cual, al decir de los autores, «se excedió... á quantas habia pintado en Italia y España, así en la invención, como en el dibuxo, composición y colorido, por lo que se tiene por su *capo d'opera*, como dicen los italianos» (2), honrando tan menguado edificio con desarrollar en él un verdadero poema: la *Institución de la Orden del Toisón de Oro*. No fué ésta la única obra pictórica ejecutada por orden del monarca en el *Retiro*, pues entre otras, y con motivo de sus infecundas bodas con doña María Ana de Neoburg, ya citada, había mandado antes á Isidro Arredondo y á otros pintores de no menor crédito, adornar y decorar con alegóricos frescos el aposento destinado á la reina, y la cámara de la misma, así como pintar su despacho (3).

(1) Es curiosa la respuesta dada por el secretario de la *Junta de Obras y Bosques* al que lo era de cámara. D. Manuel Francisco de Lira, quien le había en 27 de Septiembre ordenado practicar las obras necesarias. Dicha respuesta figura en el Archivo de Palacio, *Obras y Bosques*.

(2) Cean Bermúdez: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo II, pág. 334.

(3) Idem: *id.*, tomo I, págs. 127 y 128.



Por iniciativa y á instigación principalmente de la reina madre y de su desacordado favorito el célebre Valenzuela, habían entre tanto continuado los festejos, ya con cañas y torneos, ya con representaciones escénicas en el teatro del *Buen Retiro*, á las cuales se obligaba al público á asistir por la fuerza, y ya con otros espectáculos nada edificantes. Emulando las fiestas celebradas de la Corte anterior, hacíanse también en los jardines representaciones maravillosas, entre las cuales es digna de memoria la de 29 de Junio de 1695, para la cual sirvió de escénario el estanque grande, representándose en la isleta central la comedia *Los encantos de Circe*, en que la encantadora caminó por el agua en un carro triunfal tirado por delfines; la fiesta terminó con danzas en tierra y en el estanque, acabándose á la una de la madrugada, y repitiéndose la función cuatro noches seguidas, no sin escándalos en los jardines (1).

La noticia de la paz firmada entre España y Francia, con la devolución de Barcelona, fué motivo, legítimo esta vez, para nuevas fiestas, que se celebraron en Octubre de 1697, y duraron por espacio de diez días. En un muy interesante *Cuaderno* que se conserva, entre otros papeles, en el Archivo de Palacio, y que comprende desde el año de 1685 al de 1698, consta la relación de los autos y comedias representados en el *Buen Retiro* durante aquel espacio de tiempo; según ella, el 7 de Julio de 1685 se representó en el *Salón Grande* del *Palacio* el auto sacramental *A Dios por razón de Estado*, de Calderón; el 6 de Noviembre, sólo ante los reyes y personas convidadas, se hizo en el *Coliseo* la comedia, también de Calderón, *La fiera, el rayo y la piedra*, la cual se repitió para el pueblo catorce días seguidos; el 15 del propio mes, ante las personas reales, fué en el *Salón* representada la comedia de D. Francisco Cándamo *Por su rey y por su dama ó Más es el ruido que las nueces*; el 25 de Agosto de 1686, días de la reina, se dió á Sus Majestades, en el *Coliseo*, la que el *Cuaderno* llama comedia,

(1) Fernández de los Ríos, Op. cit., págs. 342 y 343.

E. M.—Enero 1905.



y es el auto sacramental de Calderón titulado *Andrómeda y Perseo*, el cual en Octubre se representó para el pueblo; el 22 de Abril de 1687, *Montescos y Capeletes*; el 24, la comedia de Calderón *Troya abrasada*; el 25, la de D. Francisco de Rojas *Jerusalem destruida* (1); el 29, *A un tiempo rey y vasallo*, comedia de Belmonte y de Vargas (2); el 1.º de Mayo, *Amparar al enemigo*; el 2, la comedia *Las Amazonas*, de Lope de Vega; el 10, *Alpheo y Aretusa*; el 20, otra vez *Montescos y Capeletes*; el 21, las *Maravillas de Babilonia*, de Guillén de Castro; el 23, *El secreto á voces*, de Calderón; el 24, *Para vencer amor, querer vencerle*, del propio Calderón, funciones éstas en que trabajaron las compañías de Damián y de Agustín Manuel; el 25 de Agosto, *Los tres mayores prodigios*, del insigne Calderón de la Barca, obra que fué repetida el 9 de Noviembre para celebrar los cumpleaños del rey, y el 23 en obsequio del embajador moscovita, habiendo trabajado las compañías de Simón Aguado y Agustín Manuel, citado arriba; el 25 de Agosto de 1688 se representó *una gran comedia*, como dice el *Cuaderno*, el cual calla el título; el 21 de Mayo de 1691 se puso en escena *Triunfos de amor y fortuna*, de Solís y Rivadeneyra; el 26 de Julio, la de D. Melchor Fernández de León titulada *Ícaro y Dédalo*; el día de Santa Ana de 1693, *Psiquis y Cupido*, auto sacramental de Calderón, y *La Estatua de Prometeo*, también auto sacramental, de D. Manuel de Arriaga Feijóo y Rivadeneyra; en 1695, *La Fuente del desengaño y Amor procede de amor*; el año de 1696 no hubo fiestas dramáticas, por el fallecimiento de la reina madre; el 26 de Julio de 1697, *También sin envidia hay celos*; el 28 de Octubre, cumpleaños de la reina, *Los triunfos de la hermosura y los infiernos de amor*, de D. Car-

(1) Llevó también los títulos de *La Hierusalén castigada por Vespasiano y Tito* y *La Venganza en el Imperio*, siendo idéntica á la de *Los desagracios de Cristo*, de D. Álvaro Cubillo de Aragón.

(2) *A un tiempo rey y vasallo* (*Reinar siendo fiel vasallo*) y *Villano prodigioso*, comedia de D. Luis de Belmonte Bermúdez, del Dr. Manuel Antonio de Vargas y de D.....



los de Villamayor, y *Muerte de amor es la ausencia*, de D. Antonio Zamora, el 17 de Noviembre; y el 30 de Julio de 1698, la comedia de D. Sebastián Rejón titulada *Ipodamia y Pelope*.

Con tales alternativas llegaba aquel *Real Sitio* á los días de Felipe de Anjou, durante los cuales había de experimentar singulares reformas, pues su estado continuaba siendo lamentable, como lo comprueban los informes periciales y la respuesta que el teniente alcaide del *Buen Retiro*, D. Alonso Antonio Alemán y Rosales, daba en 11 de Julio de 1707, con motivo de la jornada que iban á hacer allí SS. MM. No era esto obstáculo para que en 1708 quedasen agregadas á los jardines unas tierras pertenecientes á una capellanía de la *Parroquia de Santa Cruz*, y para que las obras se ejecutasen con cierta parsimonia, siendo tan importantes que en Abril de 1710 la *Junta de Obras y Bosques* hacía presente la necesidad de «Reedificar la ruyna del lienzo de mediodía de la Plaza grande»; esto es, el destruído en 1640 por un incendio. Hasta el 21 de Enero de 1712, sin embargo, no se dispuso que el maestro mayor, D. Teodoro Ardemans, desembarazase galerías y aposentos para ejecutarlas, habiéndose reparado la *Torre del Relox*, que debió ser una de las cuatro del *Palacio*, y labrado cuartos nuevos para el rey, construyéndose en las cercanías del estanque grande el *Juego del Mallo*, «donde S. M. tiene su mayor dibersión», é ideándose abrir otro estanque próximo al anterior para criar los cangrejos que servían á la mesa del rey.

No hubieron de ser muy del agrado de éste los bosques y jardines donde tan á la continua habían hallado placentero solaz y recreación deleitable, ya que honesta no, los cortesanos de otro tiempo. Quizás porque en las vicisitudes y alternativas que experimentaron hubieran padecido bastante, perdiendo en mucha parte su lozanía y su belleza, ó porque, no siendo conformes á las prácticas y modas del arte de la jardinería, tan atendido en Francia, no presentasen á los ojos del nieto de Luis XIV el aspecto de los de Versalles,—es lo cierto que



en Diciembre de 1712 daban comienzo las reformas por el misterioso jardín del *Ochavado*, cuyas amenas enramadas y frondosas arboledas tantos recuerdos conservaban de las fiestas nocturnas celebradas en los días de Felipe IV y del infortunado Carlos II. Las obras costosísimas del desmonte, dirigidas por el duque de Havre, ejecutadas fueron por soldados del regimiento de Guardias Walonas y del de Guardias Españolas, que transformaron el jardín también llamado *de las ocho calles*, en el francés *Parterre*, que será siempre extraño en el *Retiro*; construyóse la iglesia de *Nuestra Señora de las Angustias*, como parroquia para los dependientes de Palacio; convirtióse en *Juego de sortija*, cuyas cubiertas de pizarra se comenzaron en 1724, el *Jardín del Caballo ó del Príncipe*; dióse en 1733 principio á la reedificación de la *Ermita de San Antonio de los Portugueses*, que había sido presa de un incendio; reformóse el *Coliseo*, é hicieronse otras muchas alteraciones en el *Real Sitio*, el cual, desde que las llamas destruyeron en 1734 el *Alcázar*, era morada del monarca.

Carlos III mandó construir la verja de la *Puerta de la Glorieta*; instaló á Bonicelli y los demás artistas y operarios que con él trajo de Nápoles para fundar la *Real Fábrica de la Porcelana*, en la *Ermita de los Portugueses*, cegando la parte de ría que la rodeaba; construyó la *Fábrica* en el emplazamiento de dicha *Ermita*, que es hoy la *Plaza del Angel Caído*; cegó el *Río grande*; estableció el *Juego de la Raqueta*, y aumentó con otros los divertimientos destinados allí para educación y recreo de los príncipes.

En tal disposición, poco más ó menos, se hallaban los jardines del *Buen Retiro*, cuando en los primeros días de Diciembre de 1808, y al penetrar victorioso en Madrid Napoleón I, eran sin piedad destrozados aquellos amenos lugares, que lo habían sido de deleite, donde por espacio no interrumpido de doscientos años, cuatro generaciones gozaron del regocijo que inspiraban en las galantes aventuras de los días de Felipe IV y de Carlos II, y del apacible bienestar con que brin-



daban en los de Felipe V y de sus sucesores. Regados con la heroica sangre de los madrileños, veíanse los añosos troncos, mutilados por la metralla, y arrojados por el suelo: quizás al pie de ellos habían murmurado gratas palabras de apasionado amor y de deseo las enamoradas parejas que animaron los jardines en las memorables fiestas del tiempo de Felipe IV; acaso donde la metralla dejó huellas indelebles de la saña destructora de los hombres, una mano amorosa trazaría trémula apasionado juramento de eterna dicha, ó un nombre idolatrado!

Pasaron para el *Retiro* los días de gloria. Arruinado el *Palacio*, no podían tampoco subsistir los jardines; y trocados éstos en campo de operaciones, eran destruídos paseos, arboledas y edificios para emplazar piezas de artillería, fortificar defensas, construir baterías y dar aparato y aspecto de templo de Marte á lo que fué por naturaleza templo consagrado á Venus y á Cupido!

La *Real Fábrica de la Porcelana*, convertida en formidable baluarte, fué con este motivo conservada por los franceses; preciso había de ser, cuando el 14 de Agosto de 1812 se entregaba Lefond al duque de Ciudad Rodrigo, que nuestros aliados y el general Hill, su jefe, temerosos de que fuera luego por los franceses utilizada, volaran la referida *Fábrica*, cuyos productos buscan hoy con tanto empeño los coleccionistas.

Vuelto Fernando VII al trono, procuró reparar tantas desdichas; y mientras conservó el antiguo *Salón de Reinos*, el *Casón* y el *Monasterio*, construyó en los jardines el *Paseo de las Estatuas*, repobló los viveros, edificó la *Casa Oriental*, la *Casita del guarda*, la *Casa de fieras*, el *Telégrafo*, la *Montaña Rusa*, la *Casa del Pescador*, y cuantos prodigios de recreo encontró en 1868 la Villa dentro del *Parque*, algunos de los cuales han desaparecido. A él también se debe el *Palacio de San Juan*, donde se halla instalado todavía el *Museo de Ingenieros militares*, siendo obra de Isabel II cuanto ha tendido á la conservación y mejora del que fué Real Sitio. En 1836 presentóse á la Mayordomía Mayor cierto proyecto para darle



vida, pues la moda de concurrir á él los madrileños había llegado á caer por aquel entonces en desuso.

El insigne Mesonero Romanos decía en la indicada fecha, con relación al proyecto referido: «El inventor de él, haciéndose, sin duda, cargo de la alta importancia de este Real Sitio respecto á la capital, reconociendo las inmensas ventajas que puede producirla, y considerando además que en el día es más gravoso que productivo al Real Patrimonio, propone á S. M. que, cediendo á una empresa en arrendamiento, por un tiempo limitado, dicho Real Sitio (siempre con las reservas que S. M. y real familia creyesen convenientes), se le autorizase para sacar de ella todo el partido posible, combinando su interés con el de la población de Madrid, y la conservación y mejoras del Real Sitio.

»Esta es en globo la idea... En manos especuladoras é inteligentes, podría este recinto convertirse muy en breve en una mansión de placer que nada tuviera que envidiar á los parques más celebrados, ni al Wauxall de Londres. En su inmenso término podría el empresario disponer huertas de producción, jardines de aclimatación de flores y plantas medicinales, bosques y paseos á pie y á caballo, un *hipódromo* para carreras de éstos, juegos de pelota, de destreza y equilibrios, góndolas en el estanque principal, casa de vacas, salas de baile, teatros y juegos escénicos; un diorama, belvederes y gabinetes de física recreativa, y, sobre todo, habitaciones campesinas, como las *villas* que se observan en los parques de Londres y en los jardines de Italia. Estas habitaciones, y las que se regularizasen en todo el patio principal», ó sea lo que fué *Plaza mayor del Palacio*, «atraerían durante la estación ardiente considerable número de familias, que ahora van á pasarla bajo las tétricas chimeneas de Pozuelo y de Carabanchel» (1).

\*  
\* \*

---

(1) *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1836, págs. 52 y 53.



Cuanto, no con la extensión debida, dejamos aquí consignado, bien de manifiesto pone el error en que están los que denominan *Jardines del Buen Retiro* á lo que resta de la antigua *Huerta de San Juan*, destinada en su origen sólo á recreo de los que fueron Alcaldes de aquel Real Sitio, donde los madrileños que no pueden abandonar la corte en la estación estival, buscaban frescura y distracción por módico precio, y donde ha de ser emplazado el edificio de *Correos y Telégrafos*. Séanos permitido repetir otra vez, que jamás allí discurrieron, como quieren, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso, ni ninguno de los ingenios que han hecho grande el siglo de Felipe IV, usurpando así por yerro indisculpable á los verdaderos *Jardines*, á lo que es hoy *Parque de Madrid*, la gloria de que en ellos hallasen motivos de inspiración los poetas de la corte. La desaparición de los mal llamados *Jardines del Buen Retiro*, después del rasgo de 1865, de la urbanización del *Prado alto*, la demolición de la *Plaza Grande*, la apertura de la *calle de la Lealtad* y la de las demás calles que allí figuran, sobre que se impone como indispensable, dígase lo que se quiera, en nada amengua ni disminuye la importancia histórica de la fundación lisonjera del Conde-Duque de Olivares, á la que, con terrenos y dinero, contribuyó frecuentemente la Villa, hoy propietaria de aquel lugar de recreación y esparcimiento para Madrid, tan necesitado de parques y jardines que higienicen la población, cuyo crecimiento, como los tentáculos de un monstruo, van abrazando y encajonando y destruyendo poco á poco cuanto la embellece.

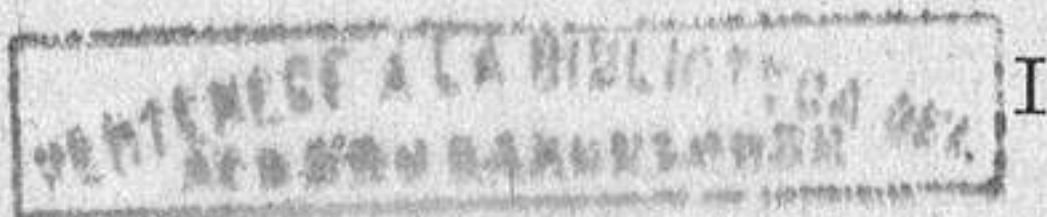
RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS



# YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS



## LA CARTA

El desapacible crepúsculo del otoño siberiano descendía lentamente sobre la ciudad y comenzaba á envolverla en una bruma violada. Sobre las aguas del río, una sombra ligera, primer hálito de la noche, se alzó, se ensanchó, oscureció el reflejo de las nubes blancas y del poniente purpúreo.

En el centro, las elevadas casas de los comerciantes bañaban aún en la luz fugitiva sus techos multicolores; pero el amontonamiento de las bajas casucas suburbanas, acribilladas, según la costumbre, de numerosas ventanas con persianas de color, se esfumaban en una vaga mancha sombría agujereada por filas cada vez más apretadas de puntos luminosos.

La morada de la señora de Brzeska se alzaba en el límite mismo de la ciudad, en medio de jardines y de sembrados, no lejos del cementerio católico, que erguía sus altas cruces.

La dueña de la casa entró con impetuosidad y golpeó el suelo con sus pies transidos.

—¡Ese pillastre de Teodoro acaba de hacer otra de las tuyas!—exclamó.—Pero, tan cierto como adoro á Dios, no le perdonaré esta vez; y por San Miguel se le despedirá del cuarto... ¿Estás leyendo todavía, Juanito? Déjalo; es de noche; te



vas á destrozar la vista... ó si no, espera: voy á encender la lámpara...

Alzó la pantalla de cristal, encendió un fósforo, y un instante después entraba en el cuarto de su hijo, llevando la luz con precaución.

Juan, un mocetón pálido, cuyo fresco labio sombreaba un bigotillo poco poblado, estaba sentado junto á la ventana, con un libro en las rodillas; miraba, pensativo, á lo lejos, los jardines, de hojas amarillentas por el otoño, y más lejos aún las altas cruces del cementerio. Al entrar su madre, volvió hacia ella sus pupilas de un azul plateado.

—¿Qué ha sucedido, mamá?

—¿No has oído?

—Sí; pero pensé que la cosa no sería más grave que de costumbre... ¿Disputaba Teodoro con su mujer?

—Exactamente; es un bribón, ¿lo oyes? Me asomé á la puerta y esperé, fingiendo no verle y como si mirara hacia otro lado. En esto él se quita la gorra y trata de deslizarse por detrás de mí; le cierro el paso. «¿Qué es esto—le digo.—¿Borracho otra vez, y me juraste que no volverías á estarlo? ¡Es muy bonito el deber seis meses de alquiler y beberse todo el dinero! Únicamente los mayores tunantes se conducen de esa manera». Entonces él se pone de rodillas y me tiende el cuello. «¡Córteme la cabeza, madrecita, córteme la cabeza! He pecado, soy un sér innoble». «¿Y qué quieres que haga yo con tu cabeza? No es una olla llena de dinero, y lo que yo te pido es dinero». «Córtela, madrecita, líbreme de esta vida de pecado: soy un hombre perdido», gemía. «Está bien—le dije,—te enviaré al Juzgado para que se apodere de tus muebles y utensilios... ¿Y con qué ganarás el pan cuando te hayan quitado tus lesnas y tus hormas?» «¡Que las cojan—repetía llorando,—que me quiten todo lo que tengo, y después mi mujer, y luego mis hijos, y después todo, todo lo que encuentren...» ¿Qué hacer? Me encogí de hombros... Viendo que los vecinos salían de sus casas y se reían, me fuí á esconder en



el fondo del jardín. Al volver encontré á Teodoro, que continuaba de rodillas y con el cuello tendido. «Vamos, Teodoro, basta de comedias; vete, acuéstate, y trata de echar un buen sueño». Se levantó entonces sin decir nada, se marchó y le seguí. Escuché de qué manera le recibió su mujer desde la puerta. «¡Borracho, perdido! En vez de pagar el alquiler, te...» Con esto debió de ponerse rabioso, porque fueron tales los gritos y el estrépito, que hube de entrar en su casa. Él la había cogido por los pelos y la tenía así inclinada sobre el suelo, pegándola con el puño cerrado en la cara, en la espalda, en todas partes, al azar, y gritando: «¿Quién es tu príncipe? ¿Quién es tu amo?» «Teodoro—le dije,—suelta á tu mujer». Y á ella: «Suelte usted á su marido». Ni siquiera me oían, y tuve que echarles un cubo de agua...

—¿Y dónde está él ahora?—preguntó el joven levantándose.

—En el vestíbulo. Le he echado afuera y he cerrado la puerta con llave. Y no le dejaré entrar; le dejaré fuera toda la noche. Ha maltratado á su mujer, ha puesto malos de miedo á sus hijos...

—Mamita, hay que terminar de una vez; concluirían por matarse; hay que echarles sin dilaciones.

La señora de Brzeska se dejó caer en una silla, con las manos puestas en las rodillas.

—En efecto, habría que echarles, solamente que...

En aquel momento la puerta del vestíbulo rechinó, se entreabrió, y apareció una cabeza desgredada.

—¡Alma generosa! ¡María Kazimirovna!...

—¡Fuera de aquí! ¡Largo! No conseguirás nada, no te concederé ni un minuto—exclamó la señora de Brzeska.—Ya ves, Juanito—añadió cuando la cabeza hubo desaparecido,—perderemos de esa manera seis meses de alquiler.

El hijo iba y venía, con las manos en los bolsillos.

—Pero, mamá, de todas maneras lo perderemos; preciso es que tomemos una determinación.



La señora de Brzeska suspiró.

—La cosa será dura: el jardín ha producido poco, las legumbres no valen nada, las patatas ni un perro viene á comprarlas... Y los gastos van á aumentar cuando te hayas marchado á tu *academia*...

Su voz se hizo temblona, y apartó su rostro del cono de luz que proyectaba la lámpara. La puerta rechinó de nuevo muy suavemente.

—¡Alma generosa!...

—Le ruego, Teodoro—exclamó Juan, irritado,—que no venga á atormentarnos hasta aquí. Váyase y cierre la puerta.

La puerta se cerró lentamente, y durante mucho tiempo aún se percibió tras ella un murmullo confuso.

Mientras tanto Juan se había puesto de rodillas junto á su madre.

—¡Querida mamá! ¡mamita querida! ¿No valdría más, te lo repito sin cesar, venderlo todo y partir juntos? Ganaría algo dando lecciones, y añadiendo lo que recibimos de nuestro tío, tendríamos bastante...

La señora de Brzeska meneaba la cabeza.

—No, hijo mío, no... No me moveré ya de aquí; tenemos poco, es verdad, pero á lo menos es seguro; has acabado el Liceo con la ayuda de Dios; también acabarás la Escuela superior.

—La Academia—rectificó el hijo.

—¡Bah! todo es uno. La Academia, sea, la Academia. En mi tiempo eso se llamaba la Escuela superior. Poco importa... Pero prefiero no contar con esas lecciones problemáticas. Soy demasiado vieja, hijo mío; estoy fatigada, gastada. Una vida como la mía no es capaz de vivirla más que una vez un sér humano.

—Pero precisamente por eso, mamá, quisiera...

Y siguiendo de rodillas, escondió su cabeza entre las manos rugosas de su madre y las besó.

—No—insistía la señora de Brzeska,—permaneceré aquí;



subarrendaré un cuarto á cualquiera rentista, ó bien tendré jóvenes en pupilaje. En la Academia te verás obligado á gastar mucho más... ¡Pero escíbeme, escíbeme todos los días! ¡No dejes de hacerlo! Escribe largo, con muchos detalles, sin olvidar nada... ¡Ah! ¡cómo me quedaré!...

Las lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas y cayeron sobre los cabellos enmarañados de su hijo.

En aquel momento se oyó de nuevo ruido en el vestíbulo; Juan se levantó. Aquella vez la puerta se abrió de par en par, y en el umbral apareció Teodoro en todo su esplendor.

—Alma generosa, María Kazimirovna... el correo—murmuró con aire de misterio.

La señora de Brzeska se estremeció y se apresuró á levantarse.

—¿Qué hay?—dijo.

—El cartero que viene... Y trae probablemente una carta, porque ha sacado de su bolsa una cosa blanca que está leyendo...

En realidad, la oscuridad era ya completa en el exterior y no era posible que se leyese nada; pero entró en efecto un cartero, y entregó á la señora de Brzeska un papel en que se le avisaba que había llegado á su nombre una carta de valores.

—Es del tío—dijo en voz baja la anciana.—Pero esta vez te envía mucho, me parece: ¡trescientos rublos!

—¡Buen tío!—dijo el joven;—no quiere que te quedes sin dinero...

—¡Alma generosa, María Kazimirovna!—se oyó gemir del lado del umbral.

—Bien, bien, se ha concluído. Pero no olvides, Teodoro, que es la última vez. Come lo que queda aquí de pan y de carne. Estás helado y serías capaz de caer enfermo... Como tu mujer no ha hecho comida hoy, no habrá sin duda nada que comer en vuestra casa.

Teodoro exhaló un profundo suspiro del fondo de su pecho,



y comenzó á roer un hueso, lanzando amorosas miradas á las botellas alineadas en el aparador. Pero la señora de Brzeska hacía como si nada viera; iba y venía por la estrecha cocina, preparando el samovar, mientras que Juan ponía el cubierto y colocaba las tazas en la mesa...

.....

Al día siguiente, la señora de Brzeska esperaba con ansiedad la vuelta de su hijo, que había ido al correo. Por fin le vió en la calle, al través de la verja del jardín. Venía andando lentamente, con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de su gabán. Tenía un aspecto tan abatido, que su madre no pudo contenerse: se bajó rápidamente las mangas de su blusa sobre sus manos enharinadas por la pasta que moldeaba en aquel momento, y le salió al encuentro.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

—Nada, mamá... un instante...

—¿Te han entregado el dinero?

—Sí.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Un instante... tú misma lo vas á leer, mamá.

Entraron en la casita. Juan sacó de su gabán la carta y se la dió á su madre. Esta examinó atentamente los sellos, reconoció la letra y, viendo el sello del correo y la indicación Kiachta, se tranquilizó.

—¡Hum!... es muy larga—dijo:—toma; léela, porque no sé dónde están mis anteojos.

Y devolvió la carta á su hijo; mientras tanto éste se había quitado el gabán.

—«Mi querido sobrino»—comenzó el joven con voz alterada...

—¿Ves? está dirigida á ti mismo.

«...Ya eres un hombre hecho y derecho. Has acabado tus clases alcanzando un premio, por lo que te felicito: ha llegado el momento de mostrar que eres verdaderamente serio. Comprendo tu deseo de entrar en una *academia*; pero hay en nues-



tro país muchos tontos instruidos, incapaces de ganar un pedazo de pan. Ahora bien: cada nación, lo mismo que cada individuo, debe ante todo preocuparse de su subsistencia. Además, tienes una madre de edad; cuando hayas terminado la Academia, tu madre será ya completamente anciana. Tienes demasiado corazón para meterla en un asilo; y te estorbará para viajar por el mundo y buscar un empleo. Por todo esto te propongo que marches desde luego á China.»

—¿A China?—balbuceó la señora de Brzeska, dejándose caer en su silla.—¿A China? ¡Pero es horriblemente lejos! ¡No tiene compasión!

Juan no contestó nada; prosiguió su lectura con la voz llena de lágrimas.

«...Nuestra administración necesita un hombre joven é instruido que conozca el chino. Está dispuesta á pagar por sí misma las lecciones necesarias: consagrará á este estudio una suma de mil rublos oro durante un año. Estudiarás en Pekín, en donde es más fácil encontrar un profesor. Después de lo cual, para ejercitarte en la práctica, irás á nuestros almacenes de té de In-Ku. Una vez que hayas entrado en el servicio, percibirás dos mil rublos al año. La alimentación en China es barata si no se hacen excesos. En estas condiciones podrás no solamente asegurar el bienestar de tu madre, sino ahorrar algo. Además ascenderás con el tiempo: en nuestro negocio hay quienes ganan seis y hasta diez mil rublos. Nada vale el soldado que no aspira á llegar á ser general. Cuando hayas reunido una buena suma volveremos todos juntos á Polonia, como es consiguiente. Porque nuestro país es pobre, y hay que llevarle dinero, á fin de serle una ayuda y no una carga. Así, pues, muchacho, aplícate, sé asiduo, laborioso, económico y, sobre todo, cumple con tu deber alegremente, puntualmente, con todas tus fuerzas, y lo demás vendrá de por sí. Créeme porque soy un viejo experimentado. Tus superiores, al ver tu aplicación, te distinguirán, y tú te acostumbrarás al trabajo y llegarás á ser un hombre de provecho, al que nadie tendrá



que dar lecciones y que sabrá salir á flote en todo lugar. Prepárate, pues, á marchar sin ninguna sensiblería. Haz ver á tu madre que, puesto que debéis estar separados por un millar de millas, lo mismo da para ella que te encuentres hacia Oriente que hacia Occidente; aquí ó allí no ha de estar contigo. Vale más que vayas á Oriente mientras eres joven y tu cabeza está todavía llena de quimeras, porque del Occidente volverías pronto para marchar en seguida más lejos aún...»

—Sin embargo, es verdad—dijo la señora de Brzeska, tembándole la voz.

«...Haz, pues, los preparativos. Con el dinero que te envió procúrate lo que necesites, como calzado, trajes y ropa blanca, todo en pequeña cantidad, pero de la mejor calidad; y dirígete por de pronto á Sewipalatinsk, adonde llegará de un momento á otro, si no ha llegado ya, la expedición científica y comercial de Sajonia-Coburgo-Gotha. El jefe de la expedición, mi amigo y compañero de colegio, me ha prometido llevarte á Pekín. Esto llevará más tiempo y costará más caro que el trayecto por Kiachta, pero te aprovecharás de la compañía de gentes instruídas. Hazte útil al jefe, para que no lamente su amabilidad. Si te falta dinero, sé lo pides y me avisas. Sé, sin embargo, económico; cuanto más económicas, más pronto volveremos al país. Consérvate bueno. Besa las manos á tu madre; que no tenga cuidado alguno: eres un hombre, y el destino de los hombres es errar por el mundo. ¿Hubiera pensado nunca mi madre, tan sedentaria, que había de ir yo á vivir á Kiachta, y que me dedicaría al comercio del té? Así, pues, ten esperanza y confianza; nada sucede sin permiso de Dios.

»Os abrazo y soy siempre vuestro afectísimo,

TOMÁS SNIETYCKI.»

Permanecieron algún tiempo silenciosos, inmóviles, en medio del cuarto. La madre contemplaba fijamente á su hijo, que miraba vagamente hacia la ventana. Por fin salió ella, amortiguando el ruido de sus gruesos zapatos de suela sin tacones.



Un instante después la mesa de la cocina crujía, y sonaban en ella los utensilios. La pobre señora, sin decir nada, fué varias veces á observar á Juan, que se había echado en su cama. Pero cuando se sentaron ambos á la mesa para cenar, declaró ella con su viveza é ingenuidad habituales:

—Vamos, Juanito. Tu tío tiene razón. Lloraremos un poco, nos apenaremos y, por último, aceptaremos.

—¡No tiene ninguna razón! Yo no siento la menor afición al comercio.

—El comercio, como todo, reclama gentes honradas, hijo mío; ha pasado el tiempo en que se decía: «Si no engañas, no vendes». Tu padre era un hombre honrado, poseía tierras, aldeas, en Polonia, y tampoco yo había tenido que ver nunca con el comercio. Y sin embargo, cuando tu padre fué deportado aquí y yo vine á reunirme con él, nos sucedió más de una vez el llevar con nuestras manos la carretilla de legumbres por las calles. Pasábamos días enteros, cubiertos con toscas pellizas y calzados con gruesas botas, en medio de campesinos, en el mercado. El trabajo no ha envilecido nunca á nadie.

—Eso ya lo sé. Pero no se trata de eso, mamá. Yo pensaba llegar á ser... literato. ¿No me han impreso ya una pequeña composición poética?

—Ten paciencia: tal vez llegarás á serlo. Si tu tío te inclina tanto al negocio, será porque piense legarte toda su fortuna. Entonces podrás escribir cuanto te plazca, puesto que tendrás con qué imprimir tus libros.

—Deja eso, mamá; no es bueno hablar de herencia. Pero, en fin, no es una bagatela una estancia en China.

—Pues bien, ya ves: no te faltarán asuntos para escribir.

Poco á poco Juan se animaba y se hacía locuaz. Desarrollaba proyectos, sin observar que cada vez que hablaba de aventuras y viajes los labios de su madre temblaban. Por lo demás, la señora de Brzeska no manifestaba de otra manera su emoción; permanecía tranquila y satisfecha, en apariencia, con la marcha de las cosas.



—Mamá, de esos mil rublos te enviaré inmediatamente quinientos...

—Es inútil, hijo mío. Soy vieja, y con lo poco que produzca el jardín me basta. No daré bailes.

—¡Ah! harto lo sé; ni siquiera comerás lo que tu hambre necesite. Júrame, mamá, que por lo menos no te impondrás privaciones...

—Perfectamente, hijo mío, perfectamente. Pero no envíes nada. Es imposible que te quedes sin recursos en ese país lejano y salvaje...

—Mamá, la China no es un país salvaje: su civilización es más antigua que la nuestra...

—Ya me han contado eso, pero yo no tengo confianza alguna en esas gentes: se visten Dios sabe cómo, los hombres llevan trenzas, se saludan poniéndose á cuatro pies, comen perros, gatos, gusanos de tierra... Verdad es que fabrican también buena porcelana y buena seda... Pero tú, Juanito, cuando te encuentres entre ellos, te lo ruego, presérvate de sus costumbres paganas... ¿me lo prometes?

Estaba roto el hielo.

Desde el día siguiente comenzaron los preparativos de viaje: visitas á los amigos y conocidos, trabajos de costura... embalaje...

Diez días después, la señora de Brzeska volvía de la estación sin su hijo. Teodoro la acompañaba á distancia. Descendía de nuevo un anochecer neblinoso, envolviendo á la ciudad en sus brumas violadas. La madre marchaba inclinada, con paso lento y torpe, como si solamente entonces experimentara con la herida de la separación toda la carga de su existencia llena de trabajos y de pesares. Al llegar cerca de la casa se volvió á Teodoro, le hizo un signo con la mano, y dijo:

—Vete, Teodoro, vuelve á tu casa, y que Dios te recompense.

Teodoro no se movía, y consideraba compasivamente el ros-



tro pálido, rugoso, de la buena señora, y sus ojos velados por las lágrimas.

—Vamos, vete.

—¿Y la señora?

—Entraré en seguida.

—Entonces *la mía* podrá tal vez encender el fuego de usted.

—Eso es, que lo encienda.

El zapatero saludó y franqueó la verja. Sin embargo, no entró: ocultándose detrás de un macizo, espió á la señora de Brzeska. Ésta dirigió una mirada al río, que brillaba en su profundo cauce; después volvió sus ojos al otro lado, más allá de los jardines; allí, en el cementerio, se erguía muy alto, hacia el cielo—como un bosque sombrío, matizado de rosa por el crepúsculo,—la masa de cruces cubiertas de musgo. Algunas se alzaban altivamente, rectas, en su fúnebre majestad; otras, medio caídas hacia atrás, se abandonaban en una desesperación impotente; otras, en fin, se inclinaban audazmente hacia adelante, tendiendo sus brazos hacia el punto del horizonte por donde el sol acababa de ponerse.

La anciana vaciló, y se apoyó en la verja con un gemido.

Teodoro murmuró, pasándose la mano por los ojos:

—Ahí está, y todavía le dicen á uno que no beba. ¡Far-santes!

## II

### EN MONGOLIA

Brzeski saltó ligeramente de su coche de alquiler, franqueó la puerta y penetró en el patiecillo fangoso, lleno de inmundicias y separado de la calle por una empalizada de maderos pintados de azul. Pendientes de una cuerda tendida en el centro, secábanse camisas rojas, blancas, pintarreadas, y ropa blanca de toda especie. En el fondo se alzaba, amplio, bajo



un techo pesado y agudo, un edificio con profusión de ventanas con persianas de color azul como la empalizada.

Brzeski bajó la cabeza, pasó sin tropiezo bajo la ropa colgante y miró alrededor de él. La casa se miraba en los charcos fangosos, dorados por el sol, azulados por el cielo. Dos entradas, bajo dos galerías absolutamente idénticas, conducían al interior de la casa. Más allá, cerca de los establos, tras una pila de leña, se oían los golpes cadenciosos de un hacha, y un campesino inclinaba y erguía alternativamente su amplia espalda. Brzeski se dirigió á él.

—¿Dónde se aloja el barón de Butberg?—preguntó.

El campesino interrumpió su faena, y miró á quien le interrogaba, rascándose la cabeza.

—Dígame dónde pára aquí el barón de Butberg, jefe de la expedición comercial científica.

—¡Ah! el jefe; sí, aquí es... pero no sé... si es expedidor...

La inquietud que molestaba á Brzeski desde que hubo dejado el tren desapareció al punto; miró alegremente al campesino, cuya nariz roja le recordaba á Teodoro.

—Y ¿cómo es el jefe? ¿es buena persona?

—Como acostumbran á ser los jefes—respondió evasivamente el campesino.—Vaya usted por allí...

Y con el dedo indicó la entrada. Brzeski penetró en un vestíbulo y llamó tímidamente.

—*Herein* (Entra)—gritó desde el interior una voz ruda de bajo.

Por la puerta entreabierta el joven vió, destacándose sobre las ventanas inundadas de sol, un cuerpo alto y robusto, con un chaqué de botones brillantes, inclinado sobre una mesa llena de papelotes. El barón no levantó su cabeza enorme, de cabellos cortos; sin mirar al que entraba, continuó paseando sobre un mapa su grueso dedo, adornado con una brillante sortija de oro.

—¿Quién es?

—Juan Brzeski.



—¿Qué desea usted?

—Vengo de parte de mi tío... para formar parte de la expedición... en la que debía ser admitido...

—¡Ah! sí... me acuerdo... ¿Tiene usted las cartas, los papeles?

—Aquí están.

Juan se adelantó, con su carta en la mano. Se oyó un gruñido, y al mismo tiempo un perrazo amarillento se irguió sobre sus patas.

—Échate, Dor, échate—dijo suavemente el barón.

El perro, que lo era de presa, volvió hacia su amo su cabeza monstruosa; parecía expresar un desprecio indecible por el visitante.

Mientras tanto, el barón leía la carta del tío Snietycki. Su rostro sombrío se iluminó poco á poco.

—¡Ah! sí, me acuerdo... Historias viejas... Y ¿qué hace ahora su tío?—preguntó á Brzeski, indicándole, al fin, una silla.

—Lo ignoro. No le he visto.

—¿Cómo? ¿Nunca?

—Nunca.

El barón arqueó ligeramente las cejas. El perro se acercó á Brzeski y le olió una pantorrilla con aire equívoco.

—No es esto muy agradable—pensó el joven; pero no se movió, ni pestañeó siquiera: ¿no debía formar parte de una expedición que encontraría tal vez hasta tigres?

Sin embargo, el barón había observado un ligero coloramiento en la frente del joven.

—No tenga miedo, no le morderá—dijo con cierta satisfacción, para tranquilizar á su huésped.—Vamos, Dor, á tu sitio. Échate.

El perro se retiró y se fué á oler por todos los rincones con una terquedad estúpida.

—No temo á los perros. No tengo miedo á nada—replicó Brzeski vivamente.



—Y ¿qué sabe usted hacer?

—Nada; acabo de terminar mis clases en el Liceo.

—¿Sabe usted dibujar?

—Un poco, muy poco.

—¿Y fotografiar?

—Absolutamente nada.

El barón, pensativo, se acarició con la mano la punta de su corta barba.

—Poco importa... Ensáyese usted durante estos días, porque la expedición no puede recibir sino miembros útiles... será usted ayudante de fotógrafo.

—¿Ayudante de fotógrafo?—repitió Brzeski con sorpresa.  
—¿Y podré cazar?

El barón reflexionó un minuto.

—Sí, mientras no estorbe á nuestras operaciones generales—replicó gravemente; dicho esto, se levantó, esbozando una inclinación de cabeza.

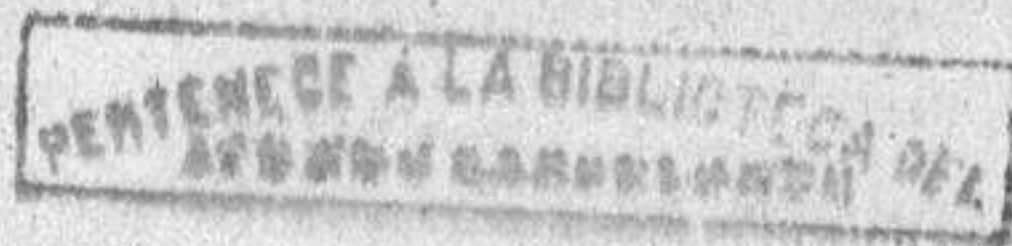
—El criado le guiará á usted—añadió, mientras que el joven se volvía hacia la puerta.

En el vestíbulo se detuvo Brzeski para reponerse. Experimentaba el sentimiento penoso de haberse presentado como el último de los asnos. No había obtenido ningún dato, no había tratado de nada; ni siquiera había preguntado á expensas de quién marcharía así, en calidad de «miembro útil» de la expedición; no había procurado enterarse de si el barón había recibido el dinero que su tío debía haber enviado. Pensaba con descontento en sí mismo, con enternecimiento en la bondad y alta inteligencia del barón.

—Quería probarme con su perro, pero yo no he dejado ver nada.

Juan recordaba cómo reflexionaba el barón, cómo hablaba lenta pero deliberadamente, de qué manera paseaba su dedo por el mapa.

—Debe de ser un hombre completamente superior—pensó. Pero todos sus pensamientos, buenos ó malos, estaban do-





minados por la alegría de verse admitido. Conocería la China, el país encantado en que los hombres llevan trenzas y sayas como las mujeres, en que las mujeres tienen ojos oblicuos y pies minúsculos, el país de las ceremonias raras y costumbres extrañas, el país en donde florece el té, en donde se fabrican porcelanas maravillosas, en donde se fuma opio y en donde, durante los eclipses, se disparan cañonazos contra el sol. De contento, hubiera abrazado á todo el mundo, hasta al criado encargado de indicarle el domicilio del fotógrafo.

Decidió dar á su guía una moneda de diez kopeks.

Pero le buscó en vano: el campesino había desaparecido. Bandadas de gorriones y de palomas blancas revoloteaban por el patio. El viento agitaba suavemente la ropa que se secaba; las nubes que se deslizaban por el cielo se reflejaban por fragmentos en los charcos de agua fangosa, como en los trozos de un gran espejo roto. Al otro lado de la empalizada, el cochero dormía á pierna suelta en el pescante.

—Podrían robarme la maleta—pensó Juan, y se apresuró á dirigirse á la salida.

En el momento de ir á bajar la cabeza entre dos camisas que colgaban solemnemente, se encontró frente á frente con un individuo uniformado que se disponía á efectuar la misma maniobra. Brzeski vaciló, retrocedió, se irguió.

El hombre del uniforme le examinaba atentamente con sus ojuelos grises.

—¿Me permite usted, señor, que le importune preguntándole dónde...?—balbuceó el joven.

—Sin duda; para servir á usted.

—Soy un nuevo miembro de la expedición de Sajonia Coburgo Gotha, y me han dicho que vaya en busca del fotógrafo—dijo de un tirón Brzeski, poniéndose muy encarnado.

—¡Ah! ¿Sin duda es usted el Sr. Juan Brzeski, al que esperábamos?... También yo soy un miembro de la expedición, á título de doctor. ¿Ha visto usted ya al jefe?

—Vengo de verle. Me ha dicho que sería ayudante de fo-



tógrafo, pero en cuestión de fotografía no sé nada más que lo que aprendí al estudiar física en el Liceo... El jefe me ha dicho que me ejercite... ¿Tendré tiempo? ¿Permaneceremos aquí mucho tiempo todavía?

El rostro del doctor se iluminó jovialmente.

—Tendrá usted tiempo, lo tendrá. Después de todo, no es una ciencia tan extraordinaria.

—Confieso que preferiría otra cosa.

—A lo que creo, usted paga su viaje.

—Lo ignoro... no lo he preguntado. Mi tío es quien lo ha arreglado todo...

—Tal vez preferiría usted recoger plantas y preparar animales. Precisamente tengo necesidad de un ayudante joven como usted. Me parece que usted debe de ser vivo.

—Es usted muy amable, caballero. Pasaba por bastante hábil entre mis compañeros.

—Pues bien, si usted quiere, querido colega, hablaré del asunto al jefe. Pero no confíe usted mucho: mi intercesión no significa nada, absolutamente nada... Vaya usted á ver al fotógrafo; vive cerca de aquí, en una casita de persianas verdes. Yo habito al lado, con el topógrafo de la expedición. Celebraremos mucho el ser agradables á usted; venga á tomar el té esta tarde.

—¡Qué amables son todos!—pensaba el joven, mientras andaba...—hombres de ciencia, y todos colegas míos.

Pero el fotógrafo, un hombrón rubio de facciones cansadas, desencantó su optimismo: recibió á Brzeski con rudeza, casi brutalmente.

—¡Perfeccionarse en algunos días!—exclamó.—El barón se figura que la cosa es tan sencilla como beberse una copa de aguardiente. Yo he estudiado asiduamente durante cinco años, señor. Al cabo de algunos días, lo más que sabrá usted es llevar el aparato y el soporte.

—Haré todo lo que sea necesario... Sin embargo, pienso que un simple criado... yo quisiera hacerme útil.



El fotógrafo se encogió de hombros.

—No tengo yo la culpa.

—En tal caso, diré al jefe que no tiene usted necesidad de mí—se apresuró á replicar Juan.

—No he dicho eso, no he dicho eso... ¿No va usted más que hasta Pekín?—preguntó el fotógrafo, con tono más dulce.

—Sí.

—Le habrán dicho á usted probablemente que viva conmigo. Sin duda piensan que poseo una habitación demasiado vasta. Pues ya ve usted lo estrecha que es. En fin, no hay más remedio. Ponga usted su equipaje... Usted hace el viaje á su costa, según creo. Es usted rico... Habrá que traer una cama.

—¿Para qué? Me acostaré en el suelo. Nos pondremos pronto en marcha, probablemente.

El fotógrafo le examinó con mirada escrutadora.

—¿Sabe usted algo? ¿Le ha hablado de ello el barón?

—No. Es una suposición mía...

—Le aconsejo que no se fíe—gruñó el otro, y volvió la espalda á Brzeski.

Este, desconcertado, no sabía qué hacer. Sentíase metido en una trama de sentimientos y de intereses completamente nuevos para él. Lamentábase ya de ser un hombre limitado, que no sabe adivinar el carácter de las gentes, y comenzaba á poner en duda la benevolencia del barón.

—Va á ser preciso que esté en guardia—se dijo, y retirándose á un lado permaneció mudo.

El fotógrafo se había sumido en un libro. Se estableció un silencio molesto, interrumpido solamente por una aparición del criado trayendo el equipaje de Juan.

Aquel día Brzeski conoció á otros dos miembros de la expedición, á los dos intérpretes: Sin-Ya, chino de edad madura, de rostro arrugado como una manzana de invierno, y el siberiano Malykh; este último, á la verdad, sabía apenas el chino, pero era el único de toda la comunidad que comprendiese á Sin-Ya, el cual hablaba el ruso en el dialecto usado en Kiachta.



En la presentación el chino ahogó á Brzeski en un diluvio de palabras, en medio del cual el joven creyó distinguir el nombre de su tío. Como no ignoraba que el chino pudiese conocer personalmente á Snietycki, tuvo curiosidad de informarse. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, y aunque en el hablar del intérprete le parecía percibir varias consonantes familiares, no comprendió, en suma, absolutamente nada.

—*¡Na-cha sy-lo-fa mi-sy, na-cha! ¡Ka-va-li mo-cha-na. Si-to-poy ka-fa-li ni-li-sya!* — exclamó al fin el chino, con aire irritado, y se volvió bruscamente de espaldas.

—Se incomoda porque dice que no puede hablar con usted, y que usted no comprende ni su propia lengua ni ninguna otra—tradujo Malykh, con una sonrisa de superioridad.

—¿Y antes qué había dicho de mi tío?

—Nada... Le ha preguntado á usted cuántos años tiene y cómo están sus padres. No le choque á usted... Los asiáticos siempre están haciendo preguntas.

Por la noche Brzeski escribió á su madre una larga carta, echando de menos las maneras sencillas, los sentimientos límpidos que no había encontrado sino junto á ella.

«Estaré en guardia, mamá, como tú me lo has aconsejado; pero presumo que todas estas gentes son otra cosa de lo que parecen ser, que son mejores, que me tienen buena voluntad; ¿por qué me habían de querer mal? Soy desconfiado sin razón, estoy convencido de ello, y egoísta... Trataré de desembarazarme de todos estos defectos»—añadía al final.

Se arregló, se vistió y fué á casa del doctor.

—No hemos obtenido nada, querido colega — dijo aquél, acogiéndole con la mayor amabilidad.—Tendrá que ser ayudante del fotógrafo, que éste no necesita.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¡Oh! aquí todo se propaga con la rapidez del rayo, y suscita ecos de una extraordinaria potencia; acuérdesse de esto, colega.

Le presentó al topógrafo, mocetón gigantesco y taciturno.



—¡Ah! ¿existe usted de veras? Lo confieso francamente: pensaba que representaba usted un mito, que servía de pretexto á nuestra inacción fundamental.

—¿De modo que me esperaban ustedes, señores?

—No exagere usted, Nicolás—dijo el doctor conciliando;— no esperábamos... Por lo menos, si esperábamos, no era á causa del señor.

—Por supuesto, no tenía usted la culpa. En cada localidad hemos encontrado mil obstáculos... y aquí mismo surgirá uno inmediatamente. No en vano llevamos un título interminable: *Expedición comercial y científica de Sajonia-Coburgo-Gotha*. Antes de llegar al fin hay que hacer escala... ¿Por qué apresurarnos, puesto que no iremos más allá de Zaisann?

—Pues bien, ya ve usted que es injusto; Malykh me ha afirmado que nos pondremos en marcha pasado mañana.

—¡Oh! ¡si Malykh lo ha afirmado! — murmuró el gigante con tono irónico, y fué á tumbarse en la cama con el cigarrillo en los labios.

El doctor, mientras hacía el té, interrogaba al recién llegado sobre lo que poseía ya y lo que se proponía comprar aún para el camino, y le daba diferentes consejos, en tanto que el topógrafo, desde su rincón, lanzaba observaciones prácticas con voz de bajo profundo; Brzeski olvidó su resolución de mantenerse en guardia, y contó alegremente cómo en el Liceo él y sus compañeros organizaban excursiones en barca por el río, y los preparativos que esto requería.

.....

Por fin, á despecho de las predicciones siniestras del topógrafo, partieron.

Una noche cálida, tempestuosa, cubría la tierra. Entre las tinieblas brillaba vagamente la carretera de la estepa, ancha y bien construída. Delante resonaba cadenciosamente el coche, en el que habían tomado puesto el barón con el fotógrafo y Malykh. Los demás viajeros sufrían las sacudidas del amplio vehículo de dos ruedas usado en aquellas comarcas. Brzeski



formaba parte del segundo grupo. Sentado en el pescante, al lado del conductor Kirghizo, pensaba en la casita lejana, cerca del cementerio católico... Pensaba también en su posición actual; sentíase en desacuerdo consigo mismo. ¡Cuántas nociones y cuántos sueños suyos veía ya desvanecerse y palidecer desde hacía algunos días! ¿Por qué no se amaban todos aquellos hombres? ¿Por qué aquellas discusiones entre sí? ¿Y quién tenía razón? ¿No estaban, sin embargo, íntimamente ligados? La gratitud le obligaba á tomar el partido del barón; pero su corazón le atraía hacia el doctor y el «partido de oposición». Echó una mirada sobre sus amigos, que silenciosos fumaban cigarrillos con encarnizamiento... Sin murmuraba palabras indistintas:

—Khy-lo-sann, ki-bu-da...

Nadie respondía al guía: se calló, y se adormeció poco á poco. El conductor, que al principio hacía mucho ruido y chasqueaba alegremente el látigo, se apaciguó también, y se abandonó á los balanceos adormecedores; los caballos, dejados á ellos mismos, iban al trote corto. El rumor del primer coche, en donde estaba instalado el barón, se alejaba, se debilitaba, se perdió al fin en el enorme silencio de la dormida estepa.

Habían de esta manera recorrido una buena etapa, cuando fueron súbitamente despertados por gritos y por el galope de un caballo. Brzeski se apresuró á empuñar el revólver que colgaba de su cinturón, el cochero arreó á los caballos; pero el doctor y el topógrafo mandaron parar.

—¡Alto! Parece que nos llaman. Ha debido producirse un incidente... Tal vez hemos olvidado algo...

No tardaron en ser alcanzados por el jinete, en el que reconocieron á Simón, el criado particular del barón.

—¡El dinero!—exclamó con voz sofocada,—¡habéis perdido el dinero!

—¿Qué decía yo? ¡que los diablos se lleven á los Sajonia, los Coburgo y los Gotha!—mugió el topógrafo.—Ya veréis cómo nos volvemos antes de haber llegado á la frontera de China.



—¿Cómo te has encontrado detrás de nosotros?—preguntó el doctor al criado.

—Nos hemos extraviado—replicó el otro con mal humor.—Tomamos un camino falso.

En pocas palabras explicó toda la aventura. Después de haber comprobado el error, volvieron á la carretera: los caballos se asustaron de repente ante un objeto que estaba en medio del camino. El jefe, entonces, ordenó examinar el objeto, y se vió que era el cofre con los lingotes de plata destinados á los gastos de la expedición.

—Si alguien los hubiera encontrado, no habría sido mala presa—observó Simón con cierto pesar.

El cofre, antes de desfondar la caja del coche, se había abierto, de suerte que una parte de la plata formaba en el suelo un largo arroyo. A orillas del camino se encendió una hoguera, y provistos de antorchas se pusieron á buscar el dinero desparramado. Llegó el barón mientras tanto, é instalándose ante la hoguera con el perro á sus pies, esperó el final de la operación.

—Se han dormido ustedes, señores, ¡qué diablo!—decía al doctor en tono de censura.—Sin embargo, hay que tener cuidado, porque es todo lo que poseemos en especies.

El doctor respondía por monosílabos, se excusaba, trataba de justificarse.

—Habrá que inventar otro modo de embalaje—dijo el barón.—¿No valdría más dividir esta enorme carga en varias partes? Cada uno de nosotros llevaría una, cosida en un saco de cuero.

—Excelente idea!—exclamó el fotógrafo con entusiasmo.—En caso de accidente, salvaremos por lo menos una parte del dinero. Es una idea ingeniosísima.

El barón no respondió nada, pero se veía que estaba satisfecho de su invención. Sin embargo, concluyó por recordar que pocos días antes había censurado aquel mismo medio, propuesto entonces por el topógrafo. Miró atentamente al gigan-



te sentado ante el fuego, pero éste no simuló darse por enterado.

El arreglo de los sacos hizo que se pasase tres días en Zaisann en vez de uno, y apenas si ocho días después de la partida se encontraban á la vista de los montes Yerké, que separan la Siberia de los territorios chinos. Se hizo alto por la noche al pie de una colina, en el fondo de un valle tranquilo por el que corría un torrente. Las hogueras lucían vagamente, semejantes á débiles braseros, en la oscuridad brumosa; los viajeros hablaban con voz apagada, dejando errar miradas inquietas sobre las pendientes rocosas que se perdían en las tinieblas. Un viento frío y húmedo descendía de las cumbres; á veces, cuando su soplo llegaba á desgarrar el amontonamiento de nubes que coronaban las cimas, se entreveía la pálida claridad de las nieves allá en lo alto, bajo el cielo.

Al día siguiente amaneció un día brumoso; llovía pesadamente; la niebla se corrió por lo largo de las vertientes hasta la base de las montañas. El viento empujaba rudamente las nubes allá arriba, sacudía la niebla de abajo, y unas veces descubría por un instante las escarpadas rocas, los macizos de árboles, los pesados bloques de hielo, los torrentes formando cascadas; otras les hacía desaparecer por completo, ahogándoles en un mar de nubes que la aurora iluminaba poco á poco.

Jinetes y vehículos se metieron por aquellas brumas antes de salir el sol.

Un destacamento de cosacos del puesto de Tchagan-Obo, que debía escoltar á la misión hasta la frontera china, formó á la cabeza de la caravana y entonó un canto. Pero la niebla enronquecía las voces, el viento las dispersaba, y los sonidos se amortiguaban lamentablemente entre las rocas.

El viento soplaba cada vez con mayor violencia, el frío aumentaba. Pronto se encontró la caravana en medio de un paisaje de invierno: por todos lados la blancura de las nieves. La borrasca enviaba á los rostros de los viajeros agujas de hielo. Los caballos avanzaban trabajosamente contra el huracán.



cán. Solamente los conductores kirghizos mostraban alegremente sus dientes.

—¡Hua! ¡Hu! ¡Frío!... Pero no hay moscas... Pronto se pasan las montañas. La tempestad calla, y el frío galopa—decían para animar á Brzeski, transido de parte á parte.

El joven, aunque fatigado, aunque helado, respondía con una sonrisa. Amaba á aquellas pobres gentes. Al principio, sus caras feas y aplastadas, su suciedad, sus pieles de cordero mal olientes, le habían disgustado; pero poco á poco se acostumbraba á ellos. Al mismo tiempo se daba cuenta de que la actividad, la resistencia, la buena fe y la disciplina de aquellos pastores salvajes eran los únicos que mantenían algún orden en aquella expedición, roída por una extraña indolencia. Seguía con admiración los movimientos de aquellos caballejos que avanzaban sin cansarse por la montaña, por senderos resbaladizos, al través del viento y de los torbellinos, ó franqueaban con habilidad los terrenos pedregosos. Trataba de imitar á aquellos indígenas, aprendía de ellos á servirse de un caballo, escuchaba con gusto sus consejos y sus gritos de aliento.

El camino tan pronto descendía hasta el fondo estrecho y escarpado de las hendiduras, como escalaba cornisas al borde de precipicios.

Por fin se llegó á la frontera; y, en contra de lo que esperaba Brzeski, la tal frontera no le produjo ninguna impresión. Consistía sencillamente en dos pirámides de piedras elevadas en el camino, dos vulgares «obo» mongoles. En aquel lugar comenzaba la otra vertiente de la montaña. La bajada se presentó mucho más penosa que la subida.

Cuando hubieron llegado por fin al llano, una noche profunda envolvía la región. Toda cohesión desapareció en la caravana: bestias y hombres, transidos, agotados, se desparmaron en pequeños grupos, á merced de sus fuerzas y al azar. Nadie se preocupaba de los demás. Brzeski se quedó solo, rezagado. Su caballo, más débil que los otros, ó fatigado por la



manera inhábil con que le había conducido su jinete inexperiencedo, apenas podía andar. Para aligerarle, tanto como para calentarse, Brzeski se apeaba con frecuencia y trataba de andar. Pero aquel suelo arcilloso, mojado, se pegaba á sus pies y paralizaba sus movimientos. A cada paso resbalaba. Por todo consuelo oyó tras sí, cada vez más claro, el ruido de los carros de equipajes.

Había tomado ya el partido de confesar su agotamiento y subir á uno de los carros, cuando de repente su caballo relinchó, se sacudió y partió al trote. A poca distancia brillaban algunas hogueras; oyó voces humanas y ladridos.

No tardó en encontrarse ante algunas tiendas sombrías, puntiagudas, semejantes á pilas de heno. Por fin se encontró entre un grupo de jinetes, en los que reconoció á sus compañeros; allí estaba el doctor con el inseparable topógrafo.

—¡Señores... señores! aquí hay una vacía... Venid por aquí—gritaba en la oscuridad Alejo, el criado del doctor.

Sin apearse, el topógrafo y el doctor se dirigieron del lado de la voz; Brzeski se vino á ellos.

Por una abertura muy baja penetraron en una vasta tienda redonda.

Alejo, arrodillado en el centro, encendía fuego con estiércol seco; los viajeros se agruparon alrededor de aquel mezquino brasero, y se desembarazaron de sus ropas caladas de agua y de sus calzados helados.

De repente hizo irrupción en la tienda un viejo kalmuco medio desnudo que, lanzando injurias y dando empellones á Alejo, empezó á destrozar el fuego á puntapiés y á meter precipitadamente el estiércol en una cesta.

—Alejo, ¿en dónde has cogido ese estiércol?—preguntó severamente el doctor, adivinando lo que ocurría.

—Ahí, cerca, afuera.

—Sin duda es de él... Espera, viejo, vamos á pagarte.

Pero en vano le gritaban en todos los idiomas que conocían. Solamente cuando le hubieron dado una moneda de plata



se calló, permaneció un instante como indeciso; después, apoyándose ambas manos en el pecho, se inclinó, salió prestamente, y volvió casi en seguida con un nuevo cesto de estiércol seco. En seguida trajo un cubo de agua y se mostró muy servicial.

El calor, el tumulto de las voces, el humo, llenaron la tienda. Al poco tiempo apareció una banda de indígenas de afeitados cráneos, con una trenza solamente en la coronilla. Sin cumplidos, lo examinaban y tocaban todo, charlando y lanzando estrepitosas carcajadas. El doctor soportaba benévola-mente su indiscreción, apartando con dulzura á los más importunos. Pero el topógrafo se exasperaba.

—¡Hay que echarlos de aquí! ¿Qué es esto? Trota uno hasta la noche, y después se acampa en el primer sitio que se encuentra. ¿Qué significa esto? ¿No tenemos nuestras tiendas? No hay medio de tomar una sola nota, ni de comer como seres humanos. Y en las poblaciones se perdía el tiempo sin necesidad. No sé en verdad para qué me han contratado... ¡Ah! ¡bonito mapa voy á hacer! Pero ¿qué les importa el mapa? ¿qué les importa todo lo demás? Se trata solamente de recorrer tantas verstas por comarcas desconocidas... Esto es toda la gloria que persiguen... ¡Que el diablo se los lleve!

Brzeski le contemplaba con asombro. Jamás le había visto tan furioso. De repente el topógrafo se calló; en la tienda acababa de entrar Malykh, que venía á buscar á Brzeski de parte del jefe.

—¿Dónde estaba usted, joven?—le preguntó el barón, sacando ceremoniosamente de un saco unas galletas, que distribuía á los asistentes.

—Con el doctor... Estaba transido.

—¡Ah! el viaje á China no es un juego—replicó secamente Butberg; y volvió la cabeza á Brzeski.

Los otros imitaron su ejemplo.

El pobre muchacho, triste y mortificado, fué á sentarse en un rincón apartado, donde se heló hasta los huesos.

.....



Al amanecer le despertó el rumor de numerosas voces. En la tienda nadie se movía aún. Se puso el capote y salió con una cartera al hombro. Le deslumbró la irradiación de la nieve recién caída. Entornando los ojos aspiró con avidez el aire vivo y confortante de la estepa. El estrépito, que se había interrumpido á su aparición, estalló de nuevo.

Los kirghizos con toscas hopalandas rayadas, los kalmucos y los mongoles con pieles de corderos, llevando la lana al exterior y en la cabeza altas *malahaikas* de pieles, gritaban desaforadamente, golpeando los pies y agitando los brazos. Parecía que iban á pegarse. En realidad, se trataba solamente de una conversación amistosa, acompañada de alegres y generales carcajadas. Desde el interior de las tiendas abiertas, mujeres mongoles, de rojizo rostro, adornadas con anillos, pendientes y brazaletes, con pañuelos de seda amarilla en sus opulentas cabelleras negras, miraban.

Brzeski contemplaba curiosamente aquel cuadro tan particular.

Escuchaba con atención las entonaciones incomprensibles emitidas por los indígenas, mediante las cuales expresaban, por razones desconocidas y misteriosas, de una manera tan diferente, pensamientos y sentimientos análogos á los que le poseían. Poco á poco nacía en él la percepción oscura de algo grandioso, infinitamente poderoso y vario, existente desde siglos, por encima de los límites de su saber, y que existiría aún durante siglos.

Se adelantó y miró en torno de él, buscando agua. Un arrogante muchacho le vió, y se acercó inmediatamente. Brzeski le señaló una caldera de cobre colgada sobre el fuego, al mismo tiempo que hacía ademán de lavarse. El mongol inclinó la cabeza, y le trajo en seguida... una taza de té. Como Brzeski no la tomara y, riendo, moviese la cabeza negativamente, los mongoles le rodearon, consultándose muy seriamente para adivinar lo que pedía. Felizmente, pasó un intérprete, que puso en claro el asunto.

E. M.—*Enero 1905.*

10



Mientras tanto, se habían despertado los otros miembros de la expedición. El doctor salió provisto de los útiles de dibujo, y comenzó un croquis. Al instante se vió rodeado por una multitud de indígenas; algunos corrían á instalarse ante él para ver cómo manejaba el lápiz, y le quitaban la vista. Pero se trataba de una curiosidad completamente animal: ninguno adivinaba lo que significaba aquello, ni reconocía su propio retrato. También al fotógrafo se le ocurrió tomar algunas vistas, y llamó á Brzeski; pero la señal de marcha dió fin á todos los proyectos.

El sol se alzaba tras las nubes, ornándolas de oro, escarlata y todos los colores del arco iris. A espaldas de la caravana, al Norte, las nubes sombrías, desgarradas, volaron en jirones que se agarraban á los flancos de la montaña, mientras que por delante se abrían los claros azules, soleados, y hasta perderse de vista se extendía la llanura blanca. Aquí y allí solamente rompían la soledad algunos negros arbustos, como el «saksaal» enano, y malezas de «tschii», cuyos altos y flexibles tallos no puede romper, ni doblegar siquiera, el vendaval.

La larga fila de la caravana comenzó á serpentear al través de las blancas estepas, según las ondulaciones y los pliegues del terreno, dejando una débil pista de nieve sucia. Los viajeros costeaban algunas escasas tiendas escondidas entre los macizos de las altas hierbas. Al lado de cada uno de aquellos sombríos pabellones cónicos había indefectiblemente un caballo ensillado; no lejos, se amontonaban pilas de leños y de estiércol seco que esperaban el fuego; al lado, camellos arrodillados rumiaban melancólicamente, por centésima vez, su alimento ya ingerido. Terneras y vacas de leche, encerradas tras un cercado de cueros, asomaban sus cabezas por encima.

Algunos mongoles, atraídos por el tintineo de las campanillas de la caravana, salían de las tiendas y, acurrucándose en el umbral, la miraban desfilas; asomábanse también mujeres sucias, á medio vestir; acudían niños y perros, corriendo y saltando, al encuentro de la caravana.



Los viajeros marcharon así todo el día, salvo un corto descanso para la comida, y, sin fin, ante ellos retrocedía la inmensidad del cielo y la soledad de la estepa. Las nieves habían desaparecido. Mostrábase un suelo rojizo, sobre el que se destacaba vagamente, apenas algo más oscuro, el camino, medio invadido por las arenas movedizas y salpicado de esqueletos de animales.

Cuando el sol estuvo más alto, envolvió bruscamente á toda la estepa un velo vaporoso, traslúcido y abrigado. Por encima, semejantes á islas, emergían las cimas de las colinas. Los macizos de «saksaal» y los matorrales de «tschii» habían tomado la apariencia de bosques lejanos en pleno verdor; las aldehuelas lejanas, llenas de irisaciones, se separaban del suelo y aparecían como suspendidas del cielo con los rebaños y los hombres. Pero en cuanto se alzaba en el horizonte la más ligera nube, todo instantáneamente palidecía y se ensombrecía.

Al principio, tales espectáculos interesaban grandemente á Brzeski; pero no tardó en cansarse, en estar harto. Todos los días lo mismo, perpetuamente, y siempre lo mismo... A menudo, por la tarde, se encontraba de tal manera fatigado que ni el mismo esplendor de las puestas de sol le procuraba ya emoción alguna. Buscaba con impaciencia la aparición de alguna humareda al borde del camino ó el brillo, en la oscuridad, de las hogueras de alguna aldea.

Las noches se pasaban generalmente cerca de los ríos ó de los manantiales, en donde se reunían también los escasos habitantes de la estepa. Varias veces se acampó en pleno campo, y aquellos pintorescos altos, junto á las fogatas, bajo las estrellas del cielo, prestaban alguna vida á la monotonía del viaje.

El tiempo no había producido ninguna mejora entre las relaciones de los miembros de la misión; «la oposición» se mantenía aparte, sin que por lo demás el barón hiciese nada para atraérsela.

El topógrafo marchaba á retaguardia, con su brújula y su cuaderno de notas en mano.



El doctor, con los ojos fijos en el suelo, saltaba á cada instante del caballo para atrapar algún animalillo nuevo ó arrancar alguna planta curiosa. A veces disparaba sobre los pájaros. También permanecía á retaguardia, y desaparecía frecuentemente del lado de sus amigos, ó bien llegaba con retraso para la hora de acostarse.

—Haga usted el favor, le ruego, de atenerse al movimiento general de la caravana y no entorpecer su marcha—le dijo al fin el barón.

—Ese Gotha dice unas cosas estupendas—exclamó el topógrafo con irritación.—Siempre ha de soltar alguna de las suyas. ¿Qué quiere decir con el movimiento general de la caravana? Es una frase tan cómica, que para comprenderla habría que haber pasado por tres Universidades alemanas, cuando menos. ¡Ah! si yo fuese un tipo como él, no tendría necesidad, para ganarme el pan, de corretear por las estepas con mi brújula. Me enseñaría en una barraca de feria.

—Sin embargo, el barón tiene razón—replicó el doctor;—la caravana no puede detener su marcha por los insectos y las mariposas. Le volveré á rogar que me deje á Brzeski para que me ayude; de otro modo no puedo hacer nada.

—¿Consiente usted?—añadió, volviéndose hacia el joven.

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto. Esto es aburridísimo.

—¡Qué inocentes son ustedes! Ya verán cómo se niega. ¿Creen ustedes eclipsar con sus colecciones á Su Señoría Góthica? ¡Qué candidez!

Efectivamente: no tan sólo fué de nuevo rechazada la petición del doctor, sino que el fotógrafo se dedicó á observar con gran solicitud las ausencias de Brzeski.

—Señor Brzeski, cuide usted de que no se rompan las cajas de los clichés.

—Señor Brzeski, ¿ha empaquetado usted el soporte?

—Señor Brzeski, busque usted en mi equipaje un saquito verde.

—Señor Brzeski, en cuanto lleguemos mande preparar lo



necesario para la noche, porque mañana haremos una larga etapa, y nos pondremos en marcha antes de amanecer.

Brzeski se entristecía, pero ejecutaba lo que se le pedía. En cambio, en cuanto encontraba un momento de libertad dirigía su caballo á la cola de la caravana.

—Permítame, doctor, sujetaré su caballo—decía amablemente al doctor, que se esforzaba en coger algo del suelo, mientras que el animal, asustado, le contrariaba tirando de la brida.

—Gracias, hijo mío. Un lagarto sumamente interesante acaba de esconderse allí, bajo aquella piedra... y no consigo atraparlo... En fin, démosle la partida por ganada. Vuelva usted, vuelva pronto á sus ocupaciones.

—No soy un esclavo. No hay ninguna tarea fotográfica pendiente. No me he vendido—murmuró el joven.

El rostro del doctor se coloreó vivamente.

—El que quiere hacerse útil debe, hasta cierto punto, hacerse esclavo, abdicar de su voluntad por algunos días, algunas semanas ó algunos años; venderse, como dice usted. Un individuo llega á ser completamente libre, emancipado de la sociedad, solamente cuando, como Robinson, lo saca todo de sí mismo. Con el cambio del trabajo, la esclavitud comienza. La disciplina es un lazo social indispensable. La obediencia no nos produce ninguna mella; restringe únicamente el uso que hacemos nosotros mismos de nuestra autoridad.

Brzeski escuchaba sin entusiasmo las disertaciones del doctor; prefería los aforismos breves y contundentes del topógrafo.

—Todo tiene un límite, todo—murmuraba con enfado.

→Me figuro que en Hu-Tchen cambiarán muchas cosas y concluirán estos procedimientos —respondía el doctor.— Se unirá á nosotros un destacamento de tropas, y las tropas introducen en todo el orden y la regularidad; avanzaremos con más lentitud, y se encontrará tiempo para todo.

—¿Qué tropas? ¿tropas chinas? ¡Bonita canalla! —exclamó



el topógrafo, lanzando una carcajada. — ¿Esperar qué?; y si nada cambia, ¿qué hará usted entonces, doctor? Bah, convirtámonos francamente en bestias; extingamos nuestras almas, y reconozcámonos como voluntariamente condenados á dos años de trabajos forzados. Miren, aquí vienen á buscar á usted, joven.

Efectivamente, Malykh llegaba á rienda suelta.

—Ya sé, ya sé—dijo Brzeski adelantándose.

El barón poseía el dón especial de producir la perturbación y el descontento cada vez que se mezclaba en algo. Únicamente cuando dormía en su kubitka ó se absorbía en sus cálculos sin cuidarse de nada, se efectuaba sin tropiezos el viaje. Poco á poco el jefe de la expedición perdía, hasta para los simples cocheros, los restos de su prestigio y autoridad; solamente su aspecto de furia y su brutalidad impedían las quejas en alta voz. Unas veces hacía apresurar la marcha con exceso, y otras concedía reposos demasiado largos; tampoco sabía elegir los altos para la noche. Convencido, por lo demás, de que solamente él dirigía la expedición, y de que solamente á él se debía un viaje tranquilo, desconfiaba de todo el mundo y lo embrollaba todo. En realidad, la caravana avanzaba por su propio impulso, por inercia en cierto modo, merced á la experiencia rutinaria de los guías, al instinto y resistencia de los camellos.

El paisaje se modificó poco á poco: el llano, uniformemente liso hasta entonces, comenzó á ondular; aparecían bosquecillos, y eran más frecuentes las tiendas de los nómadas.

El camino se precisaba cada vez más en aquellas innensas soledades. Por fin, en las lejanías, sobre el azul del cielo, se perfiló una línea de nubes perladas, una cadena de montañas nevosas; á su pie apareció una mancha sombría.

—¡Hu-Tchen!—exclamaron alegremente los guías. — ¡Hu-Tchen!

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(Continuará.)





## LECTURAS AMERICANAS

---

REVISTAS.—*España* (Buenos Aires).—Los jornaleros de la Sierra de Aracena.—El alma española en América.—La inmigración española.—Cualidades que llevan y adquieren los inmigrantes.—Cómo trabajan.—La industria *registrera*.—Las opiniones políticas.—Lo que esperan de España los inmigrantes.—El monumento á Isabel la Católica.—*Chile Moderno*.—El ingeniero y militar Holger Birkedal.—*Ideas* (Buenos Aires). El feminismo intelectual en la Argentina.

Aunque sea una perogrullada, ó como dicen ahora los neologistas, un *truismo*, conviene repetir en toda ocasión que la única manera de poder hablar con fundamento de una cosa es estudiarla; y como la mayoría de las cosas que á los hombres interesan y preocupan son de las que sólo se muestran diluídas en series de fenómenos y manifestaciones sumamente concretas y variables según los casos, hay que estudiarlas acudiendo á esas manifestaciones y teniendo en cuenta la individualidad de todas y cada una. Así, cuando se discute en Ateos y Parlamentos la cuestión municipal, v. gr., lo primero que se me ocurre preguntar á los que en la discusión intervienen es esto:—¿Ha visto usted muchos Municipios? Porque estoy seguro de que si han visto cierto número de ellos, pertenecientes á regiones distintas, sus opiniones acerca de la reglamentación municipal serán muy diversas de las de aquellos que hablen de la cuestión en abstracto, desde el punto de vista de lo que suele llamar el vulgo la Filosofía del Derecho, confundiéndolo con la vaga y amena generalización de un talento ingenioso y amplio.

Pues esto que digo de los Municipios, cabe decirlo también



del problema obrero. Están muy bien las filosofías, económicas y no económicas, que para el caso se esgrimen; pero lo que ante todo debe conocer un economista, ó un político, si quiere intervenir en la solución del problema de *sus* obreros, los de su tierra, es conocerlos directamente, saber de su vida y de sus necesidades, en vez de cortarlos *in mente* por el patrón de un hombre ideal que en todas partes tiene iguales aspiraciones, iguales quejas é igual programa que llenar.

Todas estas consideraciones me las sugiere un artículo de José Nogales, titulado *Propietarios y braceros*, que publica en su número de 16 de Agosto la revista *España*. En ese artículo traza Nogales el cuadro de vida de los obreros de la sierra andaluza de Aracena.

«Pueblos exclusivamente agrícolas los de aquella región —dice,—no sienten la crudeza é influjo del problema agrario. El clamor del proletariado de la tierra llana llega á las cumbres como voz confusa que entraña novedades peligrosas. Allí no hace prosélitos ningún anhelo reivindicador. Yo, hablando con gente jornalera, he lanzado alguna vez, á manera de sonda, especies de esas que en fuerza de uso oratorio han perdido su aspereza, y he podido apreciar el espanto interior que les causaban.

»Ningún observador se explicaría esto, á no ser que á renglón seguido viera, como yo he visto, al *amo* haciendo contratos de compra de corcho á nueve años fecha, con sus propios jornaleros.

»Es que allí tienen de antiguo resuelto el problema agrario, en los términos preliminares ó preparatorios que señala y pide Joaquín Costa. No todos los propietarios son jornaleros, pero todos los jornaleros son propietarios. Sirve el jornal para cubrir el déficit de la propiedad ó la propiedad para cubrir el déficit del salario; mas el déficit se cubre, y la vida se asegura en sus estrictas y exiguas necesidades. . . . .

»El carácter mixto del bracero imprime algo de aquella «dignidad» que el ilustre sociólogo desea. Es frecuente oír en



aquella sierra que faltan brazos para todas las labores algo apremiantes. El propietario va á demandarlos con cierta inquietud solícita á las propias casas, porque tal vez el bracero terrateniente no quiera ó no pueda, ó prefiera emplearse en lo suyo durante los días más acomodados.

»El mercado de brazos en la plaza pública, tan común en Andalucía baja, es allí, por punto general, desconocido. Hay que *mimar* un poco—según frase del propietario—al jornalero. Al bracero andaluz hay que pagarle todos los días para que pueda comer al siguiente; al jornalero serrano se le paga semanalmente, los sábados por la noche, porque el jornal es cosa necesaria, sí, pero que cae encima del aceite, de las legumbres, de las patatas, del pan y tal vez del cerdo guardados en su vivienda. «Su vivienda»; porque comprada, heredada ó levantada por él, raro será el labriego que no sea propietario de una casuca. Son en esto bien poco exigentes.

»La posesión de la casa imprime hábitos de hormiga, afán de ahorro y de acarreo; la posesión insuficiente de la tierra, hábitos de diligencia y de trabajo. Estos hábitos, la necesidad de estar al tanto del precio y consumo de las cosas que han de vender y comprar, de las fluctuaciones del mercado, de las causas felices ó perturbadoras que influyen de cerca en su vida material. Cuestiones económicas que desconoce el siervo de la llanura».

Todo bracero tiene su ganadería: algunos cerdos, que se mantienen, reunidos en piara concejil, de los pastos de baldíos y veredas y de los rastrojos propios y ajenos. Con la venta de ellos, por San Miguel, cubren los dueños muchas atenciones de su casa. Poseen, además, una bestia de carga, con la que van al trabajo y que también se mantiene de la rastrojera, el pastigal, el prado, las lindes y márgenes del terreno en que trabaja el bracero.

«Una lenta ó brusca acumulación de propiedad territorial, un buen año, algún negocio, cualquiera circunstancia aleatoria, libertan del jornal al hombre, y se hace labrador de lo su-



yo. Causas contrarias, extremas divisiones del caudal, años ruinosos ó peculiares desdichas del carácter, le restituyen á la situación mixta, y de estos vaivenes se origina la existencia de una sola clase y un solo fondo de cultura práctica».

En sentir del autor, «la transformación de la propiedad de uso y disfrute común en la actual organización individualista y generalizada, se ha operado allí en términos naturales bien poco sensibles. Acabaron las dehesas comunales, donde el proletario mantenía su vaca, engordaba su cerdo y se proveía de leñas y carbones, amén de labrar su parcela á canon de San Miguel á San Miguel; mas la desamortización le abrió las puertas de la propiedad definitiva.

»Los orígenes más ciertos de esa propiedad subdividida y parcelaria son la desamortización de capellanías y bienes eclesiásticos, la repartición algo *revolucionaria* de antiguas dehesas concejiles y las roturaciones arbitrarias. De estas tres fuentes, que implican una relativa violencia ante el pacífico derecho constituido, ha emanado otro estado de derecho más útil, más humano, más progresivo; lo que prueba que alguna violencia y esfuerzo hay que hacer para desarraigar todo lo arraigado, y que no debemos parar mientes en esto cuando una suprema necesidad ó una general conveniencia lo demandan».

Para el jornalero de la Sierra de Aracena, los dos males peores que pueden sobrevenirle son estar preso y caer soldado. Para evitarlos, procura estar bien con el que manda, se doblega al cacique. Y he aquí cómo el caciquismo viene, una vez más, á ser fuente de dolor y esclavitud, aun en estados sociales sencillos y de pocas aspiraciones, casi satisfechas por completo.

En el número de 9 de Septiembre de la misma revista, comienza el Sr. Atienza y Medrano, dignísimo presidente de la Asociación patriótica, una serie de artículos, que se continúa en otros números de aquel mes y del de Octubre, y cuyo tema es *El alma española en América*. Pocos asuntos hay que puedan interesarnos más que éste, y así no han de extrañar mis lectores que me detenga largamente en su examen.



Empieza el articulista sentando la necesidad de completar el movimiento de comunicación ideal de los españoles de España con los de América, mediante la difusión de los escritos de aquéllos y la colaboración asidua de algunos en revistas americanas, con otro «que llevara á nuestros compatriotas de la Península la expresión viva y sincera de las transformaciones que ha experimentado el alma de la raza, trasplantada al suelo de América».

Para el Sr. Atienza—que se propone iniciar ese movimiento—el estudio de nuestra raza en aquel Continente interesa, sobre todo, desde dos puntos de vista: «primero, bajo el aspecto de la influencia que ha ejercido el elemento español en la población de las Repúblicas hispanoamericanas, para poder apreciar, en la aproximación posible en este género de asuntos, cuál es la proporción actual de este factor étnico, en su concurrencia con el indígena y con los demás de origen europeo, que tan gran contingente han aportado á estas nuevas sociedades, y principalmente á los países caracterizados por el cosmopolitismo de la inmigración, á la cabeza de los cuales hay que colocar á la República Argentina; y segundo, bajo el aspecto de la evolución que han experimentado las agrupaciones de españoles que con el nombre de colonias han venido á radicarse en cada uno de estos pueblos, luego de constituídos políticamente en la condición de nacionalidades independientes y soberanas.

«Aunque no he dejado de recoger antecedentes, datos y observaciones sobre aquel primer problema, paréceme que á los americanos es á quienes incumbe dilucidarlo y determinar cuáles son los rasgos y caracteres del alma española que han sobrenadado en la mezcla de elementos que han contribuído á formar estas poblaciones, todavía lejos de haber conquistado sello nacional y fisonomía propia. En la Argentina, verbigracia, esa tarea está muy adelantada, mediante el trabajo de sus historiadores, como el general Mitre y D. Vicente Fidel López, y los estudios de Sociología nacional de pensadores, escritores



y publicistas, entre los cuales hay que citar, entre muchos otros, al Dr. Joaquín V. González, actual ministro del Interior, cuyas obras son conocidas en España, y los Dres. Juan Agustín García y José Ramos Mexía, muy estimados también entre nuestros hombres de ciencia».

Absteniéndose de opinar, cuando menos por ahora, en cuanto á ese problema, el Sr. Atienza se propone dirigir su estudio especialmente al otro enunciado, ó sea «el relativo al modo de ser de las agrupaciones españolas ó colonias residentes en los países hispanoamericanos», refiriendo, como es natural, sus observaciones y juicios á la colonia de la República Argentina, que es la única que directamente conoce, y que por su número y cualidades es, sin duda, la de más importancia.

Según los datos que aporta el Departamento Nacional de Inmigración, el grueso de esa corriente que desde España se dirige á la Argentina está formado de población trabajadora, que tiene allí establecidos parientes desde hace tiempo, ó trae cartas de recomendación para casas comerciales. Según esos mismos datos, son «rarísimos los casos en que hay que dar alojamiento á los trabajadores españoles en el Hotel de Inmigrantes por un plazo de cuarenta y ocho horas».

«Algunos encuentran acomodo en esta misma capital; pero la inmensa mayoría se esparce por el interior de las provincias para dedicarse á las faenas de la agricultura y la ganadería, y cierto número, aunque no muy crecido, halla ocupación en el comercio de las poblaciones rurales difusas, ó sea lo que aquí se llama la campaña. No hablo especialmente del trabajo industrial, porque fuera de las dos industrias madres, la agrícola y la ganadera, que constituyen y constituirán aún por mucho tiempo las principales fuentes de riqueza de este fecundo suelo, no existen todavía empresas de tal índole que por el grado de su desarrollo y por su capacidad económica autoricen á decir que el país ha entrado en el período industrial específico. Faltan para ello población consumidora suficiente,



que guarde relación con la inmensidad del territorio, y personal de obreros debidamente adiestrados para poder competir con el producto extranjero en la elaboración de artículos manufacturados.»

No quiere esto decir que no haya inmigrantes ocupados en empresas y establecimientos industriales, como los vitivinícolas y los azucareros, así como también en los ferrocarriles, en las fundiciones, cervecerías, etc.; pero su número es cortísimo en relación con el de los dedicados á la agricultura, la ganadería y el comercio aldeano.

Aunque el número total de españoles que viven en la Argentina no puede determinarse con exactitud, cabe considerar la cifra de 300.000 como muy aproximada.

«Según los datos del último censo nacional, levantado en 1895, la población española era entonces de 198.685 personas. Si se tiene en cuenta que durante los últimos nueve años los saldos que ha dejado la entrada y salida de españoles que vienen de Ultramar y por vía Montevideo suman un contingente de 105.790 personas, el número de españoles residentes actualmente en este país puede calcularse, con muy pequeño error, en 304.475.

»Por de contado que la inmensa mayoría de esa población está compuesta de menestrales y artesanos. Es mucho suponer que un 20 por 100 haya logrado conquistar su plena independencia económica. Aun en ese supuesto, siempre resultará que 240.000 españoles de los que aquí han venido son gente humilde que vive del trabajo de sus manos y que, faltos de instrucción cuando llegaron al país, no han debido cambiar gran cosa bajo este respecto.»

Aparte de que las diferencias intelectuales entre el grueso de la colonia y el resto de ella no son tan hondas que abran un abismo, y de que de los 60.000 que, según los datos antes enunciados, han conseguido emanciparse del trabajo manual, sólo puede considerarse verdaderamente culta una minoría reducidísima, hay en esos 60.000, y entre ellos y la masa, «una



extensa escala de numerosas gradaciones» que hacen el tránsito poco sensible.

La fuerza y el valor de la colonia no reside en la «minoría de los emancipados económicamente, ni en la otra más exigua aún de los relativamente ilustrados, sino en la gran masa popular, que es también donde más vivo se conserva el recuerdo de la patria ausente, donde los rasgos originarios persisten más intensos y más puros, y donde la mayor despreocupación de intereses egoístas es causa de que vibren los hondos impulsos y los sentimientos apasionados del alma española. En las circunstancias críticas, esos elementos han sido los que han ofrecido más elocuentes ejemplos de desprendimiento y abnegación, como tendré ocasión de notar más adelante; y aun en el curso de la vida ordinaria ellos son los que sienten con más íntima ternura, en medio de su evidente transformación, el culto de las tradiciones, de las añoranzas del ambiente nativo y las nostalgias del terruño».

Ahí es donde «hay que cavar hondo para desentrañar el sentimiento oculto de sus adivinaciones y esperanzas en lo tocante al problema de la anhelada reconstrucción de nuestra patria».

Cree el autor que las mudanzas que esos elementos han experimentado y las nuevas aptitudes que han adquirido por efecto de su trasplante al suelo americano «los han puesto en las condiciones más favorables para sentir en toda su integridad las exigencias del problema que España no acierta á resolver, y aun para columbrar caminos de solución, si sus todavía vagos presentimientos llegaran á ser fielmente interpretados».

Expuestos los antecedentes y las consideraciones que quedan referidas, el Sr. Atienza comienza á estudiar «la evolución del inmigrante». Estima el autor que el primer impulso del que se expatría arranca de su voluntad, sin sugerencias de elementos extraños al medio en que vivía antes de abandonar la patria.



«Quiero decir con esto, que en los españoles que vienen á América, y en muchos de los que quedan por allá, hay materia de primera calidad para hacer hombres laboriosos y emprendedores; que no han desaparecido los rasgos característicos de la raza, ni se han extinguido sus aptitudes; y que si en los llegados aquí, convertidos en nutrida legión, esas dotes congénitas se desenvuelven con más facilidad y producen resultados que sorprenden á nuestros compatriotas de la Península, como lo ha declarado elocuentemente el Sr. Zulueta en una hermosa solemnidad literaria celebrada en Almería, no es sólo porque en esta región del planeta «la vitalidad de las energías humanas se desarrolle en tierra virgen, y en aquella otra región, tan amada por nosotros, eche sus raíces en tierra agotada y cubierta de escombros que dificultan la expansión», sino también, y en primer término, porque la decisión de cruzar el Océano para luchar á brazo partido con la suerte, y tratar de vencerla, es ya de por sí la revelación de un alma llena de fe y templada para el combate.

»Creo asimismo—continúa diciendo el Sr. Atienza—que sería un error y una injusticia confundir al emigrante español de nuestros días con el aventurero de la época del descubrimiento de América ó de los tiempos posteriores del Gobierno colonial.

.....

Hoy no vienen de España aventureros, hablando, se entiende, en tesis general y salvando las excepciones. Muy contada ha de ser, si existe alguna, y es sabido que una golondrina no hace verano. Los españoles que se dirigen á este país, lo mismo el obrero que el agricultor, el industrial que el comerciante, el que ha de vivir del trabajo de sus manos como el que ejerce una profesión liberal, saben perfectamente, desde el día en que emprenden el largo viaje, que aquí han de trabajar tanto ó más que en España. A poco de permanecer en la República Argentina, se convencen de que han de trabajar más que allí; pero pronto echan de ver igualmente que no han



sido defraudados en sus esperanzas de que el trabajo sería abundante y bien retribuido, y de que la tenacidad y la perseverancia en la labor obtienen segura recompensa. Es incalculable la eficacia de estos animadores estímulos.

»Hasta algo de presentimiento, y como de obscura sugestión, debe entrar en los motivos determinantes de esa resolución heroica de abandonar los patrios lares, si he de juzgar por los casos de audacia temeraria verdaderamente típicos que conozco, unos por relatos que dan á la tradición de las proezas realizadas aquí por los modernos españoles contornos de leyenda, y otros de que he sido observador directo y personal.»

Como ejemplo, cita el de un Sr. Santamarina, que llegó á América cuando apenas entraba en la adolescencia, solo y obligado á dedicarse á las más rudas labores. Al morir ha dejado una fortuna de muchos millones. Otros ejemplos más que aduce el autor, muestran cómo á los españoles no les arredran ni el trabajo ni los reveses económicos, y que su éxito personal lo deben allí á su perseverancia, que es cabalmente lo que aquí les negamos como cualidad de su espíritu. No quiere esto decir que á veces no se retrasen en la acción dejándose ganar por otros elementos.

Con imparcialidad, más que nunca exigida en estos estudios, el Sr. Atienza indica que «durante los últimos años los españoles hemos perdido terreno, por no haber acertado á seguir la evolución que han realizado los comerciantes de las demás naciones aquí establecidos. Grandmontagne describió gráficamente las peripecias á que aludo en un notable artículo, titulado *La agonía del registro*, que publicó la revista *España* en uno de sus primeros números. Hasta hace poco, los españoles habían ejercido con extraordinario provecho el comercio llamado «de registro», organismo intermediario entre el comercio de importación y el minorista ó de detalle. Desarrollaron aptitudes excepcionales, trabajaron con bríos nunca superados por nadie, acreditaron gran número de marcas y conquistaron una posición digna de envidia. Pero de la noche á



la mañana las casas importadoras, especialmente las inglesas y alemanas, empezaron á establecer relaciones directas con el comercio minorista, al que dieron grandes facilidades para el cumplimiento de sus compromisos; prescindieron del intermediario, y el gremio de *registreros* comenzó á decaer de una manera visible y rápida. Es de notar que el personal que dichas casas han utilizado para llevar á cabo la evolución, ha sido español en su inmensa mayoría. Nuestros compatriotas debieron incorporarse, y aun anticiparse, á ese movimiento, para el cual contaban con un personal formado que les aseguraba la superioridad en la lucha con sus competidores. No lo hicieron, sin embargo, y bien sea por carencia de iniciativa, por excesiva confianza en la eficacia de su organización, por falta de capitales ó de crédito en los centros industriales de Europa, y principalmente en los de la Península, se dejaron aventajar por sus rivales, y ahora es mucho más difícil reaccionar contra las pasadas inadvertencias. A pesar de todo, hay síntomas evidentes de reacción, y no pierdo la esperanza de que muy pronto empiece á dar resultados fructuosos».

El español en América se hace también ambicioso, sintiendo á la par que la pasión por el bien, la pasión por la justicia, la pasión por la belleza, por el progreso, la de «ensanchar cada hombre el radio de su influencia y la esfera de su actividad en todas las manifestaciones de la vida», en vez de contentarse con lo poco é ir pelechando con ello á trueque del descanso, ó sea de cesar en el trabajo á media vida.

Hácese también el español allí tolerante, sincero, práctico, sin esfuerzo alguno; y mediante esa transformación, á que contribuyen mucho las condiciones del medio social americano, se han desvanecido en gran parte las diferencias que en la Península parece que dividen á los españoles de un modo irreductible.

Los españoles de la Argentina siguen con palpitante interés el desarrollo de la política en la madre patria. No obstante el pesimismo que hechos recientes han dejado caer sobre



sus almas, no se ha extinguido en ellas «el inagotable manantial de su fe en el resurgimiento de España. Viven alerta, acechando el más leve indicio de reacción bienhechora. Y ese es su mayor dolor: que por ninguna parte perciben todavía un rayo de luz diáfana y pura á cuyos resplandores pueda nuestra patria orientar de nuevo su vida y volver á encontrar la huella de sus grandes destinos... Para aplacar sus ansias, acuden á la abundante información telegráfica de los grandes diarios argentinos, á las íntimas confidencias de la correspondencia epistolar, á la conversación con los que juzgan mejor enterados de los asuntos de la tierra; y cuando, después de haber apurado todos estos recursos, se encuentran con la decepción de la insulsa palabrería derrochada en los debates parlamentarios; con la estéril agitación de una política que no fomenta la navegación y el comercio, ni impulsa el progreso de la educación nacional, ni favorece la agricultura, ni abre un canal de irrigación, ni planta un árbol, ni funda una escuela; con instituciones docentes como la Universidad Central, donde el profesor designado para pronunciar el discurso de apertura del nuevo curso (¡y ese ha sido el profesor de Historia que el rey tuvo!) acaba de ofrecer á las naciones cultas de Europa el caso anacrónico de hacer la apología de la Inquisición desde lo alto de la cátedra; con reglamentaciones del descanso dominical en que se ordena la clausura de los mercados en las primeras horas de la mañana y se permite que día y noche permanezcan abiertas las tabernas; cuando, además de todo esto, se encuentran nuestros compatriotas de la Argentina con la insustancialidad absoluta de que adolecen los programas de todos los partidos, lo mismo el que está en el poder que los que aspiran á sucederle, natural es que se llamen á silencioso recogimiento, que se refugien en su mundo interior, y que á solas con su conciencia la interroguen si no está la salvación que anhelan y en que ponen todas sus esperanzas en otros principios y energías diferentes de aquellos á que fiaron hasta ahora la obra de la redención de la patria.»



Todas las opiniones políticas están representadas en la colonia. La más numerosa es, á lo que parece, la republicana; por lo menos, es la única que «colectivamente se ha constituido en forma de Liga, con un comité central y gran número de comités locales». Pero el Sr. Atienza afirma que «sumados monárquicos y republicanos, no representan más que una pequeña minoría en relación con los 300.000 españoles». Conforme á este hecho, puede considerarse desdoblada la colonia en dos grupos perfectamente caracterizados. De una parte, «los que se creen en posesión de una fórmula llamada á resolver en un día, y como por ensalmo, todos los problemas, en lucha encarnizada y sin cuartel con los poseedores de otras recetas igualmente milagrosas; y de otra parte, los que forman esa gran masa de trabajadores, libres de egoísmos, ambiciones y rivalidades, llenos de patriotismo y de espontaneidad, prontos al sacrificio y á la abnegación, y en cuyas almas es el recuerdo de la patria ausente algo santo y excelso, digno de un culto religioso, alimentado con ofrendas de impulsos viriles y de silenciosas veneraciones».

¿Y qué es lo que piensa esa masa respecto del presente y del porvenir político de España? Su situación de espíritu es, á juzgar por lo que dice el articulista, análoga á la de muchos patriotas peninsulares, á quienes la viciosa organización de nuestro Estado oficial impide llevar su acción á la obra de reforma.

«El grueso de esta colectividad — dice el Sr. Atienza — ha respondido siempre, con unanimidad admirable y entusiasta, á los llamamientos del patriotismo. Las explosiones de su amor á España en el duelo desigual con los Estados Unidos, son el rastro fulgurante de una leyenda; su desprendimiento en aquellas supremas circunstancias, un ejemplo único en la historia. Alucinada por el brillo sobreviviente de las glorias pasadas, no pudo sospechar la posibilidad de la derrota; y cuando la evidencia de la catástrofe cayó sobre su espíritu como un golpe de maza asestado por mano de gigante, quedó



anonadada por el estupor y el asombro. Y más tarde, á medida que iba recobrando la conciencia de la verdadera situación, y volviendo al sentimiento de la realidad, convirtióse toda ella en ojos y oídos, para tratar de percibir los todavía inciertos fulgores de reacción del espíritu patrio, y escuchar en el rumor de las olas que venían de las lejanas playas los primeros vagidos de la esperanza, precursores de varoniles renacimientos. Han pasado seis años desde aquellos días sombríos, y todavía no ve claro, ni ha oído la palabra profética de la ansiada regeneración. Sus incertidumbres y sus zozobras no son más que el reflejo fidelísimo de la confusión de ideas y propósitos que sigue reinando en la Península.»

Ni en los partidos gobernantes, ni en la masa del pueblo español, han visto aquel arranque necesario para remediar las faltas pasadas y resurgir como Prusia en 1808, Francia en 1871. Ni aun las agrupaciones políticas que se tienen por más radicales «han acertado á interpretar los anhelos generales de la masa, pronunciando el verbo de la revolución, para hacerla desde abajo, ya que no se ha hecho desde arriba». «La acción personal de Joaquín Costa, la más substancial y varonil de cuantas se han exteriorizado en la escena política, no ha conseguido conquistar energías colectivas suficientes para transformarse de fuerza latente y, por decirlo así, potencial, en fuerza viva, capaz de producir efectos positivos inmediatos.

»Todo esto ha llegado, por invisibles caminos, á la mente y al corazón de nuestra colectividad en la Argentina, y de aquí, no diré su desaliento, pero sí su actitud reservada y de expectativa, ante el fracaso de ese patriótico intento.»

«Vengan, sea de donde fuere, soluciones claras y definidas que lleguen á la entraña de nuestro pueblo, para reconstruirlo económicamente, para fomentar su progreso intelectual, para ponerlo á la altura de las naciones europeas, y la opinión en la Península se pronunciará en su favor con empuje irresistible, y sus palpitaciones se transmitirán instantáneamente al



alma de esta colonia. *Mientras esa honda revolución no se opere allí, no se espere que aquí renazca el entusiasmo, ni que estos españoles abandonen la actitud de expectación y reserva en que se han colocado.»*

El Sr. Atienza continuará, en números sucesivos, estas interesantísimas observaciones, de que seguiré dando cuenta en las *Lecturas*.

También en *España* (número de 2 de Septiembre) publica D. Gonzalo Segovia un artículo, que aquí importa recoger, titulado *El monumento á la Reina Católica y el descubrimiento de América*. Es una excitación á la colonia española, para que coadyuve con entusiasmo á la realización de la iniciativa de la Sra. Eva Canel y el Sr. D. F. de P. Oller, referente á la erección en Buenos Aires del monumento á que se refiere el título del artículo. Adheridos ya á la idea muchos de los elementos españoles de la Argentina, la Asociación Patriótica entre ellos, y bien acogida, como era lógico presumir, por nuestro Gobierno y por su representación diplomática en aquella República, se ha nombrado «una comisión mixta de españoles y argentinos, la que, sin pérdida de tiempo, se ocupase de nombrar comisiones en todos los centros importantes de la República; de pedir al Congreso Nacional el permiso correspondiente; de arbitrar recursos por todos los medios posibles, y de abrir un concurso entre escultores españoles (esto fué pedido por los señores argentinos presentes) para encargar la realización del monumento al autor del proyecto más grandioso y que mejor represente el hecho y las figuras de los que fueron partes activas en el descubrimiento.

»También se nombró una comisión provisional, compuesta del señor Intendente municipal D. Alberto Casares, concurrente á la reunión y decidido partidario del pensamiento, y de los Sres. Cané y Segovia, para que elijan el sitio en que ha de emplazarse el monumento y lleven adelante todos los trabajos preliminares».

La primera piedra del monumento debió colocarse, si es



que no han encontrado obstáculo los propósitos de la comisión, el día 26 del mes de Noviembre próximo pasado.

El número de Diciembre de 1903 de *Chile Moderno* (último que hemos recibido) forma un volumen de cerca de 300 páginas, con dos magníficas fototipias, y está, en su mayor parte, dedicado á Spencer, de quien traduce seis capítulos del conocido libro *Justice*, y varias monografías y fragmentos. Amén de otras traducciones, contiene igualmente una numerosa serie de *Apuntaciones bibliográficas*, por K. Newman, en que se pasa revista á obras americanas, españolas, inglesas y francesas, y un artículo del Sr. Cannobio, sobre el ingeniero dinamarqués Holger Birkedal, que tanto se ha distinguido en Chile.

Es hijo Birkedal, del Pastor Wilhelm Birkedal, que tanto influyó en Dinamarca en los días aciagos de las luchas con Prusia. Holger fué, como casi todos los dinamarqueses, soldado en la segunda guerra de Slewig-Holstein, terminada la cual volvió á sus estudios, hasta graduarse de ingeniero civil.

Trasladóse luego á los Estados Unidos, buscando, no sólo olvido á sus amarguras de patriota, sino «un campo más amplio para las empresas referentes á su profesión, llegando así á correr el trayecto del proyectado Canal Interoceánico por el lago de Nicaragua, Centro-América.

»Encontrábase en California cuando fué noticiado de las grandes empresas del famoso «Rey de ferrocarriles» Enrique Meiggs, en Chile y Perú. Guiado de su espíritu amigo de conocer países extraños y lejanos, se embarcó á fines del año 1869 en San Francisco con rumbo al Perú, dándose pronto á conocer en el trazo del ferrocarril de Pacasmayo á Cajamarca, ante el superintendente de la línea, Mr. Thomas Goin, como un ingeniero hábil y de irreprochable contracción y seriedad.

»Por eso, cuando en 1871 el Sr. Goin fué encargado de la construcción de un ferrocarril entre la caleta de Patillos y la salitrera de Lagunas, contrató á Birkedal para que efectuase el estudio y trazo de esa línea.



»Durante los tres años que se gastaron en completar esos trabajos y la construcción de la línea, hizo además un estudio, por encargo de un sindicato formado en Iquique, acerca de las posibilidades de regar una extensa parte de la Pampa del Tamarugal, trabajo de gran observación, y cuyo resultado hállase comentado en una obra dada á luz por el estadista peruano Guillermo Billinghamurst».

En 1874 se trasladó á Lima, donde fué contratado por *The Guano Loading C.<sup>o</sup>* para efectuar las obras de esta empresa en Pabellón de Pica, Punta Lobos y Huanillos. En 1875 hizo un estudio para surtir de agua potable á Pisagua, tomada de pozos situados en la Pampa del Tamarugal en Dolores.

«El plano topográfico de la parte Norte de la provincia de Tarapacá que resultó de ese estudio, y que fué litografiado en Londres, como asimismo el plano que con anterioridad había levantado de la parte Sur de la región al terminar sus trabajos para la construcción del ferrocarril de Patillos, conjuntamente con una triangulación efectuada en la parte central de la región con el objeto de agregar nuevos datos al primitivo plano de Jorge Smith, sirvieron de base para la publicación que hicieron en 1886 los señores Wensioe y Wilson de un mapa del litoral de la provincia de Tarapacá, y en el cual encontramos como fuente de datos el nombre de Birkedal.

»Entre otros estudios de aquella época, es preciso mencionar un plano de la parte de la provincia comprendida entre el macizo de Lirima y el paso á Bolivia por Sibaya, como límite Este, y las salitreras de Pena Grande y Pozo Almonte, como límite Oeste, y un plano especial de la bahía de Patillos con un sondeo científico de la rada. Este trabajo fué publicado en la colección de mapas náuticos del Almirantazgo inglés, siendo de notar que Birkedal corrigió un error astronómico de longitud que había en planos anteriores. A continuación hizo la mensura para el levantamiento del plano de Iquique, con el fin de obtener la concesión para implantar un servicio de tranvías, efectuando al mismo tiempo un escrupuloso sondeo de la



bahía y un estudio de la isla Serrano, con el propósito de hallar el mejor modo de unirla con la tierra firme, formando con las rocas hacia adentro de la rada un rompeolas, lo que habría permitido la formación de una buena dársena».

Trasladóse, en 1886, á Chile. Las obras que en esta República ha realizado son numerosas, y notable su concurso militar en la guerra con el Perú.

Entre aquellas obras figuran: el plano minero del mineral de Batuco, como primer paso para efectuar la compraventa de la famosa mina «Desengaño», realizada en un millón y medio de pesos con la sociedad que, para continuar su explotación, se formó en Santiago al amparo de los prestigios de los Sres. Luis Aldunate y Uldaricio Prado; construyó el ferrocarril urbano de la Serena; estudió una línea eléctrica para competir con el ferrocarril de Coquimbo á Serena; contrató la construcción del ferrocarril del Estado de Huasco á Vallenar, y levantó, por encargo de D. Jorge Fergie, el plano minero de las pertenencias de la compañía minera inglesa «La Culebra», Vallenar, obra que fué litografiada en Londres. Todos esos trabajos constituían su constante afán hasta el año 1889, época en que, asociado al compatriota suyo, Brock, que le secundaba, hizo un notable estudio de un ferrocarril que tenía ideado desde mucho tiempo atrás. La línea de dicho estudio parte de Iquique, pasa por Pica, el lago del Huasco, el paso del Guallagalla, Salinas, las orillas orientales de los lagos Aullagas y Po opó, á Oruro, y de allí á La Paz, con un ramal en Oruro á Cochabamba.

Sobre esta importante obra trasandina, para cuya realización contaba con capitales ingleses, tuvo Birkedal en La Paz una conferencia con el Presidente de la República, D. Aniceto Arce, quien se manifestó favorable á la idea.

Efectivamente, este proyecto fué muy acogido por ambos países. Las concesiones de Bolivia estaban aseguradas, porque la conveniencia para esa república era obvia. Por otra parte, ese ferrocarril había sido una llave espléndida para el



fomento industrial y minero de Tarapacá, porque debía pasar por regiones muy importantes bajo diversos aspectos.

Presentados esos planos en 1890 á la Cámara de Diputados de Chile, no alcanzaron ser estudiados á causa de las dificultades que surgieron entre los Poderes Ejecutivo y Legislativo. Traspapelado permaneció ahí hasta que el incendio del Congreso, ocurrido en 1895, lo destruyó.

Tan guerrero como científico, tomó parte en la revolución chilena de 1881 y en la brasileña de Sareiva, combatiendo en ambos casos al lado del Gobierno. También peleó en la guerra turco-griega de 1897. En 1899 regresó á Chile y se encargó, por comisión oficial, del estudio del ferrocarril de Rayada á Papudo. Estudió luego la industria pesquera chilena, y en su informe se declaró contrario al sistema de emigración, recomendando la contratación de pescadores maestros.

Además, dió á luz en *El Ferrocarril*, en los números 2, 3 y 4 de Julio, un artículo intitulado *Los mares de Chile, inagotable fuente de prosperidad nacional*, destinado á mover las iniciativas particulares á la fundación de compañías de pesquería y de escuelas de pesca.

Prescindimos de mencionar otros servicios oficiales y trabajos técnicos de Birkedal, y terminaremos diciendo que los numerosos libros que ha escrito en danés, en castellano y en inglés son indispensables para el conocimiento de la moderna historia política é industrial de buena parte de Sud-América.

En la revista *Ideas*, de Buenos Aires, publica D.<sup>a</sup> Elvira R. de Dellepiano un curioso artículo sobre *La mujer intelectual*. Prescindiendo de las consideraciones generales que contiene este trabajo, me limitaré á recoger los datos que trae acerca del feminismo intelectual en la Argentina.

Hace veinte años ingresaron dos mujeres en la Escuela de Medicina. Hoy son diez las doctoras en esta ciencia, y cincuenta las que estudian en diversas Facultades.

La primera doctora, Cecilia Grierson, tiene hoy una posi-



ción independiente y respetable. Ha sido fundadora de la Escuela de enfermeras y masajistas, de la de Primeros auxilios, de la Técnica profesional de mujeres y del Consejo nacional femenino, institución de gran trascendencia.

«La doctora Eyle, entrerriana, estudió en Suiza y revalidó su título en la Argentina. Médica de la Sociedad Militar durante mucho tiempo, cuenta hoy con una excelente clientela, fruto de su valiente lucha.

»La doctora Mauthe de Imaz, médica y madre, una de las primeras alumnas de su curso, desempeña una cátedra en la Escuela Normal, presta sus servicios profesionales en la clínica de mujeres del Hospital de Clínicas, y aún ha tenido tiempo de dictar un curso de Psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras.

»Las doctoras Ueberda y Ratto, dos inteligencias robustas y animosas, recién egresadas de la Facultad de Medicina, con notas distinguidas, empiezan su carrera bajo los mejores auspicios. La primera es adjunta á la clínica del Hospital de Mujeres, y la otra ejerce con general aceptación en Entre Ríos, su país natal. Ambas tienen numerosa clientela.

»Las inteligentes doctoras Ana Mauthe, Atilia Canetti, Elvira y Ernestina López, que formaron el plantel de la Facultad de Filosofía y Letras, han dejado en ella marcado su nombre en caracteres imborrables, alcanzando las más altas clasificaciones, y siendo laureada una de ellas.

»Todas dan su valioso concurso á la educación común, desempeñando con conciencia cátedras que hasta hoy habían sido confiadas á profesores especiales.

»La doctora Canetti ha leído una serie de interesantes conferencias en que resaltan por igual su vasta erudición y su sano criterio. Y Ernestina López, después de haber colocado en primera fila el colegio que dirige, ha sido encargada por el Consejo Nacional de Educación de representarlo en la Exposición de San Luis, y estudiar en Europa y Norte-América todo lo que se relaciona con la educación.



»Tengo la seguridad que desempeñará cumplidamente su honrosa misión.

»Las Facultades de Medicina, Ingeniería, Derecho, Filosofía y Letras cuentan con discípulas que siguen los cursos á la misma altura que sus compañeros; y me es grato decir que en la última hay algunas que ocupan posiciones de primera fila, no obstante desempeñar al mismo tiempo las tareas del magisterio, pues es cosa curiosa que todas estas luchadoras han tenido que trabajar para costear sus estudios, siendo, por lo tanto, *todas*, fruto de sus propias obras.

»Ni la Farmacia, ni la Odontología, han escapado al asalto mujeril, y contamos con químicas, farmacéuticas é infinidad de dentistas, algunas de notable competencia.»

La autora hace constar que esta dedicación á los estudios no ha dañado lo más mínimo á la vida doméstica ni á las funciones de las estudiantes como «mujeres de su casa».

Refiriéndose á las que ya tienen título, dice:

«Cuatro de ellas son esposas, y hasta hoy no he oído que ninguno de estos matrimonios sea desgraciado, inmoral, ni que la mujer haya usurpado los derechos del esposo.

»Como madres, lo son en toda la acepción de la palabra, moral y materialmente, y espero que sus hijos serán hombres buenos, útiles, de conciencia y carácter, porque ellas pueden y saben dirigirlos.»

Como se ve, los antifeministas no hallarían fácilmente dónde hincar el diente, tratándose de las intelectuales argentinas.

HISPANUS



# CRÓNICA LITERARIA



## EL ARTE Y LA DEMOCRACIA

Uno de los poquísimos *gestos bellos*, una de las raras actitudes artísticas que se han visto en nuestra política de los días actuales, que por lo general se hace la ropa en la calle de Toledo, ó por los alrededores, fué el de D. Francisco Silvela al renunciar jefaturas presentes y presidencias futuras. Creo que desde aquel otro gesto hermoso de Cánovas tirando el poder en pleno Congreso para que no le soportaran, no ha habido en nuestra política cosa más ajustada á los cánones del buen gusto. Lo cual no impide que resoluciones como cualquiera de las citadas sean impopularísimas entre los partidarios de cualquier hombre político, cuyo ideal (el de los partidarios, y á veces también el del hombre) es adherirse al poder como una lapa, y no soltarle ni á tiros. Pero el sentir de los gobernadores de provincia y de los jefes de administración, á quienes resoluciones tales suelen inferir notorio perjuicio en sus carreras, no es decisiva en lo que pudiéramos llamar la estética de la conducta política.

Aunque no hubiera hecho otra cosa de gusto en su vida, creo yo que bastaría ésta para justificar la entrada del Sr. Silvela en la Academia de Bellas Artes. Muchos hay en ella que han entrado por menos. El Sr. Silvela no es crítico profesional de bellas artes, ni es tampoco pintor, escultor ó músico en sus ratos de ocio, ni siquiera se sabe que pinte acuarelas como el Sr. Maura; pero supuesta la latitud que suele darse al



concepto de la especialidad de cada Academia, y admitiendo, por tanto, que en la de Bellas Artes puedan ingresar los artistas de la palabra hablada ó escrita, hay que confesar que al Sr. Silvela le sobrarían títulos para ostentar esta nueva investidura académica, en la hipótesis de que para ser académico de alguna cosa se necesitasen, en efecto, títulos; hipótesis que la experiencia declara temeraria.

Hay algunos oradores más completos, más briosos, más grandilocuentes que el Sr. Silvela; hay bastantes escritores de mejor estilo y más caudalosa inspiración literaria; pero con dificultad podría sacarse orador de más ponderado buen gusto, de tan excelente proporción entre las facultades, tan ajeno á toda chocarrería y vulgaridad, como este político pretérito que después de haber representado primeros papeles en el escenario de la vida pública, ha ido, sencilla y discretamente, á sentarse en su butaca de espectador. Si es costumbre que los señores académicos de Bellas Artes hablen alguna vez en sus reuniones de esas artes que les están encomendadas, tengo por seguro que pocos habrá entre ellos que puedan y sepan decir sobre la materia cosas tan agudas é ingeniosas como las que dirá de seguro en tales pláticas el Sr. Silvela.

El cual, al ser académico, ha tenido que escribir un discurso. Es la primera y tal vez la única obligación del académico. Ese discurso trata de las bellas artes, como era razón tratar dirigiéndose á una corporación creada para honrarlas y representarlas.

Pero la disertación del Sr. Silvela no se encierra en las cuatro paredes de una tesis ni acota de antemano el terreno por el que va á discurrir, señalándose al empezar un asunto determinado. Se ha dicho que el discurso trataba de la situación del arte en las democracias, y de eso habla, en efecto, pero tocando antes muchas otras cuestiones que con la filosofía social de las artes se relacionan. Parece como si el Sr. Silvela, en vez de proponerse desde el principio el tema concreto de las relaciones del arte con la democracia, fuese mirando al pasar



cuestiones diversas referentes á las bellas artes y se detuviera al cabo frente á ésta, que le inspiró más interés que las anteriores ó le pareció de mayor importancia ú oportunidad. Su discurso es un discurso peripatético que se pasea filosofando amenamente por entre los problemas tocantes al aspecto social del arte, y al llegar á ese problema particular del arte y la democracia se pára algunos instantes para considerarle con mayor atención.

El Sr. Silvela emprende su excursión partiendo del movimiento de socialización que se observa en todas las esferas al finalizar el siglo XIX. Y, como es natural, se pregunta qué papel toca al arte en este movimiento y por qué sendas deben encaminarle los hombres para que contribuya á la obra del progreso humano. Aquí invoca el Sr. Silvela la trilogía de los fines ó los ideales humanos: el bien, la verdad y la belleza, por la afición á la cual le censuran algunos modernistas, alegando que todo eso data del tiempo de Cousin. En realidad viene de mucho antes, pero el tiempo ni pone ni quita al valor de los principios; y si algo hace, más bien les pone que les quita, puesto que les da la autoridad que emana del consentimiento histórico. La mayor parte de las verdades son muy viejas, y las que pretenden ser nuevas no lo son á menudo más que en la expresión y en el ropaje. Dos y dos son cuatro hace mucho tiempo, desde mucho antes que naciera Cousin.

Sigamos al Sr. Silvela. Va á desvanecer, según nos dice, pesimismo que andan muy en boga acerca del porvenir de las artes; nos va á indicar lo mucho que importa cuidar del sentimiento estético en los pueblos, los peligros que le amenazan y las tendencias que deben seguir los gobiernos para evitarlos. Lo primero que nos hace observar es que después de las religiones el arte es el elemento más poderoso de socialización, porque «no une tanto á los hombres pensar lo mismo y aun querer lo mismo, como sentir lo mismo». El fin principal del arte le parece que es producir una emoción estética con carácter social. El arte es en la sociedad una fuerza, es «un medio de



concordia social, universal y poderoso» que alivia las amarguras de la vida y dulcifica las costumbres. Realiza, en suma, el mito de Orfeo. Pero como la crítica de la razón pura y la crítica de la razón práctica andan á lo mejor desavenidas, resulta que no siempre hay armonía entre los progresos del arte y los de la sociabilidad.

El Sr. Silvela no cree en la teoría de Taine sobre la preponderante influencia que ejerce el medio social sobre la producción artística. La aparición del genio, las aptitudes especiales de cada uno de estos hombres singulares, y hasta el grado de capacidad de las muchedumbres para apreciar la belleza, le parecen cosas para las cuales no hay explicación histórica ni filosófica suficiente. Por ahí llega al problema especial de la posición en que se encuentra el arte en las democracias, y llega muy bien dispuesto para reconocer que son ilusorios los peligros que, según algunos, correrá en las futuras sociedades, plebeyas y materializadas, el culto á la belleza.

No el desorden, porque desorden no hay, pero la soltura de las razones del discurso, que no están atadas por la cadena de un argumento único ó de un método apretado y riguroso, convida á la imaginación á reconstruir la historia de este discurso en la mente de su autor. Ese indiscreto atisbo al fuero interno puede hacerse, tratándose del Sr. Silvela, con todos los riesgos de error inherentes á esta clase de imaginaciones; pero sin el peligro del aburrimiento. Tratándose de otros académicos, la aridez del paisaje que se ofrecería á los ojos de la curiosa é indiscreta fantasía la haría volver apresuradamente sobre sus pasos.

Yo me figuro al Sr. Silvela con la pluma en la mano, frente á las cuartillas, escribiendo su discurso. Como es hombre leído é ingenioso, se le ocurren muchas cosas acerca de las bellas artes, pero ninguna cautiva por completo su pensamiento. Como él fué político, aunque ha tenido el buen gusto de dejar de serlo, y como las cuestiones sociales están en el



ambiente, por el lado del aspecto social del arte van sus disquisiciones. De vez en cuando se complace en una digresión que atrae sus aficiones de hombre culto y erudito, como cuando se detiene á refutar la teoría de la decadencia fatal de la escultura á medida que los hombres fueron poniéndose más ropa, y el desnudo, frecuente en los espectáculos de Grecia, quedó proscrito del aire libre. Así, paso á paso, examinando una y otra teoría, recordando uno y otro autor, llega á esa cuestión de la democracia y el arte, y advierte que ha hallado lo que buscaba, y que su discurso, como el soneto á Violante, se ha hecho sin sentir.

\*  
\* \*

Detengámonos un momento, imitando al Sr. Silvela, ante esa cuestión del arte y la democracia. En el discurso del nuevo académico de Bellas Artes hay dos citas que pueden servirnos de jalones para hacer un deslinde previo en el asunto. «Renan declara—dice el Sr. Silvela—que no pudiendo vulgarizarse lo bello y no siendo posible que en las sociedades modernas se reduzca ya nada al disfrute de una selecta minoría, está destinado á desaparecer obscurecido por la ciencia; y Hartmann pronostica que en la edad madura de la humanidad, el arte será en la vida social lo que son en el día los teatros humildes, donde los tenderos de Berlín descansan de sus diarias tareas.»

Tenemos ahí dos cuestiones, dos oposiciones supuestas: el arte y la democracia, el arte y la ciencia; cuestiones que aunque en la realidad contemporánea estén estrechamente ligadas por los hilos que tejen entre sí y juntan en uno á los acontecimientos históricos de una época, son, en esencia, independientes y distintas. El que la democracia cree un medio social más ó menos propicio para el arte es cosa diferente de la competencia que pueda hacer al arte la ciencia en el futuro desarrollo espiritual de la humanidad. Mas como ahora coinciden



la democracia y el desarrollo de la ciencia, se ven estas dos cuestiones como aspectos diversos de una sola.

Y no sólo hay dos cuestiones. Hay también dos puntos de vista subjetivos, dos posiciones sentimentales diversas (porque aquí, como en muchas que parecen obras de la razón, el sentimiento tiene voz y voto decisivo). Uno es la arrogante é indiscreta apología de la ciencia, que se la representa saliendo de su Reino, llenándolo todo, triunfante y conquistadora, haciéndose dueña exclusiva del espíritu del hombre y absorbiendo poco á poco todo lo que en él ocupó algún lugar, concepciones religiosas, imperativos morales, delectaciones estéticas. El otro punto de vista es elegíaco y melancólico. Es una lamentación por el arte que no encuentra ya en las nuevas condiciones sociales, ó no encontrará en lo porvenir, clima propicio; es una elegía por la pérdida del misterio, que pereciendo á manos de la ciencia, nos deja huérfanos de arte y de poesía.

Estas dos cuestiones y estas dos posiciones subjetivas, y ante todo sentimentales, nos abren dos caminos diferentes, si es que, como al Sr. Silvela, nos tienta la curiosidad de saber cuál será el porvenir del arte. ¿Qué senda seguiremos? ¿Haremos rumbo hacia la democracia para inquirir qué destinos reserva al sentimiento estético, ó correremos tras la ciencia para preguntarle como Jahvé á Caín qué ha hecho de su hermano el arte? Si la cuestión del arte y la democracia es la que nos atrae, nuestro pensamiento se encontrará en el camino con la sombra de Renan; y si la interrogamos con maña, como antaño hizo Ulises en la tierra de los cimerianos con el adivino Tiresias, quizás nos dará la clave de sus recelos de artista epicúreo y aristocrático contra las democracias. Renan, que para los ultramontanos es un terrible revolucionario, era en realidad un hombre del antiguo régimen. Su credo político, tal como aparece en la *Reforma intelectual y moral* y en los *Diálogos y Dramas filosóficos*, esto es, en la plena madurez del pensamiento del célebre exégeta, historiador y filósofo, es un des-



potismo ilustrado, libre de preocupaciones teológicas, un régimen de clases y aun de castas. «Los países donde hay clases marcadas—dice—son los mejores para los sabios, pues en ellos ni tienen deberes políticos ni deberes de sociedad, y nada de esto les falsea... Por eso el sabio se inclina gustoso (no sin cierta dosis de ironía) ante los militares y las gentes del gran mundo. El contemplador tranquilo vive á sus anchas detrás de ellos, mientras que el sacerdote le estorba con su dogmatismo y el pueblo con su criterio superficial de escuela de primeras letras y sus ideas de maestro de aldea». Esto era lo que le satisfacía dentro de las realidades históricas inmediatas del pasado ó del presente, aunque su ideal remoto fuese aquella aristocracia de sabios, amos y señores de los demás hombres por derecho de su propia sabiduría, aristocracia cuya posibilidad expone Theoctisto en el diálogo *Rêves*. «En la Edad Media, la posesión exclusiva de caballos y buenas armaduras dió por siglos superioridad absoluta al noble sobre el villano. En el puente de Meaux, veintisiete caballeros acabaron con la Jacquerie en un día. La pólvora de cañón sólo sirvió al principio á la monarquía. En lo porvenir podrá haber máquinas que, fuera de las manos del sabio, sean utensilios sin eficacia alguna. Podemos imaginarnos así tiempos en que un grupo de hombres reine sobre los demás por virtud de un derecho indisputado. Entonces se habrá convertido en realidad el poder que la fantasía popular atribuía antes á los brujos. La idea de un poder espiritual, es decir, basado en la superioridad intelectual, sería una realidad. El brahmanismo ha imperado por espacio de siglos gracias á la creencia de que el brahmán podía aniquilar con la mirada á quien excita-se sus iras. Esta creencia, basada en un completo error, carecía de cimientos sólidos; pero acaso llegará día en que la ciencia goce de un poder semejante, sin que haya en él ilusión alguna. La superioridad de sus medios será tal, que no podrá existir siquiera la rebelión. Durante siglos, los dogmas cristianos tuvieron fuerza suficiente para quemar á los que los ne-



gaban: los dogmas científicos podrán aniquilar directamente, *ipso facto* á quienes los nieguen».

Estos ensueños de Renan, esta concepción de una aristocracia que fuese la cabeza de la humanidad, el depósito de la razón colectiva, dicen ya por sí solos que no podía ser juez imparcial de la democracia ni de su capacidad, para nada, hombre que así pensaba. Fouillée, en su *Concepto moderno del Derecho*, refutó con razones morales y jurídicas la teoría del autor de la *Historia del pueblo de Israel*. El Sr. Silvela la refuta también con un argumento de mecanismo político que es concluyente. Todo lo que se dice del triunfo abrumador de la mediocridad en las democracias tendría cierta razón de ser y de decirse si se tratase de democracias directas que pudieran juntarse en un foro para imponer la vulgaridad con sus plebiscitos. Mas las democracias modernas obran por representación, delegan en minorías, no son un cuerpo amorfo en que todos sean á la vez directores y dirigidos. Y no está probado que, como medio de selección de elementos directores, sea inferior una organización democrática á una organización de clases bien deslindadas, en que la ley de herencia ha de flaquear en plazo más ó menos largo. Tiene el gobierno popular moderno sus puntos vulnerables, y no es el menor ser un régimen de palabra, de oratoria, que ofrece fáciles caminos de ensalzamiento y predominio á charlatanes y sofistas. Pero no hay sistema de gobierno que no tenga inconvenientes, y algo hay que fiar en la difusión de la cultura, que, elevando el nivel de los ciudadanos, ha de elevar también el de sus gobernantes, al enseñar á aquéllos á escogerlos mejor.

Lo que teme el Sr. Silvela es que estas minorías directoras, salidas de la democracia y encumbradas por ella de súbito, carezcan de buen gusto y se comporten como groseros advenedizos. Recela que pueda predominar un ruin y estrecho criterio de utilidad, que desdeñe ó tenga en poco los adornos y el recreo del espíritu, jubile á las humanidades y al culto á la belleza, y se ocupe sólo en crear productores de riqueza. Pero



¿no advierte el Sr. Silvela que es poco equitativo comparar estas aristocracias nuevas, que en sus principios tienen tan cercano el origen plebeyo, con las históricas, depuradas por largos siglos de posesión de su superioridad y por una herencia ya larga de ociosidad elegante y trato social distinguido? Muchas generaciones de barones toscos y groseros, desdeñosos hacia el saber, sin pizca de estética en la mollera, hombres de presa y de rapiña, se han necesitado para que, afinándose el tipo, llegara á convertirse en el cortesano del siglo XVIII ó el noble de los días actuales. Cualquier tocinero de Chicago ó cualquier comerciante de la City de Londres tiene muchísima más cultura y más sentido estético que los fundadores de los linajes feudales, y además el ambiente de las sociedades modernas ofrece tales facilidades para la asimilación de todo lo que representa superioridad, que la obra de afinamiento, que antes requería siglos, se hace hoy en espacio de una generación. El hijo de un contratista enriquecido emula en distinción á un descendiente de los godos. Y hay que contar, además, con que la estética del trato social no es la estética, grande y luminosa, del arte.

Tampoco la ciencia parece amenazar con sus futuros progresos la existencia ni la estimación del arte. Fecundo en descubrimientos y trabajos científicos ha sido el siglo XIX, y no inferior en producción artística, como observa el Sr. Silvela. La relatividad del conocimiento humano asegura perpetuos y dilatados dominios al misterio. Y aun en el mismo territorio explorado y alumbrado por la ciencia, á lo maravilloso fantástico de antaño sucede otro género de maravilloso, que, con ser positivo, ofrece alimento equivalente á la fantasía. El radio, por ejemplo, es casi tan interesante como la piedra filosofal de los alquimistas. La sugestión puede poner en parangón sus portentos con los de la antigua hechicería. Lo de que la ciencia torne prosaico y vulgar al mundo, y quite motivos á la inspiración artística, es un prejuicio de espíritus anticientíficos que creen que la ciencia puede llegar á explicarlo todo, y



que las cosas explicadas y claras carecen de interés para el artista. El saber afina el espíritu y aumenta los motivos del sentimiento estético; da á la mente mayor potencia visual; nos hace ver más objetos y más aspectos y matices en cada objeto. El peligro que pudiera ofrecer el desarrollo científico, si siguiera siempre por sus actuales derroteros, para el porvenir de las bellas artes, sería el fraccionamiento extremado de los conocimientos, la visión parcial y minuciosa del especialista, menos adecuada para engendrar creaciones artísticas que las concepciones generales y sintéticas de las cosas. Mas el especialismo en su predominio actual es una fase del desarrollo científico. De sus inducciones saldrán sistemas, filosofías, metafísicas, y quedará reducido á lo que es: á una parte de la investigación y del saber.

Además, el saber sirve para que se conserve mejor el patrimonio artístico de la humanidad. Como dice muy bien el Sr. Silvela, hoy es mucho más difícil que se cometan los atentados contra el arte que en otras épocas, que algunos juzgan más saturadas de sentido estético, se cometieron.

No parece, pues, que haya que temer, ni de la democracia ni de la ciencia, peligros serios para el porvenir de las bellas artes. Más bien puede esperarse que la nueva constitución política de las sociedades (porque en los tiempos actuales la democracia más que una escuela es un fenómeno histórico, una realidad de los tiempos, en que todos participamos) y los progresos del saber científico han de crear un medio más favorable para el refinamiento estético. La independencia del artista sale ganando con que el éxito de sus obras dependa, no del amparo de un Mecenas, sino de la aprobación de públicos numerosos. El que depende de muchos á nadie está sujeto en particular, y de hecho es libre, ó se aproxima mucho á la libertad. Hay que tomar esos temores de la desaparición del arte como una lamentación postrera del espíritu tradicional. La estética suele ser el último refugio de las cosas amenazadas de muerte. La fuerza, la razón y el sentimiento estético



marcan con frecuencia etapas distintas en la existencia de las cosas de creación humana. En su triunfante juventud se imponen por la fuerza; cuando empiezan á declinar se defienden con la razón, y cuando ya andan escasas de argumentos y desituídas de fuerza, se amparan de la elegancia, de la distinción y el buen gusto. El último ataque de las cosas vencidas á sus adversarios es llamarles *cursis*.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: La literatura animalista.—Los epigramas de Montaspro.—COSTUMBRES: El gran sacerdote del Sol en Chicago.—PSIQUIATRÍA: El sentimiento musical en los dementes.—IMPRESIONES Y NOTAS: La nación polaca.—El ferrocarril de la Virgen y el del Monte Blanco.—El oro en el mundo.

## LITERATURA

LA LITERATURA ANIMALISTA.—El famoso libro de Rudyard Kipling, *La Jungle*, ha abierto el camino del género, y los norteamericanos se han lanzado de lleno por la nueva vía, contándose entre los mayores éxitos de librería tres obras en que los animales son protagonistas, siendo los autores miss Inés Repplier, Ricardo Harding, Davis y Jack London. De este autor y de su obra *El llamamiento de los antepasados* es de la que queremos hablar especialmente, por tratarse de un autor realmente genial y de una obra que se aparta de todo lo hasta el presente conocido, por la viveza y verdad de las descripciones y lo vívido de las escenas que contiene.

Jack London nació en San Francisco en 1876; obligado á ganarse la vida, ejerció toda clase de oficios, incluso el de vagabundo, y recorrió el inmenso territorio de los Estados Unidos, teniendo unas veces qué comer, y durmiendo no pocas al aire libre con el estómago vacío; de regreso en Oakland, se le ocurrió seguir los cursos de segunda enseñanza, se aficionó á



los libros, y se decidió más tarde á entrar en la Universidad de California para completar su educación; pero al año, en 1897, estalló la fiebre de las minas de oro del Klondike, y London no pudo resistirla; no trajo de allí mucho dinero, pero sí su vocación de autor, siendo sus mejores obras las que reflejan los recuerdos de su estancia en aquel país. La crítica ha saludado en Jack London un astro de primera magnitud, y aunque algunas de sus producciones dejen algo que desear, fuerza es reconocer que hay otras de verdadera valía, y entre ellas *El llamamiento de los antepasados*, que podría traducirse mejor por *La voz de la sangre*.

El héroe de la novela es Buck, un perro magnífico, hijo de un san-bernardo y de una perra escocesa de pastor; se cría señorilmente en una opulenta granja, hasta que un día uno de los criados de la casa pierde al juego, y lo vende á unos agentes encargados de reclutar perros en 1897 para los trabajos de transporte de Alaska. Entonces comienza la historia del retroceso del perro doméstico al perro salvaje, que es el fin de la novela.

Buck no había sido nunca atado ni golpeado; cuando le quisieron meter en la jaula se defendió con bravura; pero le apretaron la cuerda, y medio ahogado entró en el tren, donde pasó dos días sin comer atravesando países desconocidos. A la llegada fué transportado á un patio, donde le esperaba un hombre con un jubón rojo, como los antiguos verdugos; Buck quiso vengar en él todas las humillaciones y malos tratos que acababa de sufrir, y saltó sobre él furioso; un golpe formidable que recibió en el hocico le hizo comprender que tenía delante un enemigo terrible; cayó rodando, pero se levantó más enfurecido y brincó de nuevo sobre el hombre rojo, que le dió otro golpe como el primero; y así continuó la pelea, hasta que el pobre Buck cayó extenuado, sin fuerzas para levantarse; entonces el hombre rojo se acercó á él, y á sangre fría le descargó en el hocico el último golpe, más violento que los anteriores; con un aullido de dolor, Buck se incorporó y saltó ra-



bioso sobre su adversario, y entonces vino el golpe final, inesperado, reservado para aquel instante; Buck cayó desvanecido, y aprendió la terrible lección que se le enseñaba: un hombre con un palo es una fuerza á que hay que someterse.

Y Buck se sometió, llegando á Alaska en compañía de otros perros, y aprendiendo allí á transportar trineos. Mordido al principio por los perros veteranos, se resigna esperando su hora; un compañero menos astuto se hizo provocar á combate singular, y vencido en él, fué devorado por los demás perros de la tropa; Buck aprovecha la terrible lección y sabe aguantar todas las bromas, hasta las de los perros que le quitan su ración por no darse bastante prisa á devorarla. Una horrible noche de frío y de tormenta en que le echaron de la tienda, Buck busca á sus compañeros para enterarse de lo que debe hacer, y no los encuentra por ninguna parte, hasta que al fin tropieza con una hura abierta en la nieve endurecida que abrigaba á uno de sus colegas; hace lo mismo que él, y desde entonces no se apura por falta de albergue, sabiendo cómo buscárselo, y hasta complaciéndole aquella vida aventurera.

El momento épico de la vida de Buck es su combate con Spitz, un terranova jefe de la trailla, que desde el primer día había olido en Buck un rival y se había declarado su enemigo. Buck sufrió con paciencia las primeras perradas de Spitz y hasta algunas dentelladas; pero á medida que iba estando más seguro de sí mismo, protestó contra aquellas injusticias y provocaciones continuas, y acabó por amotinarse contra él, arrastrando á sus compañeros á desconocer la autoridad del perro conductor del trineo. Una tarde vieron una liebre, y todos los perros corrieron tras ella, con Buck á la cabeza; Spitz aprovechó la ocasión para atacar cobardemente de costado á Buck; éste creyó llegada la ocasión, y plantándose de pronto, hizo frente á Spitz aceptando el combate; los demás perros formaron círculo en torno de ambos rivales. La página es épica y merece ser citada íntegra, como lo hace Alberto Schinz en *La Revue*.



«La hora había sonado. Era á muerte. Spitz era luchador experto; su cólera era terrible, pero no ciega. En su pasión de desgarrar y destruir, no olvidaba que su adversario estaba animado de la misma pasión de desgarrar y destruir. No se precipitaba nunca antes de estar dispuesto á recibir al contrario, precipitándose sobre él á su vez, y nunca atacaba sin tener prevista la parada. En vano Buck intentó hundir sus dientes en la garganta del gran perro blanco; dondequiera que atacaba buscando la carne blanda, encontraba siempre los dientes de Spitz. Los dientes chocaban contra los dientes y los labios colgaban ensangrentados. Buck no conseguía siempre alcanzar á su enemigo, siempre en guardia. Entonces se calentó y envolvió á Spitz en un torbellino de asaltos; se esforzaba siempre en llegar á aquella garganta blanca donde se veía hervir la sangre cerca de la superficie, y todas las veces Spitz le daba un mordisco al parar la acometida. Buck adoptó todavía otra táctica: aparentaba dirigirse á la garganta, y luego, de pronto, echando atrás la cabeza y resbalando con el cuerpo hacia delante, lanzaba sus espaldas como un carnero sobre las espaldas de Spitz para derribarle; pero su espalda era la que salía acribillada á cada tentativa, mientras que Spitz saltaba ligeramente de lado. Spitz estaba todavía sin heridas, mientras la sangre corría en arroyos del jadeante cuerpo de Buck. La lucha se hacía desesperada, y todo el tiempo el círculo silencioso de los perros-lobos estaba esperando para arrojarse sobre el vencido y devorarlo. Como Buck parecía perder aliento, Spitz empezó á tomar la ofensiva y le obligó durante mucho tiempo á luchar para tenerse en pie. En un momento dado Buck rodó, y los sesenta espectadores avanzaron para el festín; pero se rehizo casi antes de tocar la tierra, y el círculo de perros volvió á formarse en nueva espera muda.

»Buck poseía una cualidad que suplía, llegado el caso, á la solidez: la imaginación. Combatía por instinto, pero podía combatir también por el cerebro. Atacó de nuevo como si en-



sayase otra vez el golpe de espaldas de antes; pero en el último instante, en lugar de ataque, se deslizó por la nieve, y sus dientes se cerraron sobre la mano izquierda de Spitz; se oyó un chasquido de huesos, y Spitz hizo frente á su adversario en tres patas. Por tres veces intentó Buck derribarlo, y luego repitió la astucia anterior rompiéndole la otra mano. A pesar del dolor y la debilidad, Spitz luchó ferozmente por mantenerse; veía el círculo temible de los ojos ardientes y de las lenguas colgando cerrarse sobre él como había visto muchos otros círculos semejantes cerrarse sobre sus antagonistas. Aquella vez él era el vencido. No había esperanza; la piedad era cosa reservada á climas menos severos. Buck era inexorable y maniobraba para el asalto final; el círculo se había estrechado, y sentía el cálido soplo de los perros-lobos en sus costados. Podía verlos por encima de Spitz y de ambos lados, recogándose ya como para lanzarse todos; sus ojos estaban fijos en él. Se pasó un instante. Cada uno estaba tan inmóvil como si fuera una estatua de piedra. Sólo Spitz temblaba y se erizaba, vacilante, balanceándose de atrás adelante y gruñendo espantosamente como para asustar á la muerte amenazadora. Entonces Buck saltó, y su espalda logró encontrar en ángulo recto la de su adversario, derribándolo. El lúgubre círculo se hizo en seguida un punto negro sobre la nieve inundada de luz lunar; Spitz había desaparecido instantáneamente. Buck se quedó donde estaba, mirando como campeón afortunado, bestia victoriosa y señora, que había efectuado su asesinato y que le encontraba bueno.»

Buck conquistó así el cargo de jefe, y se negó á ser dirigido por ningún otro perro. Sus instintos de lobo eran cada vez más pronunciados, y cuando oía á los lobos aullar á la luna, su pelo se erizaba como electrizado por aquellos gritos. Un día corrió tras un lobo largo tiempo, y cuando le alcanzó se acercaron sus hocicos y quedaron amigos. Así hizo algunas escapatorias; y cuando perdió á su último amo en un combate con salvajes, pareció decidirse á dejar la vida doméstica. Al



principio hubo una lucha feroz entre Buck y los lobos, pero al final todos se reconciliaron.

«Un lobo largo, macilento y gris se adelantó con precaución y de un modo amistoso; Buck reconoció al lobo tras el que había corrido y con el que había pasado una noche y un día. Gemía suavemente, y cuando Buck se puso á gemir también, se reconocieron y sus hocicos se tocaron. Entonces un lobo viejo, descarnado, estropeado por la batalla, se acercó á su vez. Buck le enseñó los dientes como para gruñir, pero acercó su hocico. Tras esto, el viejo lobo se sentó, levantó la cabeza hacia la luna y lanzó un largo aullido. Y los demás lobos se sentaron y aullaron también. Y en aquel momento la voz de la sangre habló en el interior de Buck con acentos que no era posible desconocer. Se sentó también y aulló como los demás. Hecho esto, salió del ángulo donde se había retirado para hacer frente á los lobos que le habían atacado, y todos se oprimieron en torno suyo gritando de un modo medio salvaje medio amistoso». Y así entró Buck á formar parte de la sociedad de los lobos, sus antepasados.

Lo que nos emociona en el libro de London es lo que hay de humano en aquel perro, que es lo mismo que nos fascina en *La Fontaine*: el hombre que hay siempre oculto detrás de sus animales y que habla por boca de ellos.

\*  
\* \*

LOS EPIGRAMAS DE MONTASPRO.—El marqués Paulucci de Calboli exhuma en *La Revue* el recuerdo de los grandes desconocidos de la literatura del siglo pasado, abriendo la serie con el nombre casi ignorado del marqués Ludovico Merlini ó Luciano Montaspro, digno verdaderamente de salir del olvido en que yace.

Ludovico Merlini nació en Forli en 1805; arruinada su familia por las guerras napoleónicas, fué destinado á la carrera eclesiástica; pero le faltaba vocación, y se dedicó á todo, menos al sacerdocio. Era cínico, librepensador, mordaz, bueno



en el fondo, pero acerado en cuanto se le acometía, vivo y oportunísimo en la réplica, y teniendo lo que J. B. Rousseau llamaba *razón sazónada*, pero con pimienta.

Sirviendo de cicerone al obispo de Imola en la pinacoteca de Forli, el obispo preguntó á Montaspro qué le parecía de un cuadro que representaba á Adán y Eva en el paraíso terrenal.

—Este cuadro—dijo Montaspro—me parece completamente herético.

—¿Por qué?

—Porque, según la Biblia, ni Adán ni Eva han nacido de mujer, y ahí los han pintado con ombligo.

Otro día, en el casino, después de haber leído un nuevo periódico titulado *El Despertador*, escribió debajo: «Si se vuelve á dormir, hará mejor».

Murió en 1888, á los ochenta y tres años, conservando, gracias á su vida sobria y arreglada, todas sus facultades, y sus últimas palabras fueron: «Siento que la muerte está en la antesala; dejadla que éntre».

Se conocen de Montaspro 800 epigramas publicados y otros muchos inéditos, que corren de boca en boca; los publicaba por cientos, y los vendía á peseta; pero se vendían tan pocos, que tenía en su casa montones de ejemplares, y como no era rico, pues su principal ingreso era el de novecientas y pico de pesetas que le daban como bibliotecario del Municipio, cocía los huevos de su almuerzo quemando algunas hojas de sus folletos; siendo, por lo mismo, muy difícil encontrar hoy la colección completa de sus epigramas.

En ellos no se acomoda á regla ninguna; y si hay epigramas que cumplen el precepto clásico de ser «pequeños, dulces y punzantes», los hay de 24 y 30 versos, que son más bien pequeñas sátiras. El estilo es frecuentemente pesado, y el verso es pobre; pero, en cambio, el contenido es precioso, lleno de salidas ingeniosas, de rasgos profundos y oportunos, de flechazos certeros. Comparado con los antiguos, se diría que tiene



el colorido de Caluto, la vivacidad de Petronio y la gracia de Marcial; de los modernos, tiene el dón de morder en frío de Piron, las buenas formas de Pons de Verdau y la sonrisa cínica de Voltaire; entre los italianos, recuerda el modo de otro desconocido, Ceferino Re, de quien es el epigrama que dice:

Estudiando francés está Fanni,  
y ya sabe decir á todos: *oui*.

La labor de Montaspro es obra de saneamiento social, y todos los partidos, todos los pueblos y todas las edades le ofrecen ocasión para soltar algún flechazo; todos los problemas sociales suministran flechas á su arco, y todas las iniquidades le tienen por enemigo resuelto, trocándose á veces el burlón en filántropo indignado; así puede citarse este grito de noble dolor, que vale por un tratado entero de moral:

Parece que alguien llama. Lisa, corre.  
La chica corre, y vuelve: —¡Nadie! ¡Un pobre!

Así también pueden citarse estos otros acerados versos contra la costumbre de las *reemplazantes* ó amas de cría:

Si los nobles y los príncipes  
dan sus hijos á criar,  
¿por qué has de reconvenirles?  
Así se hacen desde niños  
La sangre de los pobres á chupar.

Los burgueses no suelen emplear bien su dinero, ni destinan bastante á los pobres; de aquí otro epigrama sangriento:

Se lee entre los gastos  
de cualquiera burgués  
del país que se quiera:  
«Gastado en este mes:  
para pobres, un franco;  
seiscientos francos por un galgo inglés».

Y como esa burguesía, no sólo en vida, sino después, sigue haciendo mal uso de su dinero, dejando los ricachones su for-



tuna para costearse pomposos funerales, muchas misas y un soberbio mausoleo, como si «no hubieran nacido más que para hacerse enterrar», les flagela así:

En este rico túmulo  
de oro y mármol fulgente  
el ilustre Odaliso,  
de la plebe apartado,  
se pudre noblemente.

La hacienda de los Gobiernos merece también su vapuleo, y Montaspro no se lo perdona:

Preguntado Bautista,  
profundo publicista,  
por las pesetas que con más provecho  
gasta todo Gobierno, con derecho,  
respondió: —Las pesetas  
que deja á cada cual en sus gavetas».

La irritante distribución de condecoraciones que, creadas con fines nobilísimos de enaltecimiento y distinción del mérito, se ven prostituídas por el favoritismo y la venalidad, exalta la vis satírica del marqués Merlini:

Tus cruces, caballero,  
cruces son de cementerio:  
cada cruz en tu frac ó cada palma  
indica una virtud muerta en tu alma.

--

Todo en el mundo se halla en proporción:  
al simple bribón, la cuerda;  
pero al grande bribón, el gran cordón.

—

¿Sabe alguien lo que cuestan  
los honores al noble Salvador?  
Le cuestan el honor.

Al lado de estos flechazos sangrientos hay epigramas que más bien parecen máximas morales, como el siguiente, tan lindo como delicado:



A un famoso agricultor  
preguntaba un aldeano:  
—¿Cuál abono es el mejor  
para obtener mejor grano?  
Y él le respondió: —El sudor.

Estando en el café de los Cazadores, de Bolonia, con Carducci, Panzacchi, Richi, Paulucci y otros, se suscitó una violenta discusión entre poetas veristas é idealistas, que Montaspro terminó con el siguiente epigrama, calificado por Carducci de golpe de maza aplastante contra los sanchopancescos adoradores de la materia:

Un bravo coronel, en un combate,  
grita desesperado:—¡La bandera!  
¡Salvala, vive Dios, aunque se os mate!  
Y un soldadejo, oyéndole, que era  
poetilla verista:—¡Qué dislate!  
dijo, huyendo cobarde.—¡Yo me escapo!  
Morir no quiero por salvar un trapo.

Con los diplomáticos es cruel: «La moral de un jesuíta, el corazón de un carretero, la religión de un cardenal viejo, la digestión de un verdadero filósofo, la razón de un soldado, la conciencia de un abogado, el honor de un cortesano y el enfurruñamiento de un fraile franciscano; orgullo español, hipocresía china, palabra griega, cortesía francesa, el cerebro lleno de números y las uñas de tinta, le gusta la cruz, pero sólo en el pecho; ¿te parece un monstruo? ¡Imbécil! ¡Es el perfecto diplomático!»

También las mujeres tienen su ración de sátira, siendo el amor para Montaspro una debilidad, y la mujer el *homo imperfectus* de Averroes; de aquí sus dardos, no tan envenenados, pero sí despreciativos:

—¿Qué hace allí de rodillas Trimalción?  
—Da á Nina, en homenaje, su razón.

—Mira, mira, ¿qué veo?  
¿Aquella señorita en el paseo?



—Es muy digna de aprecio.

—¿Tú la conoces?—Mucho.—¿Y es decente?

—Sí, decente... ¡en el precio!

—

—¿Cuántos años me dais?—dice Violante.

—Ninguno, porque tiene usted bastante.

—

Por conquistar al hombre, las mujeres usaban antes recortar su popa.

Hoy, si popa no tienen, la fabrican, y se la hacen de estopa.

Montaspro tiene sus ribetes de antisemita, y de ahí epigramas como el siguiente: «El día en que resuene la trompeta del juicio final, ¿quién saltará primero de su tumba? De seguro un judío, á quien le parecerá oír la trompeta de una subasta pública».

Bastan las citas hechas para apreciar el valor satírico de Montaspro. ¿Rectificará la posteridad el juicio de los contemporáneos?

## COSTUMBRES

EL GRAN SACERDOTE DEL SOL EN CHICAGO.—La América anglosajona, asiento de todos los grandes progresos de la vida moderna, es también el gran laboratorio de las supersticiones contemporáneas, demostrándose así una vez más la necesidad que los hombres más materializados sienten siempre de un ideal, de una creencia en algo que les desligue de los puros intereses terrenales; allí florecen los mormones, y Dowie y la madre Eddy, y allí ha hecho su aparición Hanish, un persa real ó fingido, cuyo nombre parece ser Otman Sar Adusht Hanish.

Habiendo comenzado á predicar su doctrina de salvación física y espiritual en Denver, en el Colorado, sin gran éxito, trasportó su centro de predicación al Ilinwa, á Chicago, que es la ciudad más á propósito para la siembra de dogmas nue-



vos, según afirma en *La Revue L. de Norvins*. El Sar Hanish se anuncia como el *Gran sacerdote del Sol*, poniendo su culto por encima del de los Guebros y demás Zoroastristas. Su traje sacerdotal tiene colores simbólicos variados, tan hábilmente dispuestos que impresionan vivamente, lo mismo que sus rítmicas ondulaciones, á los pobres de espíritu que le siguen; éstos le llaman y honran como padre, y él los llama hijos, extendiendo sobre ellos las manos y derramando sobre su frente «la gran fuente de toda luz y vida» que emana de él, purificándolos de todo germen de corrupción y hablándoles en términos místicos y altisonantes de la filosofía exotérica del *Mazdao*, de la que es revelador de nueva especie.

Llegado á Chicago en Septiembre de 1902, Hanish se ha declarado heredero sin mancha de los primitivos sacerdotes del Sol, ofreciendo comunicar los secretos y virtudes de su pureza; pronto llegó á reunir en torno suyo unos centenares de adeptos, seducidos por su elocuencia apasionada y vibrante y por su juventud y su belleza; cuando, les dice, en Teheran, entró en el templo de Kermanshah, á los doce años, y allí le instruyeron en los misterios del verdadero culto de la luz hasta los veinte años; de aquella antiquísima filosofía, grabada en jeroglíficos cuya clave tienen aquellos sacerdotes, han tomado sus máximas todas las religiones, el Avesta, la Biblia, los Evangelios y el Corán; Jesús mismo estuvo en el templo de Kermanshah, donde le enseñaron aquella religión que luego modificó en Judea; pero ni Jesús ni Zoroastro han podido salvar al mundo porque, según Hanish, han cimentado su culto en un Dios personal y en la vida futura, cuando lo que se llama Dios no es más que la Verdad inmanente en todo hombre, y de la vida futura no sabemos nada, ya que el hombre sólo conoce el presente y todo lo que sabe es que existe.

El Sol mismo no debe ser adorado sino como un símbolo; el Sol que creemos ver no existe realmente; es el foco en que convergen las luces de todos los astros, y también «el foco de la gran luz que es la vida». La vida es esencialmente terres-



tre, y el deber principal del hombre es prolongarla. El culto predicado por Hanish es el de la longevidad, y por ahí seduce á los que aspiran á vivir muchos años. El hombre, según Hanish, puede vivir en las condiciones actuales de la sociedad cerca de cinco siglos; el promedio de cuarenta, cincuenta ó sesenta años es irrisorio; el hombre de hoy se mata cada día un poco por su mala alimentación, por la falta de higiene y de método.

El nuevo culto es una especie de macrobiótica religiosa de mesianismo vegetalista. Comemos demasiado; las tres comidas diarias que por lo menos hacemos son perjudiciales al estómago y, por consiguiente, á la vida. El dogma higiénico de Hanish es «comer poco para vivir mucho»; y cuando dice «comer poco», no se crea que ésta es una expresión vacía de sentido, pues Hanish quiere que todos los creyentes se limiten, por todo alimento, á comer dos granos de trigo al día; entiéndase bien, «DOS GRANOS DE TRIGO». «Dos granos de trigo, dice, pueden dar perfectamente á un hombre valido y robusto toda la fuerza y salud apetecibles, y son locos lo que comen más; el alimento es mucho menos útil al cuerpo que el aire; si el hombre se dedicase á respirar aire puro, sacaría de él todo lo que necesita para vivir; no es del todo imposible ayunar durante semanas y meses enteros, y hay sacerdotes en Kermanshah que han vivido sesenta y cinco años sin tomar jamás diariamente más que un vaso de agua y dos granos de trigo tal como los produce la naturaleza».

«Si hay proletarios, añade, es porque se come demasiado; obligad á vuestro cuerpo á someterse á un ayuno bienhechor, y os haréis ricos hasta los que no tenéis más que un corto salario, pues de ese salario no tenéis que tomar más que un ochavo para atender á vuestra alimentación. Cuando los ricos se sometán á esta ley, comprendiendo que la longevidad es el único bien real de la existencia, si se basa en la salud, harán servir sus fortunas para las buenas acciones; lo que el hombre necesita es oxígeno para la vida física, y fósforo para la vida



mental. ¿Y qué hace hoy? Gasta como insensato el oxígeno y se deja invadir por el ázoe, que acabará con la humanidad si logra eliminar el oxígeno, desperdiciando además el fósforo; el mundo progresa por ciclos, y ahora estamos en el «ciclo azótico»; dentro de cincuenta años entraremos, si la razón del hombre se encarrila, en el ciclo fosfórico; los que entonces quieran vivir mil años, los vivirán sin más que hacer lo que yo; yo no cómo más que dos granos de trigo diarios, ni bebo más que un vaso de agua, y estoy seguro de vivir tanto como Abraham; ¿por qué? porque creo en el mazdao y lo practico».

Todo esto lo dice el Sar Hanish solemnemente, revestido con una blanca túnica ceñida al talle por ancho cinturón, y envuelto en un manto rojo, amarillo, azul ó purpúreo, según el ritual del día, conmoviendo profundamente á su auditorio, aunque parezca increíble, con el fin de llegar á fundar un templo grandioso para la nueva religión. En Denver, antes de Chicago, consiguió convencer á una señorita sencilla y exaltada, que se impuso rigurosamente el régimen de larga vida, y se murió á los pocos días de imponérselo; como era enfermiza, no acusaron al gran sacerdote del sol de su muerte; pero Hanish comprendió que aquel ejemplo podía ocasionarle un fracaso serio, y emigró á Chicago.

En Chicago hizo otra prosélita no menos entusiasta, la señora de Gilbert, alma inocente que creyó en las promesas de Hanish; casada con un multimillonario, no vaciló en prometer 25 millones de francos para la construcción del templo; y aunque su marido se opuso, como ella disponía de fondos personales, todo su hubiera realizado sin un lastimoso incidente ocurrido en la época señalada para colocar la primera piedra del suntuoso edificio: que la señora Gilbert, que estaba buena y sana, comenzó á practicar el ayuno mazdeísta, y se desmejoró de tal modo, que no queriendo tomar ningún remedio, y llena de fe en la eficacia soberana de los dos granos de trigo, se murió sin haber firmado el documento que había de poner al



gran sacerdote en posesión de los 25 millones destinados á la edificación del templo.

Fué un golpe terrible; pero Hanish se rehizo, y no tardó en encontrar otra ilusa, Miss Reusse, cuyo entusiasmo por la luz predicada por el Sar era mayor todavía. Ayunó realmente durante cuarenta días, sin tomar más que los dos granos de trigo y el vaso de agua, y aquel acto de fe y de voluntad le valieron el ser proclamada escogida entre las escogidas. Entonces dió todo lo que poseía, dinero, alhajas y bienes, sin conservar nada para sí; Hanish en tanto se enriquecía, y nuevas conversiones acrecentaban constantemente su prestigio, reforzando las cajas del Tesoro del Sol, de que era gerente irresponsable. Miss Reusse quiso repetir su experimento ayunando otros cuarenta días, pero aquella excesiva fe dió en tierra con su salud; su cerebro se trastornó al mismo tiempo que su cuerpo enflaquecía; su hermano quiso encerrarla en un asilo, y los sectarios se opusieron á ello; fueron en tropel al asilo é intentaron sacarla de allí, pretendiendo que sólo podía curarse mediante la fiel observación de las prácticas mazdeístas. El Tribunal tuvo que intervenir. Miss Reusse fué sometida á un examen médico, y comprobada la locura se decretó el ingreso de la desdichada en un manicomio. Cuando aquella sentencia se ejecutó, los adoradores del Sol fueron en son de protesta á la residencia de Hanish, aplastándose por entrar y besarle la mano ó la orla de su manto, mientras él les prometía, radiante de alegría ante aquella explosión, que llegarían á vivir quinientos años como él, sin otro alimento que los dos granos de trigo.

## PSIQUIATRÍA



EL SENTIMIENTO MUSICAL EN LOS DEMENTES.—La más emocional de todas las artes es, sin disputa, la música—dice, en *La Renaissance Latine*, N. Vaschide; y sabido es, por otra parte, que los dementes en general son sensibles á la música,



que Leuret ha empleado frecuentemente en el tratamiento moral de la locura. Pero Vaschide ha juzgado conveniente salir de estas generalidades, é investigar en una serie de experimentos hechos sobre el mecanismo de las *enfermedades del sentimiento* hasta qué punto podía desarrollarse el sentimiento musical en los locos, y cuáles eran en ellos la forma y la expresión de la emoción musical. Este cuadro de investigaciones no sólo abarca el análisis puramente psicológico del estado mental musical, sino los coeficientes psico-fisiológicos de las perturbaciones musicales de la circulación, de la respiración y, sobre todo, de esa delicada sensibilidad vaso-motriz, clave de nuestra expresión biológica en la vida social.

Para el primer experimento, Vaschide, ayudado por Duprat, eligió doce enfermas del Dr. Toulouse, bastante inteligentes, aficionadas á la música, pero sin instrucción musical, la mayor parte epilépticas; se eligieron dos trozos: una *marcha en do mayor* y el *adagio en la bemol* de la *Sonata patética*; y he aquí las impresiones que las dementes consignaron por escrito: PRIMER TROZO: 1.<sup>a</sup> enferma. La música me pone alegre, dispuesta á bailar y á cantar.—2.<sup>a</sup> Me gusta mucho la música, me pone alegre.—3.<sup>a</sup> La música me pone triste y pensativa, recordándome ciertas escenas de mi vida; á pesar de todo, me gusta oirla, y no me cansaría de ella.—4.<sup>a</sup> Eso me da mucho gusto y no me incomoda nada, pues distrae mucho cuando se toca bien.—5.<sup>a</sup> No siento ninguna emoción, más que un placer alegre y agradable, gustándome mucho la buena música.—6.<sup>a</sup> Doy muchas gracias á nuestro músico; ese trozo es muy bonito; siento que me dé pesares ó, más bien, tristes recuerdos.—7.<sup>a</sup> La música nos hace olvidar muchos disgustos que experimentamos en nuestra situación, de estar separados de los suyos desde hace mucho tiempo.—8.<sup>a</sup> La música me da ganas de bailar.—9.<sup>a</sup> Esta música cambia mis ideas y me pone alegre.—10. Me dan ganas de bailar.—11. Me dan ganas de cantar y de bailar.—12. Me da ganas de bailar y me pone el corazón contento.—SEGUNDO TROZO: 1.<sup>a</sup> Prefiero el



primero porque era una marcha.—2.<sup>a</sup> Me gusta más el otro: éste no es tan alegre ni tan animado.—3.<sup>a</sup> Prefiero este trozo al otro: soy algo romántica.—4.<sup>a</sup> Distrae mucho, pero no me gusta como el otro.—5.<sup>a</sup> Es muy bonito, pero me da más emoción que el primero; éste me ataca un poco los nervios.—6.<sup>a</sup> Deseo que nos den música frecuentemente: me dá recuerdos de mi país.—7.<sup>a</sup> Me gusta más el primero: ¡el vals!—8.<sup>a</sup> Me dan ganas de bailar y cantar, pero no sé.—9.<sup>a</sup> Me gusta más el vals.—10. Me dan ganas de bailar y de andar, porque es bonito.—11. Nada.—12. Prefiero la música que nos pone alegres y distrae las ideas.

Tras este experimento, preguntaron aisladamente á las locas sobre sus aptitudes musicales y sobre la influencia en ellas de la música. Los detalles son curiosos, pero sería preciso reproducir íntegro el artículo para recogerlos. Después estudiaron cinco idiotas y epilépticos y una enferma muy inteligente, hija de un profesor de música y profesora ella misma. Este tipo es el más interesante, aunque todos ofrecen motivos de estudio. La excitación musical que en ella se produjo fué grande: se levantó con el rostro encendido y quejándose de dolor de cabeza, diciendo que hacía mucho calor, pero sin querer confesar que estaba fatigada; suplicó que continuasen; y á petición suya se tocó un *allegro en re*, de Mozart; al comenzar, la enferma parece alegre y feliz; pero luego la asaltan recuerdos melancólicos, y habla de su pobre madre, muerta. Luego, durante el descanso que siguió á aquel trozo, la enferma cae de rodillas, chapurrea inglés y francés, y al cabo de algunos segundos delira por completo. Quince días después llegó alegre y gozosa, dispuesta á oír música «bella y grande». La preguntaron si la música la enervaba, y dijo que no, pero que la emociona, y que la última vez no había sentido ningún mal-estar, sin acertar á explicar qué clase de emoción experimenta, más que diciendo que la música hace su efecto en el corazón, primero, y en todo el cuerpo después, mezclándose lo agradable de la emoción con el sentimiento de los recuerdos



tristes que evoca la audición, haciéndola pensar en las personas que ama, que acaso hayan muerto. Tocarón las piezas de Schuman de la vez anterior, y luego pasaron á Bach, que no le agradó, por parecerle demasiado complicado; volvieron á sus autores favoritos, y *El último pensamiento* la enerva mucho, haciéndola tomar una postura extática, con las manos juntas y murmurando: «¡Madre mía!... ¡Pobre madre mía!...» Durante la audición de la *Marcha de Atalía*, de Mendelssohn, se agita, y acaba por delirar como quince días antes.

Sorprenden las divergencias existentes entre las enfermas. Algunas admiran y disfrutan la música de Chopin, Weber y Mozart; otras, por el contrario, se aburren oyendo obras verdaderamente musicales, gustándoles el flonflon de las marchas militares ó las melodías vulgares de un aire de baile. Estas ni siquiera distinguen la diferencia esencial entre el tono *mayor* y el *menor*, y el efecto que en ellas produce Chopin es semejante al de la charanga de *Sambra y Mosa*; en los dementes puede y debe conservarse la distinción que se hace en las personas normales: las que comprenden, sienten y quieren la música, que son las menos, y las que sólo comprenden, sienten y quieren lo vulgar y ordinario, estando desprovistas de toda facultad estética. Fijando, sin embargo, la atención, se observa que existe cierta progresión ininterrumpida que va de las no *músicas* á las *músicas*, lo que hace posible establecer una especie de escala de los diversos tipos emotivos, que pueden dividirse en dos grupos: el *motor* y el *sentimental*.

La música obra sobre el organismo como un agente físico que produce un vago sentimiento de placer ó de malestar. Dauriac decía á Ribot: «Las consonancias ó disonancias relativas, compuestas de terceras mayores ó de terceras menores, producen en el organismo efectos agradables ó penosos, independientemente de toda impresión y de todo juicio estético». En toda frase musical, hasta en la más sabia, hay un elemento de ritmo, más ó menos complejo ó velado por las construcciones armónicas; la impresión motriz de ese ritmo es la que



perciben nuestras enfermas, el movimiento de la frase musical; lo demás no les importa, y la melodía misma sólo es considerada como elemento de ritmo; la música para ellos es sólo un excitante motor. De ahí los gestos, los movimientos desordenados, las carcajadas, y si la sobreexcitación es duradera de más de un cuarto de hora, el delirio, la especie de embriaguez que de ellos se apodera; el sistema nervioso, quebrantado por esas excitaciones sucesivas, provoca verdaderas crisis de agitación; los ojos se inyectan, las manos arden, el rostro se enciende, y, á pesar de todo, los enfermos son felices y quisieran que aquella excitación se prolongase. Es una especie de intoxicación comparable á la alcohólica, en cuya producción lo subconsciente representa el principal papel. Esto por lo que hace á los enfermos que hemos clasificado como correspondientes al tipo *motor*.

En los del tipo *sentimental* se percibe algo más que el ritmo: la melodía desempeña importante papel y el mecanismo psicológico es más variado y complejo. En el tipo más sencillo, los enfermos dicen que prefieren tal trozo á tal otro; el por qué suele ser obscuro, pero la preferencia existe; en vez de una excitación siempre la misma, como la del ritmo, hay aquí una complejidad de emociones que reviste ya cierto carácter estético; dentro de estas condiciones generales del tipo sentimental, hay que distinguir en él dos categorías: 1.<sup>a</sup> Los enfermos que quieren la música porque «les quita las malas ideas», porque «les hace olvidar» su estado, porque «les distrae»; hay aquí un comienzo de actividad estética, y aunque los del tipo motor se distraigan también con la música, el olvido de su estado no es consciente, ni hay discernimiento para preferir una pieza á otra; los enfermos, olvidando con la música su mal, son felices; pero hay en ellos dos modos de gozar la emoción musical: una sencillísima, caracterizada por la falta de ideas é imágenes, y otra más compleja, en la que la emoción se liga con una serie de imágenes y de recuerdos; el primer estado es una especie de inercia mental, y el segundo



una hipermnesia afectiva que produce las explosiones del sentimiento que hemos notado en la enferma profesora. 2.<sup>a</sup> La segunda categoría del tipo sentimental no se contenta con olvidar, sino que sueña ó fantasea, habiendo en ellos una especie de construcción, muy primitiva sin duda, pero construcción al fin; así, una niña de seis años, citada por el Dr. Ferrari, decía á propósito del *rondó* de la *Sonata patética*: «Son niños que han perdido á su mamá y que están solos en el bosque, y luego la han encontrado y se ponen á cantar muy contentos». Otra característica del grupo es que, aumentada la sentimentalidad, hace surgir en el enfermo el sentimiento religioso, siendo de notar que la emoción musical y la emoción religiosa suelen hermanarse en el espíritu de las enajenadas.

Las conclusiones del trabajo de Vaschide, hecha la salvedad de que se trata de un estudio preliminar y forzosamente incompleto, son las siguientes, formuladas como simple consignación de los hechos observados:

1.<sup>a</sup> Los dementes son sensibles á la música, y hasta tienen con frecuencia especial aptitud para este arte.

2.<sup>a</sup> Podría fácilmente constituirse una terapéutica musical; el médico debe estar, ante todo, acostumbrado á los análisis psicológicos, y lo que se necesita es un conocimiento más hondo del mecanismo psicológico de las «enfermedades de los sentimientos humanos». Recogidos más datos, es de esperar que la música sea utilizada como uno de los medios sutiles de la psicoterapia.

3.<sup>a</sup> Hay estrecha relación, no sólo entre la estructura de la frase musical y el pensamiento, sino también entre la inteligencia y la composición técnica de la orquesta: los instrumentos de cuerda fatigan demasiado á ciertos sujetos, siendo la emoción demasiado violenta; los de madera son muy higiénicos, si la expresión es lícita; el arpa es un manantial de equilibrio mental, y el piano es un instrumento delicado y precioso para la terapéutica; la voz humana, en cambio, es la más peligrosa y nociva y la menos musical para el demente.



4.<sup>a</sup> La música, como ritmo, obra sobre el organismo debilitado de los neurópatas comunicándoles una sobreactividad ficticia que termina á veces por una crisis morbosa. Para los sensibles á la melodía es ante todo «una distracción», un arte de olvido que aleja la enfermedad con todo su séquito de tristezas y sufrimientos; un arte de recuerdo que excita la memoria afectiva, dando á los enfermos recuerdos tristes, pero relativamente pacíficos y resignados, y un arte de ensueño que revela la existencia de la imaginación musical como única aptitud estética en seres desprovistos de imaginación plástica y literaria y cuya inteligencia ha sido fuertemente atacada. La música, en este caso, es «la lengua comprensible para todos», y no necesitando de conceptos intermediarios, es la *liberación* de que habla Schopenhauer. En los seres que sufren, el arte musical puede producir alguna emoción, hacer olvidar algún sufrimiento y resucitar recuerdos extinguidos.

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA NACIÓN POLACA.—¿Existe Polonia? Sí, á pesar de todos los sucesos que se han verificado desde su desaparición como Estado independiente en 1772 hasta la fecha. La *Quarterly Review*, de Londres, dedica un artículo al estudio de la cuestión polaca, encontrando en ella un problema insoluble. El país, aun repartido y despedazado, sigue teniendo conciencia de su existencia y de su misión histórica, y se niega á morir y á ser absorbido por las naciones que cometieron la iniquidad de repartírselo: jamás abdica su libertad, y en todo corazón polaco hierve el amor á la independencia y el ansia de reconstituir su nacionalidad. Pero ¿cómo? Las naciones que se lo repartieron no quieren devolverle su autonomía, ni pueden conseguir destruirle, pues en cada nueva generación retoña siempre vigoroso el afán de las reivindicaciones. No se puede pensar en una sublevación, que sería ahogada en cuanto estallase, ni menos en abrir veinte millones de sepulturas para acabar de una



vez con los veinte millones de polacos que reclaman su emancipación. Y así continúa el problema siempre en pie y sin solución posible.

\*  
\* \*

EL FERROCARRIL DE LA VIRGEN Y EL DEL MONTE BLANCO.— La Jungfrau (la Virgen), pico famoso de los Alpes suizos, que se levanta muy por encima de la región de las nieves perpetuas, está á punto de rendirse á los exploradores y alpinistas, que podrán recorrerlo sin dificultad en toda su extensión y sentarse tranquilamente en el observatorio que ha de establecerse en su cima.

En 1894, Guger-Zeller, de Zelrich, obtuvo la concesión de una vía, y en 1896 todos los obstáculos preliminares quedaron orillados, pudiéndose empezar á colocar los rails, y terminándose la primera sección en Septiembre de 1898. La línea parte de Scheibeg, en la cima de Wengernalp, enlazada por tranvía con Interlaken, y desde allí un tranvía eléctrico conduce al Mar de Hielo, donde concluye la sección que acaba de terminarse. Desde aquí la vía sube la pendiente del Eiger, siempre cubierta de nieve; penetra en la región rocosa por medio de un túnel cuyos trabajos adelantan paulatinamente á razón de 1,75 metros diarios, y así se llega á la segunda estación, Rothstock, á unos tres kilómetros de la primera; la tercera y última parada estará situada en una meseta, donde se instalará el observatorio; allí un ascensor llevará á los viajeros ochenta metros más allá, á la cúspide misma de la Jungfrau, á más de 4.000 metros de altura, desde donde se descubre uno de los más grandiosos panoramas del mundo, con el Aletschorn, el Finsterraarhorn, el Diente Blanco, el Monte Rosa y el Monte Cervino.

Más importancia todavía que esta obra tiene la del ferrocarril del Monte Blanco, en cuya ascensión se emplearán unas cuatro horas, á fin de que la transición del verano al invierno no sea tan brusca, pues la diferencia de temperatura entre los



puntos extremos de la línea no bajará de 25 grados, siendo la temperatura del verano en la región glacial de ocho á nueve grados bajo cero. La concesión de la línea se ha firmado el 3 de Agosto último; las pendientes son de 250 milímetros por metro, el avance vertical de 1.200 metros por hora, la velocidad de siete kilómetros por hora, los trenes de 40 toneladas arrastradas por locomotoras eléctricas de 150 caballos, la cremallera del centro de 34 kilos de peso por metro, y los gastos presupuestos unos diez millones de francos. El turismo alpestre está de enhorabuena con estos dos nuevos triunfos.

\*  
\* \*

EL ORO EN EL MUNDO.—Según las evaluaciones del Director de la Moneda de los Estados Unidos, el valor de la producción de oro en el mundo entero en 1903 ha sido de 1.627.635.000 francos, contra 1.578.600.000 en 1902 y 1.364.800.000 en 1901. He aquí la producción de oro por países y en orden de mayor á menor:

Australasia .....	446.050.000 francos.
Estados Unidos.....	367.957.500 »
África .....	339.990.000 »
Europa .....	134.590.000 »
Asia.....	127.170.000 »
Canadá.....	94.172.500 »
América Central y Meridional...	62.317.500 »
Méjico.....	53.387.500 »

Entre los países europeos Rusia figura á la cabeza con una producción de 123.162.500 francos; luego viene Austria-Hungría, con 11.225.000; y por último, los demás países, con una producción insignificante.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*O duello e o infanticidio*, por Phaelante da Camara, con un prefacio del Dr. Clovis Bevilaqua. Bahia (Brasil), livraria Magalhães, 1904.

«El espíritu crítico—dice el prologuista—es la tonalidad dominante en estas dos monografías. Pero si *O duello* mira más á la acción social de la institución, en *O infanticidio* se estudian con preferencia las fórmulas imaginadas por los legisladores y los conceptos elaborados por los autores. Esta circunstancia influye en su factura. Mientras la primera es un trozo de sociología penal, la segunda es una bien organizada disertación jurídica: aquélla muestra más la amplitud de concepción, ésta es más precisa y más práctica.»

Esta caracterización es bastante exacta, á juicio mío. Las dos monografías son muy heterogéneas en todo. No tienen entre sí nada de común, salvo el estar escritas por la misma mano y el hallarse reunidas en el mismo volumen. A pesar de esta última circunstancia, son por completo independientes, y podrían sin la menor dificultad haberse publicado en folletos distintos. Carecen de todo vínculo interno. En cierto modo, hasta parecen debidas á autores diferentes, pues no se advierte apenas uniformidad en la doctrina y en la manera de estar desarrolladas. Teniendo ambas aproximadamente la misma extensión, la referente al duelo representa mayor trabajo que la otra, ya que si ésta se reduce, en último resumen, á comentar y discutir los preceptos de los Códigos penales del Brasil, así del antiguo como del ahora vigente, en punto al infanticidio, aunque aderezando el comentario, según es uso entre los



juristas, con algunas observaciones doctrinales y críticas y algunas citas de autores y de legislación comparada, en cambio la consagrada al duelo descubre horizontes más amplios, pues lo estudia en sus raíces biológicas (instinto de combatividad), en su evolución sociológica, histórica y legal, y en lo que podría llamarse su apreciación jurídica, como hecho que merece ser reprimido penalmente, ó quedar, por el contrario, libre de toda sanción legislativa.

Si he de manifestar clara y completamente mi opinión sobre las disertaciones del Sr. Phaelante de que al presente me ocupo, habré de decir que ninguna de ellas me ha dejado satisfecho. Ambas, incluso la referente al duelo, superior como he dicho á la otra, me parecen pobres. Hoy, para que los trabajos de esta índole, que tanto abundan, merezcan llamar la atención y compensen el tiempo que les dedicamos, robándose forzosamente á otras cosas, preciso se hace que tengan algo de notable que les recomiende y que no pueda encontrarse en ningún otro de los publicados antes. De no ser así, «no llenan ningún vacío»; serán un libro ó folleto más, igual á otros, y por consiguiente, superfluo.

De las opiniones que el Sr. Phaelante parece tener sobre el duelo y el infanticidio, habría que decir también no poco. Él mismo creo que ha debido justificarlas más extensa y sólidamente de lo que hace. Por lo que dice, no creo convencerá á muchas gentes, ni de que el duelo sea un hecho que no deba ser reprimido, y hasta que deba ser fomentado, como él lo desea para su país, donde no existe, y él desearía verlo implantado, ni de que el infanticidio *honoris causa* no merezca indulgencia ni atenuación alguna.

P. DORADO.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>La reforma más necesaria en el Ejército</i> , por Ignotus.....	5
<i>Las variedades del anarquismo contemporáneo</i> , por Edmundo González-Blanco.....	19
<i>Los naturales y los espirituales</i> , por Miguel de Unamuno.....	40
<i>Los centinelas del Escorial</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	59
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	67
<i>Los Jardines del Buen Retiro</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos....	80
<i>Yang-Hun-Tsy</i> (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski.	120
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	151
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	172
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	183
<i>Notas bibliográficas</i> ( <i>O duello e o infanticidio</i> , por Phaelante da Camara, con un prefacio del Dr. Clovis Bevilaqua), por P. Dorado.	206